

UNA VIDA PERFECTA

MARIO ESCOBAR



UNA VIDA PERFECTA

Cuando ser escritor se convierte en una profesión de riego

Mario Escobar

Mario Escobar

Copyright © 2017 Mario Escobar.

Todos los derechos reservados.

A todos los que aún creen en el ser humano.

Muchos de los datos de esta obra son reales, otros son ficticios y algunos han sido cambiados para no poner en peligro la vida o la reputación de sus verdaderos protagonistas.

“¡Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella”
y la haremos que nos obedezca!”.

Simón Bolívar, libertador de Venezuela.

“El petróleo hasta ahora ha sido un arma para dominar a los pueblos. Nosotros planteamos el petróleo como arma para liberarnos”.

Hugo Chávez, presidente venezolano.

“Ahora América es, para el mundo, nada más que los Estados Unidos: nosotros habitamos, a lo sumo, una sub América, una América de segunda clase, de nebulosa identificación. Es América Latina, la región de las venas abiertas”.

Eduardo Galeano, Las venas abiertas de América latina.

“El que dice una mentira no sabe qué tarea ha asumido, porque estará obligado a inventar veinte más para sostener la certeza de esta primera”.

Alexander Pope, poeta inglés.

Contenido

UNA VIDA PERFECTA

Prólogo

1ª Parte. El escritor del año

Capítulo 1. Un tango en Buenos Aires

Capítulo 2. El ascensor

Capítulo 3. Mañana

Capítulo 4. Simón Fajardo

Capítulo 5. Costanera Sur

Capítulo 6. De vuelta a casa.

Capítulo 7. Un día en Madrid

Capítulo 8. Donde las dan las toman

Capítulo 9. La ciudad de los castizos

Capítulo 10. Locura transitoria

Capítulo 11. Sorpresas

Capítulo 12. La visita

Capítulo 13. El general

Capítulo 14. El vuelo

2ª Parte. Bienvenido Mr. Dorado

Capítulo 15. Caracas

Capítulo 16. Los Fajardo

Capítulo 17. Las misiones

[Capítulo 18. Enemigos íntimos](#)

[Capítulo 19. Sandra Manzano](#)

[Capítulo 20. Un hermoso paisaje](#)

[Capítulo 21. La historia de Inés](#)

[Capítulo 22. La llave](#)

[Capítulo 23. La librería](#)

[Capítulo 24. Cubano](#)

[3ªParte. Dulce Che Guevara](#)

[Capítulo 25. Despierta](#)

[Capítulo 26. Dos días](#)

[Capítulo 27. Dudas](#)

[Capítulo 28. La oscuridad](#)

[Capítulo 29. Camino del aeropuerto](#)

[Capítulo 30. Perros en la noche](#)

[Capítulo 31. El opositor](#)

[Capítulo 32. A un centímetro de mi muerte](#)

[Capítulo 33. Mauricio](#)

[Capítulo 34. Camino a la libertad](#)

[Capítulo 35. Cóndor](#)

[Capítulo 36. En un pueblo apartado](#)

[Capítulo 37. Vida o muerte](#)

[Capítulo 38. La vida verdadera](#)

[Capítulo 39. El principio del fin](#)

[Capítulo 40. El último acto](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

Fue mi año de gloria. En octubre del 2012 había ganado el Premio Planeta, me había embolsado más de seiscientos mil euros y por primera vez mis libros llegarían a millones de personas en todos los idiomas. La editorial organizó una gira espectacular: teníamos que recorrer más de veinte países en cuatro meses, comenzando por el norte de América, desde México hasta Argentina. Llevaba una década escribiendo y había visitado dos ferias internacionales; conocía Colombia y México, pero nunca había hecho una gira continental. Además, cuando el libro saliera en inglés a mediados de año, mi editora me había comentado que tendríamos que viajar a los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania y Holanda. Lo que estaba viviendo era el sueño de cualquier escritor, poder convertirse en uno de los más admirados y leídos del mundo.

Mi esposa, Ana Andreu, me acompañó hasta Madrid, ya que vivíamos en Girona; dejó al niño con su madre y me acompañó en AVE hasta Madrid, pasamos una noche de infarto en el Hotel Ritz, celebrando por todo lo alto la gira y por la mañana temprano nos fuimos en taxi al aeropuerto. Recuerdo su cabeza apoyada en mi hombro, me sentía el hombre más feliz del mundo. El público y la crítica aclamaba mi obra, aunque unos pocos críticos progres me acusaban de haberme vendido al mercado editorial con un libro complaciente con el franquismo. La novela se titulaba *La noche en llamas* y era la historia de un periodista norteamericano en el Madrid, defendido por las fuerzas republicanas, que acompañó en sus últimas horas a los prisioneros de derechas fusilados en Paracuellos en 1936. Sin duda llegar a la cumbre de la fama literaria a los cuarenta y ocho años era un verdadero regalo de los dioses.

Recuerdo que, en el aeropuerto, mi esposa miró con recelo a Marcela García, la joven editora que me acompañaría en el viaje de promoción. Marcela era argentina, debía tener unos treinta años; siempre vestía de manera elegante, como una ejecutiva; su pelo rizado y castaño resaltaba su cara pálida y sus

profundos ojos azules; siempre parecía alegre y transmitía una energía especial. Ana, una catalana de ojos azules y piel muy blanca, la miró con cierto desdén mientras me despedía con el beso más apasionado que me había dado en nuestros quince años de matrimonio. Me alejé hacia el control con la sensación de que mi vida ya no sería la misma. Lo que no sabía entonces era que, cuando uno llega a la cima de su carrera, lo único que le resta es bajar en caída libre.

Mientras me acomodaba en el asiento del avión abrí el periódico *El País*, leí por encima varias noticias hasta llegar a una que me llamó poderosamente la atención, la muerte de Hugo Chávez, el presidente de Venezuela y uno de los hombres más polémicos del corto siglo XXI, que parecía no dejarnos tregua desde los atentados del 11 de septiembre. Aquel país caribeño era uno de los pocos que no visitaría en mi gira de promoción, lo que no podía ni imaginar es que unos años más tarde Venezuela cambiaría mi vida para siempre.

1ª Parte. El escritor del año

Capítulo 1. Un tango en Buenos Aires

Buenos Aires, 13 de mayo del 2016

Llegamos al Sheraton a las ocho de la noche. La presentación en la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires había sido un verdadero desastre: llevaba unas cervezas de más, y a la cuarta pregunta impertinente de un periodista del periódico *Clarín*, me aferré al micrófono y me puse a insultarlo; mi editora me tiraba de la chaqueta por debajo de la mesa, pero no paré hasta que un guardia de seguridad le echó de la sala. Desde hacía un año la prensa no había dejado de fustigarme por mi última novela *Los soles de marzo*, una reflexión mordaz sobre la actualidad política de Europa en forma de reflexión monologada. Los que antes aplaudían mis libros ahora no se cansaban de destrozarlos desde la sección de crítica literaria de los periódicos. El público comenzó a ponerse nervioso en la sala mientras soltaba toda mi furia sobre los asistentes atónitos.

–He pretendido mostrar al mundo su grado de decadencia moral y cívica, pero veo que es como arrojar perlas a los cerdos. No tenéis sentido de la estética, el pensamiento ni apreciáis una obra de arte. ¡Sois basura! –grité hasta que mi distorsionada voz se escuchó por todo el pabellón.

Me marché del salón entre los abucheos de casi un millar de personas y con la sensación de que estaba tocando fondo.

–Tienes que firmar los ejemplares –me dijo mi editora mientras caminaba a toda prisa entre los llamativos stand de las editoriales. Todo aquel oropel me daba ganas de vomitar. Pensaba que el mundo editorial era una gran pantomima y los escritores unos bufones expuestos a la masa hambrienta de experiencias *light*.

–Me importa una mierda la maldita firma. ¿Piensas que después de lo sucedido alguien va a venir para que le firme un ejemplar? No hemos vendido casi libros en España, que es mi público más fiel, y no creo que logremos vender nada en La Pampa –le dije mientras buscaba la salida y esquivaba a todos los que intentaban saludarme o insultarme. Medio centenar de personas nos seguían como una turba, pero logramos darles esquinazo y buscar un taxi a toda prisa.

Mientras observaba por la sucia ventana las anchas avenidas de Buenos Aires, recordé la primera vez que, con mucha ilusión, recorrí sus calles. Aquella urbe me recordaba a las canciones de Joaquín Sabina y a los tangos que mi madre oía en su pequeña radio de mi niñez. El taxi se aproximó al Sheraton y una vez más me arrepentí de que mi editora no hubiera elegido el Hilton de Puerto Madero. Allí se encontraban los mejores restaurantes de la ciudad y por la noche se podía pasear por el canal y observar los rascacielos iluminados de la ciudad.

–No me puedo creer que hayas montado ese numerito. Te veía mal, pero creo que hoy te has superado. Desde que comenzó esta gira estás fuera de control –dijo Marcela poniendo su suave mano sobre mi muslo.

Intenté disculparme, pero no pude. Mi vida parecía dirigirse a toda velocidad hacia el abismo y al menos quería mantener mi dignidad mostrando un enfado que no era contra nadie en el fondo, sino conmigo mismo. Era consciente de que mi última novela era pretenciosa, farragosa y presuntuosa. Me molestaba el cliché de escritor superventas y que algunos compañeros me tildaran de *best seller*. Había pensado en crear una obra inmortal, el libro más importante de la primera mitad del siglo XXI en castellano. El resultado había sido una pesada y cansina acumulación de tópicos, frases manidas y provocaciones innecesarias. Todo esto era fruto de mis complejos, de la importancia que daba a las opiniones de los demás y la poca confianza que tenía en mí mismo. Ana me lo había advertido muchas veces, pero nunca la escuchaba, solo prestaba atención a mi ego estúpido y pretencioso. Me amargaba no tener ya un asiento en la Real Academia de la Lengua; ninguneado como el famoso escritor Francisco Umbral,

me fastidiaba que no me invitaran a las tertulias políticas, y que la única columna que hubiera conseguido en prensa fuera en *El Diario de Girona*, una publicación de provincias obsesionada con la independencia de Cataluña y las fiestas agrícolas.

El taxi se detuvo delante del hotel y bajé a toda prisa, entré en el elegante recibidor y esperé impaciente a Marcela. Mientras se acercaba con su ajustado vestido, su rizado pelo castaño suelto, y sus zapatos de tacón infinitos no pude evitar quedarme como un pasmarote observándola. Muchas veces había fantaseado con acostarme con ella, pero aquella noche, al borde de la desesperación, su cuerpo espectacular me parecía lo único que podría devolverme algo de sosiego.

–¿Dónde quieres cenar? –me preguntó con el rostro todavía serio. Sabía que tendría que mandar un informe a Barcelona y que los titulares en los periódicos del día siguiente no le iban a gustar nada al director de la editorial. Ella se llevaría una soberana bronca por lo ocurrido, aunque Marcela también necesitaba un cambio, ya no soportaba a su jefe, un mequetrefe que había ocupado el puesto vacante que le correspondía a ella. Era un verdadero inútil y pretencioso gañán, más preocupado por su traje de Gucci que por la colección de libros del sello donde trabajaba. A mí tampoco me caía muy bien, siempre distante y con aquel aire de superioridad que me daban ganas de vomitar y todo porque había sido uno de los editores más famosos de Nueva York en inglés una década antes.

–No tengo apetito. Creo que pediré que me lleven algo a la habitación –le contesté mientras caminaba cabizbajo hacia los ascensores.

Esperamos un minuto hasta que las puertas doradas se abrieron.

–No me jodas Javier, es nuestra última noche en Buenos Aires. Mañana se nos van a echar todos encima como leones, ¡que se jodan!, esta noche tenemos que fundir la tarjeta de la editorial.

La miré sorprendido, pero al menos su comentario me animó un poco. Mis últimas novelas habían generado varios millones de euros a mi editorial y, a

pesar de que había ganado un buen pellizco, los escritores apenas nos quedábamos las sobras del beneficio de nuestros libros. Era cierto que ahora los viajes internacionales los hacía en primera, que me llevaban a hoteles de lujo y restaurantes de cuatro tenedores, pero bien que me lo había ganado. Después del fiasco de mi última novela mi agente tendría que buscar una editorial más modesta, un adelanto pequeño y una tirada ridícula y a mis más de cincuenta años aquello sonaba a fracaso.

–Tienes razón, pero me siento algo cansado. Cenamos en el hotel, el chef es muy bueno y podemos fundir la tarjeta sin necesidad de tomar un taxi...

–Ok, pero no tardes mucho, si me quito los zapatos y me pongo cómoda, me costará bajar a cenar.

–Dame diez minutos. Únicamente tengo que hacerme unos retoques – bromeé. Lo cierto es que a pesar de mi edad me conservaba bastante bien. Algunas veces pensaba que estaba más atractivo que cuando era más joven. Tenía bastante pelo, las canas se habían conformado en blanquearme las patillas y la barba fina que me cubría la cara; mis ojos grises parecían más grandes desde que había perdido peso y había heredado la elegancia de mi padre, que a pesar de ser un pastelero extremeño afincado en Girona, siempre había tenido un porte de actor de cine de los años cincuenta.

Marcela se bajó en su planta y yo continué hasta la suite del Park Tower, la parte más exclusiva del Sheraton. Desde las cristaleras de mi habitación se veía el río y la ciudad aún parecía encontrarse bajo mis pies. Aquella era mi última noche de gloria y debía aprovecharla al máximo. Me di una ducha rápida, me cambié de camisa y traje, después me observé un rato ante el espejo.

–¿Lo vas a hacer, cabrón? –me dije, pero mi rostro pétreo apenas arrugó el gesto. Aún me encontraba enfadado, algo mareado por el alcohol y con la sensación de estar acabando con lo que había sido mi vida en los últimos cuatro años. A algunos la fama les había durado mucho menos. Me acordé del comentario de Enrique Vila Matas en *El País*, en el que decía que el fracaso y la literatura estaban íntimamente vinculadas, después pensé que para fracasar al

menos antes tenías que haber triunfado y eso no me lo iba a quitar nadie. Me ajusté la corbata y sonreí cínicamente al esperpento que tenía delante. El buen padre, esposo y exitoso escritor, ahora iba a dejar paso al nuevo Javier Dorado, aunque sus pasos me llevaran ante las mismas puertas del infierno.

Capítulo 2. El ascensor

El tiempo se había pasado volando, llevaba veinte minutos en la habitación y cuando miré el teléfono tenía cuatro mensajes de Marcela. Le respondí y salí hacia los ascensores a toda prisa. Miré a ambos lados, pero las cabinas parecían subir a paso de tortuga. Pensé en bajar por las escaleras, pero estaba demasiado alto. Al final aproveché el wifi del hotel y miré las noticias, por si algún medio digital ya había sacado mis impropiedades en la presentación de la Feria, afortunadamente la prensa aún no había lanzado sus exabruptos contra mí. Debería esperar a la mañana siguiente para leer las mordaces críticas de los periodistas. Al final las puertas se abrieron y entré decidido, apenas había descendido un par de pisos, cuando el ascensor se detuvo de nuevo. Nadie subió, por lo que apreté el botón para cerrar las puertas de nuevo, justo en ese momento un hombre algo más alto que yo, con el pelo negro y rizado entró mientras las puertas estuvieron a punto de aplastarle, aunque enseguida di al botón de apertura. Le seguían otros dos tipos vestidos con traje y corbata y una mujer. El hombre me miró enfadado y uno de sus guardaespaldas apretó el botón.

–Casi me aplasta –se quejó el extraño.

–Lo siento, no le había visto –contesté algo confuso.

Los dos guardaespaldas se pusieron a mi lado y por unos segundos temí que me dieran una paliza allí mismo. La mujer se agarró del brazo del hombre y este pareció relajarse. Al llegar a la planta del restaurante el grupo salió primero, los seguí a cierta distancia mientras miraba el teléfono, al levantar la vista pude ver a Marcela. Se había cambiado, ya no llevaba la ropa de ejecutiva, su traje escotado de color negro resaltaba sus curvas y su pelo suelto caía por los

hombros desnudos. Debí quedarme con la boca abierta unos momentos, ya que al final me sonrió y me dijo:

–Deja de babear. ¿Nunca has visto a una mujer arreglada?

–Perdona, pero estás espectacular.

Llevábamos viajando juntos muchos años, aunque nuestra relación se centraba en el trabajo y nunca nos llamábamos o veíamos fuera de las giras, teníamos mucha confianza el uno con el otro. Conocía su fallida relación con un traductor italiano, los detalles de su familia y sus gustos alimenticios. En cierto sentido nos parecíamos a un matrimonio de conveniencia, que guardaba las formas, pero dormía en habitaciones separadas.

Nos dirigimos a la entrada del restaurante. El tipo que me había encontrado en el ascensor y su séquito se puso en una mesa redonda cerca del ventanal que daba a la avenida. El metre nos miró sonriente y nos pidió que le acompañásemos, nos sentó en una mesa en un lugar apartado y nos dejó amablemente la carta. Miré los vinos y elegí el más caro, un reserva Catena Zapata del 2006, en cuanto vi el precio me sentí un poco mejor. Pedimos una buena carne argentina y comenzamos a devorar algunas tapas que nos habían puesto para ir matando el hambre.

–No debes preocuparte demasiado. Hoy has metido la pata, pero todos tenemos un mal día.

–El problema es que yo llevo un mal año. 2013 fue espectacular, ni la maldita crisis pudo conmigo; he ganado más dinero en los últimos cuatro años que en toda mi vida, pero 2017 es mi *annus horribilis* y sabes que un escritor de éxito no se puede permitir un mal año. Ves esta botella de vino, cuesta más que el sueldo de un año de muchos argentinos y algunos españoles. La bodega se puede permitir varios años malos, aunque al final eso le pase factura, pero un escritor con un solo libro malo puede tirar su carrera a la basura –dije mientras daba un buen trago a la copa. Esperaba por lo menos beberme una botella más antes de irme a dormir.

–No exageres, todos los escritores han tenido un mal año. *La Hojarasca*

fue un fracaso absoluto para Gabriel García Márquez, *Rebelión en la granja* no vendió casi ejemplares; J. K. Rowling no ha tenido mucho éxito desde que terminó con su saga de Harry Potter. Como decía Borges: “Hay derrotas que tienen más dignidad que una victoria”.

–Mierda, Marcela, la he cagado. Joder, no tuve que escribir ese libro, me iba bien con los *best seller*, pero quería el aplauso de la crítica y pasar a la historia, pero esas cosas solo le suceden a gente como Camilo José Cela o Arturo Pérez Reverte, escritores que siempre caen de pie.

Marcela puso los ojos en blanco y después levantó su copa.

–Por los siempre obsesivos y depresivos escritores, si algún día encuentro alguno optimista me pego un tiro.

Chocamos las copas y por unos instantes logré olvidarme de mi estrepitoso fracaso.

–Ese tipo de allí, el de la mesa redonda, hace un rato casi le aplasto con las puertas del ascensor, no veas cómo se ha puesto, pensé que me lanzaba a sus gorilas.

Marcela se giró y miró por unos instantes al hombre. En la lejanía pude contemplarlo mejor, era muy atractivo, con un aire entre artista y ejecutivo progre.

–¿Te refieres al de la coleta?

–Sí, claro.

–¿En serio no sabes quién es? –me preguntó extrañada.

–No tengo ni la más remota idea. ¿Debería conocerle? –pregunté mientras intentaba esforzarme por recordar.

–Es Simón Fajardo, un millonario venezolano muy conocido. Su familia es una de las fundadoras de Caracas y siempre ha estado entre la élite criolla. En los últimos años se ha subido al carro del chavismo, tiene la empresa alimenticia más importante del país, además muchos creen que puede ser el sustituto de Nicolás Maduro, las cosas en Venezuela están muy mal y el ejército está pensando en lavar un poco la cara del gobierno –dijo Marcela, como si fuera una

verdadera experta en el tema.

Mi conocimiento de Venezuela era muy limitado, conocía algo del anterior presidente, Hugo Chávez, y del rifirrafe que tenía la oposición y el actual presidente Maduro, pero mi información provenía de artículos de periódico y un par de especiales televisivos sobre la situación en el país. La primera vez que había escuchado hablar sobre los chavistas y bolivarianos había sido a unos amigos venezolanos con los que nos veíamos de vez en cuando, pero aparte de eso mi conocimiento sobre el país era muy escaso.

–Bueno, el apuesto galán está casado con una antigua miss Venezuela llamada Inés Marcos, que naturalmente no es la mujer con la que está sentado en este momento.

Le volví a observar y el hombre cruzó por un instante su mirada y me giré bruscamente.

–Un empresario venezolano –dije en voz alta.

–El “empresario venezolano”, su fortuna es incalculable –especificó Marcela.

Llegó el asado y comenzamos a disfrutar de la comida. Devoré con ansia la pieza y las papas asadas de la guarnición. Últimamente había cogido algo de peso, pero el estrés me tenía muerto de hambre. Mi cerebro estaba seco tras el fracaso de la última novela, por eso temía caer en una etapa de bloqueo. Nunca me había sucedido hasta ese momento, pero de alguna manera el 2017 parecía la tormenta perfecta, por no hablar de lo de Ana, mi esposa.

–¿Qué piensas?

–Bueno, uno llega a los cincuenta y piensa que ahora podrá disfrutar de todo lo que ha logrado en la vida pero la realidad es muy distinta.

–Te queda la familia, Javier. No todo es el trabajo –comentó Marcela mientras se limpiaba los labios con una servilleta.

Me quedé por unos minutos observando sus gruesos labios rojos y sus rasgos perfectos antes de responder.

–Lo dice alguien que trabaja casi doce horas al día y que no tiene familia.

Marcela pareció ofenderse. A veces podía ser un capullo.

–Eso no es asunto tuyo.

–Lo siento, no debía haber...

–No he tenido suerte con los hombres. En el mundo editorial los que no están pillados son unos chulos, prefiero estar sola que mal acompañada –dijo Marcela después de dar un trago largo al vino.

–Lo entiendo.

–¿Qué vas a entender? Tú estás felizmente casado.

–Bueno, últimamente las cosas entre Ana y yo no van muy bien. No la culpo, la escritura de mi último libro fue muy complicada. A veces soy insoportable –dije algo desanimado, como si de nuevo sintiera que las nubes negras comenzaban a rodearme.

–Todas las parejas tienen sus crisis. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? Treinta años.

–¿Piensas que soy un vejstorio? Llevamos diecinueve, mucho tiempo, pero esta vez es diferente, creo que hemos llegado a nuestro límite, ya no parece que tengamos nada en común –dije avergonzándome de haber expresado en voz alta mis sentimientos.

Marcela aferró mi mano con la suya, y al sentir el contacto de otro ser humano casi me echo a llorar. Llevábamos tres semanas fuera de casa y en todo ese tiempo era la primera vez que había sentido la cercanía de una persona. Era muy duro viajar por el mundo, aunque la gente me consideraba un escritor de éxito, en el fondo solo era un hombre en busca de afecto y reconocimiento.

–Tranquilo, todo saldrá bien. Ya sabes que los chinos dicen que las crisis son oportunidades –me dijo sonriente.

–No me jodas, esa mierda del yoga te está comiendo la cabeza –le contesté mientras nos echábamos a reír.

El metre nos dio la carta de los postres y nos los explicó brevemente, pero no entendimos nada de lo que decía.

–Qué tipo, mira que soy argentina, pero no sé de dónde ha salido. No se le

entiende ni papa.

Pedimos una segunda botella de vino y después nos tomamos unas copas. Cuando terminamos la cena éramos, junto al famoso millonario venezolano, los únicos que quedábamos en el salón.

–Bueno, creo que hay que recogerse, mañana tenemos un largo viaje para España. Prométeme que no leerás los periódicos –me dijo Marcela mientras recogía el ligero chal que tapaba sus hombros.

Respiré hondo y no supe qué contestar, era inevitable que mirase los titulares.

–Está bien, haz lo que quieras. Eres un cabezón.

–Gracias por todo, Marcela –le dije con una sonrisa.

–Ha sido un placer, aunque es cierto que en este viaje has estado especialmente nervioso e irritable, pero conmigo te has portado como un caballero.

–Un caballero, justo lo que a las mujeres no les gusta –le contesté mientras mi editora pagaba la cuenta.

Nos pusimos en pie y nos dirigimos a los ascensores, el millonario venezolano no dejó de mirarnos hasta que salimos del salón. Esperamos un par de minutos hasta que llegó el ascensor. Me sentía incómodo, me parecía que era mi última oportunidad para conquistar a Marcela, pero qué iba a querer una chica de treinta y tantos años con un cincuentón.

Subimos en silencio al ascensor, dimos a nuestras plantas y nos apoyamos en la pared de la cabina.

–Bueno, mañana no hay que madrugar –dijo Marcela.

–Por fin –bromeé.

El ascensor se paró en el piso de la editora y se abrieron las puertas, ella salió, pero apenas había puesto un pie fuera cuando se giró y me dijo:

–¿Quieres tomar la última en la habitación?

Por unos segundos me quedé boquiabierto, entonces las puertas comenzaron a cerrarse y apreté el botón de apertura de nuevo.

–Sí, claro –dije mientras bajaba. De alguna manera estaba cruzando la última frontera que me apartaba de mi vida perfecta de buen padre, escritor y esposo.

Marcela me dio la mano y caminamos como dos adolescentes hasta la entrada de la habitación, abrió con la tarjeta y pasamos nerviosos, me quedé de pie, mientras ella se dirigía al mini bar. Sacó dos botellas de licor y la sirvió en vasos de plástico.

–No es muy glamuroso –bromeó.

Tomé el licor y ella se sentó en la cama, con la mano me indicó que me pusiera a su lado.

–Llevamos cuatro años viajando, conozco tus virtudes y tus defectos, pero tal vez esta sea la última vez que nos veamos –comenzó a decir Marcela.

–Seguro que no.

–Ya me entiendes, quiero que sepas que eres un hombre maravilloso, saldrás de esta. Tienes mucho talento y...

No dejé que continuase, comencé a besarla y nos fundimos en un largo abrazo, me encontraba algo mareado pero sabía perfectamente lo que hacía. Necesitaba sentir, experimentar que aún le importaba a alguien, que podía hacer algo bien. Nos tumbamos en la cama y comenzamos a acariciarnos, mi mente se relajó por fin y dejé de pensar.

Capítulo 3. Mañana

Me desperté con un fuerte dolor de cabeza, me sentía mareado y con náuseas, un pequeño hilo de luz penetraba por las cortinas de la habitación, me giré levemente deseando que lo sucedido la noche anterior se tratase de un sueño y que no habría nadie a mi lado. Respiré hondo y me puse en pie, caminé desnudo por la habitación, pisando la cálida moqueta hasta que llegué al baño. Encendí la luz y vi los productos de belleza al lado del lavabo y exclamé:

–¡Mierda!

Era la habitación de Marcela, no se trataba de un sueño, nos habíamos acostado. Salí a toda prisa del baño. Mi ropa estaba desordenada sobre un sillón, me vestí a toda prisa, como si la urgencia pudiera aliviar en parte la culpa, pero antes de que me subiera los pantalones escuché el timbre del teléfono. Miré la pantalla y el nombre de mi esposa brilló iluminándome la cara.

–¡Mierda, mierda!

Al final apreté el botón e intenté calmarme, sabía que Ana era capaz de leerme el pensamiento.

–Hola, cariño –dije en el tono más neutro que pude. Nuestra despedida no había sido muy cordial, en la mayoría de las conversaciones de aquellas semanas me pasaba a los niños enseguida, como si no quisiera hablar conmigo.

–¿Por qué no contestabas? –me preguntó seca, como si hubiera estado llamándome durante horas.

–No encontraba el teléfono, acabo de despertarme. ¿Qué hora es en Girona?

–No me llamaste anoche. Estaba preocupada. He leído los periódicos.

–¿Has leído los periódicos? –pregunté. No me acordaba de mi numerito en la Feria del día anterior.

–Sí, sales en todos los de América y España, incluso en las redes sociales reproducen un video de Youtube en el que te peleas con un periodista del periódico *Clarín*.

–¿En las redes sociales? La maldita tecnología siempre haciendo de las suyas –dije mientras notaba que el corazón se me aceleraba de nuevo.

–Si lo que quieres es hundir tu carrera, estás haciendo un buen trabajo. A este paso no te querrá publicar ninguna editorial del mundo y tus lectores te odiarán.

Escuché un pitido en el teléfono, miré la pantalla y vi reflejado el teléfono de mi agente.

–Me está llamando Sara por la otra línea.

Se hizo un breve silencio, que no indicaba nada bueno.

–¿Prefieres hablar con ella?

Aquella era el tipo de pregunta trampa que no estaba dispuesto a contestar.

–No. ¿Cómo están los niños?

Mientras Ana me contaba algunos pormenores de las últimas jornadas y los problemas con otras madres del colegio. Marcela entró en la habitación y me hizo un gesto para preguntarme con quién estaba hablando. Le dije que con mi mujer, mientras tapaba ligeramente el teléfono.

Marcela llevaba puesto un ajustado conjunto para hacer deporte que marcaba sus curvas como si fueran un guante. Se inclinó delante de mí y me bajó los calzoncillos. Hice un gesto para detenerla, pero era demasiado tarde. Lo último que vi fueron sus ojos desaparecer entre mis pantalones. Intenté concentrarme en la conversación, pero a duras penas pude enterarme de nada.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Ana, que parecía tener un sexto sentido. Nunca la había engañado con nadie, pero la única vez que me había atrevido a coquetear con una alumna de la universidad, un breve tiempo que fui profesor de literatura, me tuvo un mes sin sexo y pidiéndole perdón por las esquinas.

–Nada –intenté disimular.

–¿Estás con Marcela? –me preguntó adivinando en parte lo que pasaba.

–No –respondí con rapidez, para intentar apartar cualquier idea de su mente.

–No me lo puedo creer, estás con esa puta. Siempre has sido un débil y un gilipollas. Tu novela es una porquería, no ha vendido casi nada y has buscado consuelo entre las piernas de esa furcia. Olvídate de volver a ver a tus hijos –dijo mientras colgaba el teléfono.

Me derrumbé en la cama y después de unos minutos Marcela se tumbó a mi lado. Sonreía y me miraba con sus ojos picarones.

–¿Qué te ha dicho Ana?

–Nada, que tiene unos problemas con unas madres del colegio, ya sabes.

Me debió de ver la cara de angustia, porque me abrazó y me dijo al oído:

–Una mala racha la tiene cualquiera. Mira el lado positivo, todo el mundo

está hablando de tu libro. Seguro que lo que pasó ayer aumenta las ventas.

En ese momento lo último que importaba era mi novela. Llevaba toda la vida con Ana. En algunas ocasiones podía ser un poco insoportable, despiadada y con un genio terrible, pero la amaba con toda mi alma.

–Será mejor que me marche –comenté mientras terminaba de vestirme.

–Estás chapado a la antigua –me comentó cuando me dirigía al pasillo.

–Puede ser, ya tengo más de medio siglo.

–Te espero en media hora en el restaurante, es nuestro último desayuno en Buenos Aires –dijo con el ceño fruncido, como si se sintiera despreciada por mi actitud.

Salí al pasillo y llamé al ascensor, al abrirse las puertas me observé brevemente en el espejo. Tenía ojeras, el pelo revuelto y el aspecto de un hombre maduro en plena crisis existencial. Había logrado superar la de los cuarenta sin hacer ninguna locura, para meter la pata justo a los cincuenta.

Entré en la habitación y miré el teléfono. Leí un *wasap* de mi agente mientras me dirigía al baño para darme una ducha.

“La editorial me ha llamado, quiere rescindir el contrato. No publicaremos con ellos la próxima novela, al menos nos dejan la mitad del adelanto que te habían dado. Por favor, quédate callado por ahora”.

Dejé el teléfono y me metí debajo del agua. La ducha logró relajarme un poco, aunque me sentía como el más miserable de los hombres. En los últimos años apenas había pisado una iglesia, pero se me pasó por la cabeza que estaba sufriendo las pruebas del santo Job. Durante la mayor parte de mi vida había sido honrado, fiel y abnegado. Me había limitado a trabajar, ayudar a los demás y centrarme en mi carrera. En unos meses todo se había ido al traste, aunque sin duda las cosas nunca venían solas. Todo este proceso de decadencia había comenzado mucho antes. La fama y la gloria siempre nos conducen a la cumbre, para después arrojarnos al abismo.

Recordé la frase de Chejov: “El hombre vulgar espera lo bueno y lo malo del exterior, el hombre que piensa lo espera de sí mismo”. Yo era el culpable, era

inútil buscar en otro lado.

Antes de que llamara Ana me había intentado convencer de que había caído en la tentación movido por la desesperación y el alcohol, pero no era cierto. Deseaba hacerlo, de otra manera no hubiera repetido mi engaño por segunda vez aquella misma mañana. Tenía la necesidad de autocompadecerme. Era un escritor de éxito, con una familia formidable, rodeado de amigos y admirado por todos, pero al parecer no era suficiente. Nunca nada es suficiente.

Capítulo 4. Simón Fajardo

Mientras descendía hacia el comedor me sentía como un reo camino del cadalso. A muchos les podría sorprender mi actitud, pero durante toda mi vida había sido un hombre cabal, sin apenas enfrentamientos ni polémicas, pero cuando la vida me había puesto realmente a prueba no había sabido reaccionar. Llevaba varias décadas escribiendo; había creado una rutina de escritura: caminatas agradables por mi ciudad, conferencias y viajes de promoción. Pasaba unos seis meses en casa, trabajando un par de horas al día, acompañando a mi mujer a resolver los negocios de su familia, una antigua y patricia saga de agricultores vinícolas, que poseían una bodega en el Empordà y una flota de camiones. Vivía como un burgués, aunque teníamos dinero suficiente para hacerlo como millonarios. Al principio la familia de Ana no me vio con buenos ojos, no era lo suficientemente gerundense, aunque lo que querían decir realmente era que no tenía una ascendencia plenamente catalana. Pasados los años terminaron por aceptarme, a lo que mis hijos habían colaborado, aunque seguían preguntándome por qué no escribía mis libros en catalán o mis opiniones sobre la soberanía de Cataluña y el derecho a decidir. Siempre fui sincero, como buen izquierdista veía con buenos ojos cualquier tipo de votación, aunque no me consideraba independentista, de hecho, en los últimos años me había alejado de la política y centrado en los libros.

Escuché el pitido del ascensor y salí de mi ensimismamiento para

dirigirme al comedor. Marcela me esperaba mientras tomaba un café.

–Por fin has bajado –me reprochó.

–Lo siento, pero estoy algo aturdido –contesté sin profundizar más en mis sentimientos. Después pedí un café cargado y llevé un plato del bufé con todo tipo de comida dulce y salada, los nervios de las últimas horas me habían despertado el apetito.

Comimos en silencio, a veces levantaba la vista y observaba la ciudad por la inmensa cristalera. Podía haber nacido en Buenos Aires si mis padres en lugar de emigrar a Cataluña lo hubieran hecho a Argentina. En cierto sentido me sentía de todas partes y de ninguna. El desarraigo era una forma de existencia, la identidad de cualquier emigrante se disolvía enseguida, como un azucarillo en el café. Las tradiciones que otros amaban con toda su alma, para mí eran meras costumbres ancestrales, en muchos sentidos no me sentía identificado con la masa, siempre tenía la sensación de sentirme fuera de lugar, incapaz de integrarme con la mayoría.

–¿No vas a hablar en lo que nos queda de viaje? –preguntó Marcela con el ceño fruncido.

–Deja que me despierte, llevo veinticuatro horas un poco locas, por decirlo suavemente. ¿Has leído los periódicos?

–Te dije que no leyeras a esos boludos. Eres Javier Dorado, uno de los escritores más leídos en español y más traducido a otros idiomas. Un mal año lo tiene cualquiera.

–Me han rescindido el contrato del próximo libro –le comenté con una mueca.

–Necesitabas un cambio. Lo siento más por mí que por ti. Si supieras a todos los estúpidos engréidos que tengo que acompañar en sus campañas de promoción. Todos intentan meterse en mi cama, tú siempre has sido un caballero. Tómame lo que pasó como una despedida, a veces la gente como tú le da mucha importancia a la conciencia. Aquí, en Argentina, nos pasamos el tiempo en el psicoanalista por esa mierda de la culpa. Solo echamos un polvo.

La miré sorprendido, sabía lo que habíamos hecho, pero me costaba separar el sentimiento del sexo. Si me había acostado con Marcela, además de por su imponente cuerpo, era sin duda por su personalidad. Me parecía una gran mujer, con una fuerza interior increíble.

–Yo no creo que dure mucho tiempo en la editorial. Me han hecho la cama, ya no puedo ascender con ese imbécil que han puesto por encima de mí. A lo mejor resulta que nos vemos en el futuro en otra editorial. Este mundo no es muy grande, pero si no cambias de vez en cuando estás perdido.

–Los escritores lo tenemos peor –le aseguré. Dentro del ecosistema literario los escritores éramos la base de la alimentación, pero otras especies más fuertes y poderosas nos controlaban. La famosa agente Carmen Balcells lo explicó en su momento de una manera nítida al decir que, aunque a los escritores siempre se nos acusa de tener un ego insoportable, el verdadero ego era el de los editores que se creían con el derecho de determinar lo que debía leer un país.

Escuché un carraspeo a mi espalda y Marcela me hizo un gesto con la mirada, me giré y vi al hombre con el que me había encontrado el día anterior en el ascensor. No recordaba su nombre, aunque era imposible que me olvidara de su cara.

–Señor Javier Dorado, perdone que le moleste –dijo el millonario mientras apoyaba las dos manos en la mesa.

No supe qué contestar, me quedé mirándole como hipnotizado, su rostro reflejaba una mezcla de paz interior y fuerza. Sus ojos brillaban bajo la luz que entraba a raudales por el gran ventanal.

–Permítame que me presente, mi nombre es Simón Fajardo, ayer tuvimos un incidente en el ascensor. No quise molestarle, pero me pegué un buen susto. Uno de mis acompañantes le vio esta mañana en los periódicos, no podía imaginar que usted fuera el famoso escritor, he leído varias de sus novelas, también esta última que está presentando en Buenos Aires.

–Muchas gracias –acerté a decir. Cada día se me acercaban decenas de personas mostrándome su admiración, y algunas su desprecio. Era una cosa a la

que no lograba acostumbrarme. Me sentía abrumado por la admiración, casi me sentía mejor a la defensiva, cuando alguien venía a criticar alguno de mis artículos o mis libros.

–Le aseguro que soy un ferviente admirador suyo, lamento que nos conociéramos en circunstancias tan desafortunadas.

–Está olvidado –le aseguré, con el deseo de que nos dejara en paz. Pero Simón Fajardo no era del tipo de personas que suelta una presa hasta tenerla bien atrapada entre las mandíbulas.

–Usted no me conoce, los literatos viven en un mundo diferente, al que el resto de humanos tenemos vedado el paso. Sus musas, sus letras y esas maravillosas historias. ¿Puedo sentarme con ustedes? –dijo mientras tomaba una silla sin esperar respuesta.

–No se crea, somos mortales como el resto –le aseguré.

–Sin duda, pero ven la vida desde otra óptica, desde el Olimpo, por encima de las minucias de la política, la economía o el tiempo. Ustedes alcanzarán la inmortalidad con sus letras, el resto moriremos en el olvido –dijo el millonario.

Marcela sonrió al hombre, que sin duda era capaz de fascinar a cualquiera que estuviera bajo su halo.

–¿Lleva mucho tiempo en Buenos Aires? –le pregunté, intentando ser amable.

–Llegué ayer, pero me temo que no disfrutaré de la ciudad, regreso mañana a Caracas. Los negocios no me dejan ni un respiro, usted no sabe lo que es el mundo de las finanzas. ¿Cuándo regresan a España?

–Hoy, dentro de unas horas, por la tarde. Al menos viajaremos de noche y llegaremos a España más descansados, después me queda un largo viaje a mi casa.

–Aunque con ese maravilloso AVE. En América no hay esas cosas tan sofisticadas. Soy un amante de España, una de mis abuelitas era asturiana, además provengo de un linaje de hidalgos muy antigua que llegó a América en el

siglo XVI.

Aquellas palabras me eran muy familiares, todos los americanos estaban siempre buscando sus orígenes, como si intentasen encontrar el hilo que los conducía a través del laberinto de nuevo a casa.

–Imagino que no conoce nada de mi familia de Venezuela, pero le puedo decir que llevamos muchas generaciones en esa hermosa tierra. Me gustaría invitarlos a almorzar. Tengo una idea, bueno los emprendedores siempre estamos imaginando algo nuevo...

–Disponemos de muy poco tiempo –dijo Marcela intentando echarme un capote, para que fuera más sencillo excusarme.

–Lo entiendo, no es nada común que alguien se presente de esta manera, pero además de mi más profunda admiración me gustaría proponerle una cosa. Le prometo que no le robaré mucho tiempo. Es usted un hombre muy ocupado.

–Queríamos pasear un poco por la ciudad, en los viajes de promoción apenas podemos ver nada –me disculpé.

–Perfecto, dentro de media hora los espero en recepción. Les enseñaré algunos lugares de Buenos Aires que seguro que les encantarán.

–Soy porteña –dijo Marcela, intentando mostrar al millonario que no podía conocer algo que ella ya no hubiera visto.

–Tengo un velero en el puerto, me gustaría enseñarles la Costanera Sur, almorzaríamos en el barco y los dejaría en el aeropuerto con tiempo para el vuelo. ¿Qué les parece?

–Nunca he estado en la reserva ecológica de Costanera Sur –le contesté sorprendido. No sabía cuándo regresaría a Argentina otra vez. Aquella mañana me sentía tan vulnerable, con la sensación de que mi etapa dulce en el mundo literario se terminaba.

–Pues lo dicho, los recojo en media hora.

Simón Fajardo se puso en pie, nos miró unos segundos y se colocó unas gafas de sol de espejo. Por unos segundos me vi reflejado en los cristales y sentí

que tenía dos opciones antes de regresar a casa: lamentarme por lo ocurrido y encerrarme en la habitación para autocompadecerme o expresar mis últimas horas en Argentina. No lo dudé un momento, hacer una breve travesía en velero me despejaría la mente y me ayudaría a olvidar lo ocurrido. Cuando nos quedamos solos Marcela me miró sorprendida.

–¿Dónde ha quedado el prudente Javier que conozco? Siempre quieres estar en el aeropuerto con horas de antelación, tenerlo todo controlado.

–Bueno, son nuestras últimas horas aquí. Será mejor que nos pongamos algo ligero y disfrutemos de una comida en un velero con el tipo más rico de Venezuela. La vida es una aventura, siempre vivo a través de mis personajes, tal vez necesite romper las normas por una vez.

Marcela me miró con sus ojos pícaros y con una media sonrisa dijo:

–Ya lo vi anoche.

Nos levantamos y nos dirigimos a las habitaciones, miré el teléfono lleno de mensajes de mi agente, mi esposa y la editorial. Decidí no leer ninguno, me puse un traje de lino blanco y un sombrero de paja que había comprado el día anterior. Me miré al espejo y me sentí como Ernest Hemingway antes de emprender una de sus famosas aventuras. La escritura es una profesión solitaria, pero sumergirse en una historia inesperada puede ser el mejor filón para escribir la historia de tu vida.

Capítulo 5. Costanera Sur

Cuando llegamos a la recepción no nos esperaba Simón Fajardo, en su lugar nos encontramos a un chófer vestido de negro, que nos llevó hasta un Rolls Royce Phantom VIII, yo no tenía ni idea de cómo se llamaba ese modelo, pero mandé una foto a mi amigo Alberto Paredes y enseguida me contestó sorprendido. Al parecer era el coche más caro del mundo. Por dentro el Rolls Royce estaba completamente tapizado de piel negra y tenía un minibar, dos televisiones, internet y todo tipo de artilugios que Marcela y yo no nos atrevimos a tocar.

Recorrimos los pocos kilómetros que nos separaban de Puerto Madero y el chófer nos abrió la puerta. Delante vimos un elegante velero blanco, una pasarela comunicaba el barco con el puerto deportivo. En la entrada había una mujer vestida de marinera, con su uniforme blanco y sus botones dorados.

–Bienvenidos al *Bolívar IV*, esperamos que su estancia a bordo sea de su agrado. Nos llevó por la cubierta hasta una puerta y nos introdujo en un suntuoso salón forrado completamente de madera. El espacio era tan amplio que parecía la estancia de una gran mansión, decorada con motivos marineros y a la que no le faltaba detalle.

Marcela comenzó a curiosear todo, pero yo me senté en uno de los sillones de piel.

Apareció un camarero ofreciéndonos algo para beber. Pedí un Martini y Marcela una copa de vino blanco, nos sentamos y esperamos al anfitrión. Simón no tardó mucho en aparecer, le acompañaban dos hombres y una mujer, los mismos que había conocido en nuestro accidentado encuentro en el ascensor del hotel.

–Creo que ya conoce a Willian y a John, ellos son mis ángeles de la guarda en los viajes internacionales; Mauricia es mi secretaria personal.

Me puse en pie y comencé a saludar. Los dos gorilas de Simón eran mucho más grandes de lo que los recordaba. Al darme la mano sentí toda su fuerza, aunque a diferencia de aquella noche su cara sonriente me hizo relajarme un poco. La mujer me dio un beso y se colocó detrás de los tres hombres.

–Si les parece bien, vamos a la terraza superior, desde allí hay una vista envidiable de la bahía y la reserva ecológica.

En cuanto salimos al exterior me puse de nuevo las gafas de sol. Aquella mañana deslumbrante de cielos azules, me hizo recordar Italia y su bellísima costa. Nos sentamos en unos butacones, nos trajeron todo tipo de manjares y mientras bebíamos Simón comenzó a explicarme los motivos de sus viajes a Argentina.

–El sector que trabajo normalmente es el alimenticio. Por desgracia en la

actualidad hay una gran escasez en Venezuela, como ya sabrá, la bajada del precio del petróleo y la acumulación de la deuda hace que muchos países y empresas ya no quieran fiar al gobierno. Los proveedores piden pagos al contado, pero eso es muy complicado en la situación actual. Estoy comisionado por el presidente Maduro para conseguir carne de res, cerdo y pollo para Caracas. Imagino que entiende lo complejo de la situación, de mi gestión depende la vida de miles de personas.

–He leído algo sobre lo que está sucediendo –contesté, sin ponerle mucha atención. Había acudido a aquella extraña cita más para disfrutar de las últimas horas que para escuchar la propuesta de mi anfitrión.

–No quiero aburrirle con los problemas de mi país, será mejor que disfrutemos del paisaje y hablemos de libros –comentó Simón mientras encendía un puro habano.

Me ofreció uno, pero hacía años que había dejado el tabaco, más por aburrimiento que por salud. Nunca me había atraído el humo, mi verdadero problema era con el alcohol, sobre todo cuando viajaba. Necesitaba sentirme algo anestesiado, como si la vida me quedase grande. Los viajes de promoción eran muy difíciles. Las entrevistas, presentaciones y comidas de negocios apenas me dejaban tiempo para descansar, reflexionar o simplemente para tomar algo de perspectiva.

–Literatura. A veces me pregunto ¿qué significa esa palabra? Todo es tan relativo. El arte es tan subjetivo y en este maldito siglo XXI cualquiera se cree con derecho a opinar. Como digo yo: estamos en la dictadura de las masas y lo políticamente correcto.

–Bueno, algunos intentamos mantenernos al margen. Prefiero opinar de lo que conozco, que no es mucho, no interactúo apenas en las redes sociales. Podríamos decir que me gusta tener siempre un bajo perfil, pero puede que eso me esté perjudicando.

Las últimas palabras de Simón me lograron sacar del ensimismamiento. El

paisaje, aquel sol relajante y el Martini me habían relajado por fin. Me giré hacia el anfitrión y por unos segundos observé su rostro pálido, su pelo largo y barba. Su imagen parecía sacada de un cuadro renacentista del Mesías.

–Lo que no entiendo es en qué puedo ayudarle. Ya habrá visto que lo mío no son las relaciones públicas –bromeé intentando quitarle dramatismo al asunto. Simón siempre parecía estar interpretando un papel dramático, como si el mundo dependiera de sus decisiones personales.

–Usted es un mago con las palabras. En esta era de la imagen yo sigo pensando que la palabra es mucho más poderosa: con ella podemos construir o destruir. Necesito que me ayude a transmitir lo que creo, lo que pienso y lo que deseo hacer por mi país.

–¿Cómo puedo ayudarle?

–Necesito que escriba un libro, una especie de biografía, aunque en el fondo es mucho más: la presentación de mis creencias y opiniones. No es que considere que lo que creo o pienso sea muy importante, pero mi país y todo el continente se encuentra en medio de una gran confusión. Los sistemas capitalistas que funcionan en México, Colombia o Chile no han terminado con la pobreza endémica de América, pero las repúblicas bolivarianas de corte socialista están colapsadas. Cuba se encuentra en la disyuntiva de qué sucederá tras la etapa de los Castro. Ecuador no termina de adaptar el sistema bolivariano. En Bolivia la era de Evo Morales parece estar tocando a su fin, por no hablar de mi amada Venezuela que fue un ejemplo para el mundo, pero ahora está atravesando una crisis económica, institucional y política profundas.

Le miré con cierto escepticismo, los latinos tenían la capacidad para envolverte con sus palabras, tocar tu ego y después presentar sus propuestas. Eran unos maestros en la estrategia de conseguir convencer, mientras que los españoles siempre íbamos al grano, sin utilizar los sutiles caminos de la persuasión.

–¿Quiere que escriba una biografía? Bueno, no sería la primera vez que lo hago, mis primeros libros eran ensayos, de hecho, mis novelas siempre tienen

ese tono de investigación, pero no hago libros por encargo. No se ofenda, sería un honor escribir su historia, pero estoy saturado de trabajo. ¿Verdad Marcela?

La editora no respondió inmediatamente, parecía fascinada con la comida y el paisaje, pero, en cuanto se limpió los labios y terminó de tragar la carne de cigala, nos sonrió y dijo:

–Javier es un escritor de superventas, no puede comprometerse en proyectos ajenos a la editorial. Su contrato es muy estricto en este sentido.

–¿No es libre para escribir lo que quiera? –preguntó Simón sorprendido.

–Bueno, puedo escribir lo que quiera, pero dentro de un margen.

–Me parece increíble, pensé que los escritores eran los que elegían de qué querían escribir.

Le sonreí por unos instantes, la mayoría de las personas eran tan ingenuas como Simón. La escritura era una de las últimas pseudoesclavitudes que aún quedaban en el mundo. Los editores siempre tenían la última palabra, como un proyecto no entrase en sus parámetros estaba condenado a la nada. Muchas de mis ideas se habían quedado en un profundo tintero de lo políticamente correcto, lo poco comercial o lo supuestamente inoportuno.

–Los artistas siempre hemos sido mercenarios, en muchos sentidos, a lo largo de la historia, hemos necesitado mecenas que apoyaran nuestra creación, pero eso condicionaba la producción artística. En la actualidad nuestro amo es el mercado –le contesté cínicamente.

–Sé que no le importa el dinero, después de ganar el Premio Planeta imagino que tendrá muchos recursos, pero sabré ser generoso si escribe el libro. Le facilitaré toda la información, un buen lugar en el que trabajar y un pago sustancioso. Después podría disfrutar de sus derechos de autor.

–Me temo que no podrá ser –le contesté algo incómodo por la situación.

–Estoy hablando de mucho dinero, un millón de dólares, aunque pienso que su trabajo es mucho más valioso. Necesito que me ayude a dar a conocer al mundo lo que quiero hacer en Venezuela. Mi país me necesita y el dinero es lo que menos me importa. Si le parece poco lo que le ofrezco...

Le miré con los ojos como platos, conseguir derechos de autor por valor de un millón de dólares era una meta muy alta. Mis dos últimas novelas me habían dado buenos beneficios, pero había gastado la mayor parte del dinero en viajes, mi único vicio confesable.

–Lo siento, es una oferta muy tentadora, pero mi trayectoria literaria va en otra dirección. Le agradezco que haya pensado en mí –contesté sin querer darle muchas vueltas. Ese dinero me quitaría la presión de buscar un editor rápidamente. Mi mujer y yo teníamos cuentas separadas, había sido una de las condiciones de su familia para aceptarme y estaba casi sin blanca.

Simón Fajardo intentó disimular su enfado, no parecía muy acostumbrado a que le dijeran que no. Yo apuré la bebida y miré al horizonte. La vida era una interesante mezcla de oportunidad, voluntad y suerte, siempre había logrado tomar el camino correcto movido por el sentido común y previendo las consecuencias de mis actos. Aún no era consciente de que en muchas ocasiones simplemente todo se nos escapa de las manos y perdemos el control, dejando que las circunstancias sean las que decidan nuestro destino.

Capítulo 6. De vuelta a casa.

Las huidas hacia delante nunca llevan a ningún lugar. Tomamos el vuelo de Iberia a Madrid. Marcela tenía el asiento junto al mío. En cuanto me senté en mi puesto pedí un wiski doble. Lo bebí a tragos cortos, intentando que el sabor a madera fuera penetrando por mi garganta. Aún resonaban en mi mente las palabras de Simón Fajardo, un millón de dólares era una cantidad considerable. En los dos últimos años había gastado toda la cuantía del premio y en aquel momento las regalías por mis obras bajaban preocupantemente. Mi esposa tenía una gran fortuna, sobre todo en posesiones vinícolas e inmuebles, pero todo estaba hipotecado y pertenecía a su familia. Hasta conocer a los Andreu no había sido consciente de que las grandes fortunas siempre tienen su dinero invertido, haciendo equilibrios para pagar y mantener su patrimonio.

–¿Vas a dormir? –me preguntó Marcela inclinándose hacia mí.

–En cuanto me tome dos o tres de estos –le contesté señalándole mi vaso.

–Yo prefiero cava –comentó.

–Te has hecho muy catalana –bromeé.

–Me trasladan a Madrid, creo que la semana que viene, la editorial está ampliando sus oficinas allí –dijo con una medio sonrisa.

–Al menos no tendrás que ver al capullo de tu jefe –le contesté.

–No hay mal que por bien no venga –dijo con un brillo en la cara que volvió a impactarme. Era realmente atractiva, una mujer culta, inteligente y sumamente guapa.

–Tú sigues tan feliz en Girona. Es una ciudad encantadora, algo provinciana, pero más sana que las grandes ciudades.

–Estás obsesionada con la vida sana y lo ecológico. Todos nos vamos a morir, querida.

–Unos antes que otros –me contestó señalando el vaso.

–En casa apenas bebo, pero durante los viajes necesito templar un poco los nervios. Ya sabes la presión que sufro y sobre todo después de la cagada del otro día –le comenté.

–No será al revés, puede que tu problema sea la bebida, el alcohol aturde los sentidos y te hace que no veas la realidad –dijo muy seria, como si realmente se preocupase por mí.

Di un nuevo trago y le sonreí. No me consideraba un alcohólico, en mi casa apenas tomaba una copa de vino de vez en cuando. Tenía una personalidad algo adictiva, sobre todo por mi tendencia a la ansiedad, pero prefería beber algo de alcohol a las pastillas que la mayoría de mis conocidos tomaban para dormir, por no hablar de otras drogas ilegales que circulaban con mucha alegría entre la oligarquía de la ciudad.

–¿Vas a considerar la oferta de Simón? –me preguntó Marcela con cierta picardía; era consciente de que el tema me molestaba un poco.

–¿Conoces la historia del encargo de *La catira* a Camila José Cela?

–Algo he oído –contestó mientras le servían la copa de cava.

–Gustavo Guerrero publicó un ensayo sobre ese tema hace unos años. Camilo José Cela siempre fue un hombre polémico. Sus libros fueron prohibidos por la censura franquista, pero él mismo trabajó como censor muchos años. En los años cincuenta el escritor firmó un contrato con el dictador venezolano Marcos Pérez Jiménez. El dictador se convirtió, como muchos otros, en un caudillo que supuestamente iba a salvar al país de la corrupción y el retraso. Realizó muchas obras de infraestructuras, pero escapó de Venezuela ante los levantamientos populares de 1958.

–No tenía ni idea –dijo Marcela, mientras su interés iba en aumento.

–Al parecer el dictador quería que Cela escribiera varias novelas para promocionar al país y su régimen. Al llegar allí el ministro de Interior, Laureano Vallenilla Lanz, ofreció una cantidad astronómica al escritor para que escribiese una novela. Cela además de recopilar información en Caracas se hizo con una amante rubia, una catira, como dicen por allí. Cela contó a algunos amigos que había vivido en una lujosa mansión. Le pagaron unos tres millones de pesetas, una verdadera fortuna para la época. Le proporcionaron un avión privado y un yate para su uso personal.

Marcela se echó a reír, la historia era sorprendente, más digna de un aventurero oportunista que de un Premio Nobel de literatura.

–Bueno, puedes hacer lo mismo que el ilustre Don Camilo.

–Sí, cobrar un dinero por un encargo y después hacer lo que me venga en gana, pero al menos a Cela le encargaron una novela, lo de Simón es muy distinto, quiere una hagiografía.

–Te dijo que tendrías plena libertad para escribir el libro, tal vez puedas cambiar la historia de Venezuela –comentó Marcela sin mucho convencimiento, más para soliviantarme que para convencerme.

La idea no era tan descabellada como podía parecer en un primer momento. Durante unos meses tendría que buscar nueva editorial y con el dinero podría pasarme un par de años sabáticos y replantearme mi carrera. La única

cosa de la que disponíamos antes los escritores era de tiempo, pero muy raramente teníamos dinero y este, como todo el mundo sabe, es el que da la libertad. Arturo Pérez-Reverte o Carlos Ruiz Zafón pueden hacer siempre lo que quieren o dar su opinión sobre cualquier tema por la libertad que les proporciona su dinero, un millón de dólares era una cantidad considerable, además de lo que produjesen las ventas del libro, que imagino que en Venezuela y en otros países de América serían considerables.

–Eres como un diablillo –comenté a Marcela.

–¿Lo dices por lo de anoche? –me preguntó con una medio sonrisa.

–Será mejor que nos olvidemos de todo eso...

–¿Seguro?

–Si estuviera soltero o separado no te dejaría escapar, pero tengo una familia.

–Un gran padre de familia –contestó molesta Marcela y se giró sin hacerme caso el resto del vuelo.

Me pedí un par de wiskis y antes de dormirme investigué un poco el origen de la familia Fajardo, más por curiosidad y un poco de morbo, que por un verdadero interés en la propuesta del millonario.

Al parecer los Fajardo habían estado en el origen de la ciudad de Santiago León de Caracas. Francisco Fajardo, nacido en la isla Margarita, hijo mestizo del conquistador español Francisco Fajardo “el viejo” había emprendido una expedición en 1555 con la intención de someter a la tribu de los caracas. Tras una primera aproximación, Francisco regresó con cien vasallos guaiqueríes. Tras la despoblación de la ciudad fundada llamada de San Francisco, el conquistador Diego de Losada refundó la ciudad en 1567 con el nombre de Santiago de León de Caracas. A pesar del asesinato del fundador de la ciudad, sus descendientes lograron prosperar y convertirse en una de las familias más importantes. Sus antepasados protegieron la ciudad de corsarios y piratas. A pesar de ser una familia mestiza, por su antigüedad, se unió a los mantuanos, la aristocracia blanca de la ciudad, aunque uno de los más famosos Fajardo protagonizó una

revuelta con los “blancos de la orilla”, españoles llegados en el siglo XVIII, para quedarse en parte con el poder de Caracas. Miguel Fajardo, junto a Simón Bolívar, fue parte de los ciudadanos que rechazaron al nuevo Capitán General impuesto por José Bonaparte y firmó el acta de Declaración de Independencia de Venezuela. La familia era partidaria de separar la República de Venezuela de la Gran Colombia. Desde entonces la familia había ocupado cargos prominentes tanto en los periodos democráticos como dictatoriales. Con la llegada al poder de Hugo Chávez, la familia comenzó a marchitarse y sus negocios agrícolas, en especial de carne avícola, entraron en números rojos. La redistribución de la tierra del año 2001 les hizo perder parte de su patrimonio, pero desde que Simón Fajardo tomara las riendas de la empresa familiar en 2005, convirtió su empresa en la más importante de Venezuela y a su familia en la más rica del país.

Miré el reloj, después observé por unos momentos a Marcela, tapada con una manta roja y con la cabeza ligeramente inclinada hacia mí. No pude evitar que cruzaran por mi cabeza las escenas de la noche anterior, por un lado me sentí avergonzado, pero por otro experimenté una especie de excitación que únicamente el cansancio fue atenuando hasta que me quedé completamente dormido.

Capítulo 7. Un día en Madrid

Me pasé casi un día entero durmiendo. Antes de regresar a casa había concertado una reunión con mi agente, quería aclarar mi situación cuanto antes. Miré la ropa de la maleta, todo estaba arrugado y sucio. Después de tantos días en América ya no me quedaba nada decente que ponerme; bajé a una boutique del hotel y me compré una camisa blanca, una chaqueta y unos pantalones a juego. Después me asee un poco, me afeite y por primera vez en muchos días me vi bien, como si empezara a remontar la crisis personal y profesional de aquel maldito año. Más animado tomé un taxi en la puerta del hotel y en menos de media hora me encontraba enfrente del edificio donde se encontraba la oficina de mi agente en

el barrio de Malasaña. Sara Luna era la mejor agente que había tenido con diferencia. En mi dilatada vida como autor había conocido a cuatro agentes. El primero era un timador profesional, un buscavidas que se había quedado con parte de los beneficios de mis primeras novelas y después se había esfumado sin dejar rastro. El segundo agente pertenecía a una famosa agencia de Barcelona; era un hombre colombiano que la agencia utilizaba para los autores de segunda fila. Apenas logró algún contrato, siempre me decía que no escribiera tanto y ponía miles de excusas para zanganear sin dar palo al agua. La tercera agencia mejoró un poco el ignominioso *ranking* de ineptitud y golfería de los anteriores, pero el pobre Pedro Milanés era un tipo pusilánime, tristón y negativo que parecía tener el “no” tatuado en la frente. Afortunadamente conocí hace unos años a Sara Luna y todo eso cambió. Pasé de ser un escritor secundario al que le costaba publicar en editoriales de primera línea a convertirme en uno de los escritores más exitosos del siglo XXI en español. Le debía mucho, pero sobre todo por su inagotable fe en mí. No hay nada más llorón y quejica que un escritor, pero en cierto sentido es normal, cobramos poco, apenas tenemos reconocimiento social y casi nunca los editores cumplen todas las promesas que nos han hecho. Los escritores nunca estamos conformes con la promoción de nuestros libros, con las portadas, con los viajes ni las presentaciones. La única rara excepción a la regla fue la promoción del Premio Planeta, de la que terminé agotado, pero satisfecho. Sin duda fue un atracón de popularidad como hasta ese momento nunca había disfrutado.

Subí las escaleras hasta la tercera planta. Últimamente estaba cogiendo algo de peso y necesitaba ponerme en forma y llamé al viejo timbre de color negro. Sara no tardó en abrirme la puerta, los goznes chirriaron y el suelo de madera crujió cuando le di dos besos y entré en la oficina.

–Te veo muy bien –dijo Sara, que siempre parecía positiva y halagadora.

–Gracias –le comenté.

–Estaba esperándote, tengo en la mesa del despacho el informe de la

última novela.

Sus palabras me cayeron como un jarro de agua fría. Unos días antes me había adelantado algunos datos de venta y los comentarios de la crítica, pero temía que las cosas fueran mucho peores.

Entramos en un amplio despacho que en otro tiempo debió de ser el salón de la casa. Las paredes estaban forradas de libros atesorados durante los veinte años que Sara llevaba como agente en Madrid. A pesar de su dilatada carrera, se conservaba muy bien, le gustaba correr, comer sano y no tenía ninguno de los malos hábitos que a mí me había costado dejar o aún practicaba. Llevaba toda la vida dedicada a los libros, sin pareja conocida, tampoco hijos ni siquiera sabía nada de su familia, como si las musas de la literatura la hubieran engendrado para dedicarse al mundo de las letras.

–Me imagino lo que me vas a decir –le comenté mientras me sentaba en una cómoda butaca de piel.

–La vida de un escritor está llena de altibajos, muchos han fracasado estrepitosamente y después han logrado remontar.

–Ya sabes que en España el fracaso no se perdona, sobre todo si antes has tenido mucho éxito –dije algo decepcionado. Sus palabras de ánimo no parecían causarme efecto.

–Llevas muchos años publicando, tienes un gran número de lectores fieles, ellos sabrán perdonar...

–Es cierto que siempre te quedan lectores fieles, pero la mayoría escogerá otro autor, los escritores de mediana edad siempre lo tenemos difícil, ya no somos noveles, pero tampoco clásicos. Estamos en el limbo de los indefinidos, aunque lo peor es que sigo pensando que la novela era buena.

Sara se dirigió a una cafetera ultramoderna que tenía en una mesa oficial y se preparó un expreso.

–¿Quieres tomar algo?

–Me tengo que desintoxicar de tantas cosas que necesitaría más de dos vidas para hacerlo.

–Eres un exagerado, aunque lo que sí quiero pedirte es que no bebas durante los viajes de promoción. Los escritores nunca debéis perder el control y a veces, sobre todo en un tema tan polémico como el de tu libro, no se puede bajar la guardia.

Miré por el ventanal, el cielo de Madrid brillaba con una intensidad que había visto en muy pocos sitios del mundo. Más de una vez me habría preguntado cómo sería vivir en la capital, aunque sabía que era un deseo imposible de cumplir, Ana aborrecía Madrid y todo lo que significaba.

–No es fácil mantenerse cuerdo en un viaje de promoción, pero sin algo de alcohol es completamente imposible –me excusé. Aunque sabía que ser adulto consistía en afrontar las presiones de la vida y controlar el temperamento.

–Bueno, el informe es muy malo. No hemos vendido ni un tercio de lo que era habitual. Eso ha fastidiado la venta de derechos internacionales. Saldrá en inglés, pero con una editorial poco importante y en los demás idiomas olvídate.

Aquella era la peor de las noticias. Que tus libros fueran traducidos a otros idiomas era muy difícil, pero perder esa posición de ventaja podía ser desastroso. Los escritores españoles éramos cada vez más traducidos a otras lenguas, pero aún nos encontrábamos muy lejos de lo que sucedía a los escritores de otros países.

–¿En qué situación nos deja? –le pregunté temeroso.

–Muy mala. Será difícil conseguir un buen adelanto para tu próximo libro, tal vez sería mejor intentar cambiar de registro, hacer un *thriller*.

–No me jodas Sara. Yo no soy escritor de *thriller*, ya sabes que siempre me he movido en la novela en forma de ensayo.

–Pues tendrás que cambiar –contestó tajante.

–¿Cambiar a mi edad? El tipo de libros que me gustan es el ensayo novelado y la novela histórica, no pienso escribir otra cosa –dije con el ceño fruncido. Me puse en pie y comencé a caminar por el despacho.

–Nos costará conseguir otra editorial, el mundo de la edición ha encogido en los últimos años. Ya sabes que están los dos grandes grupos multinacionales y

poco más. ¿No querrás publicar en una editorial pequeña?

–Hace unos meses la competencia m estaba tirando los tejos, qué mejor oportunidad. Además, creo que mi actual editorial no ha sabido vender el libro.

–Después de las ventas no creo que nos reciban con cohetes, pero al menos si les ofrecemos algo novedoso... Mira lo que hace Pérez Reverte, una nueva saga histórica, pero de espías.

Aquel comentario me enfureció. No me gustaba que me comparasen con nadie, pero menos aún con uno de los iconos de las letras españolas. Arturo parecía tener un olfato especial para descubrir nuevos filones, yo era un escritor muy diferente, me movía por intuición. Las historias llegaban a mí y yo únicamente las redactaba.

–Pues ya sabes el dicho: cambiar o morir.

–Pensé que un agente servía para algo más Yo hago la mayor parte del trabajo, tú únicamente tienes que venderlo.

Sara me miró sorprendida. En los años que llevábamos juntos nunca habíamos discutido y le había agradecido un millón de veces su trabajo. Era muy injusto que en un momento como aquel no confiara en ella, pero me sentía fuera de control, asustado y abrumado por las circunstancias.

–¡A la mierda! Rescindo el contrato, ya encontraré a alguien que crea en mis libros –grité furioso.

–Tranquilízate, estás pasando una mala racha, eso es todo –dijo Sara poniéndose en pie. Se acercó a mí con la intención de abrazarme, pero su comprensión me enfureció todavía más. Quería enfadarme, pelearme, gritar y patear como un niño pequeño.

–Lo siento, pero es mejor que dejemos aquí nuestra relación profesional. Mi abogado te mandará los papeles –le dije dando un paso atrás. Después me dirigí a la puerta y salí sin mirar atrás.

Mientras bajaba las escaleras no dejaba de pensar en qué me había equivocado, pero de alguna manera necesitaba derrumbar todo lo que había sido mi vida anterior. A veces no somos capaces de darnos cuenta de que el

verdadero problema está en nosotros, que es posible que las circunstancias sean malas, pero que es aún peor cómo reaccionamos ante ellas.

Capítulo 8. Donde las dan las toman

Llegué furioso al hotel, compré por internet el primer billete a Gerona y metí todo precipitadamente en la maleta. Había quedado para cenar con un viejo amigo y compañero de letras, pero le mandé un mensaje cancelando la cita. Cuando me senté en el AVE respiré hondo e intenté tranquilizarme. A aquella hora no había mucha gente y mi asiento se encontraba en el vagón del silencio, por lo que nadie me molestaría en las tres horas y media de trayecto. En cuanto el tren se puso en marcha me puse a pensar en lo sucedido por la mañana, sabía que no era la mejor idea abandonar la agencia de Sara, pero era demasiado orgulloso para rectificar. A los pocos minutos me quedé dormido, hasta que escuché a un tipo vociferando a mi lado. Miré de reojo y vi a un señor vestido con traje, tenía en su mesita un ordenador portátil y lo que parecían catálogos. Insultaba a voz en grito a alguien por su teléfono de última generación. Respiré hondo antes de pedirle que hablara fuera del vagón, pero continuó gritando como un energúmeno durante más de diez minutos.

–Señor, no se puede hablar en el vagón.

El hombre me miró como si no entendiera a qué me refería y continuó su conversación.

–¿Está sordo? No se puede hablar en este vagón –dije subiendo el tono de voz. Los cuatro ocupantes del vagón se giraron sorprendidos. Lo normal era que la mayoría de la gente soportase con paciencia a tipos como ese, pero yo estaba dispuesto a llamar al revisor.

–Hablo donde me da la gana –dijo el hombre apartando el teléfono de la cara e hincándome una mirada de desprecio.

Me puse en pie para ir a buscar al revisor, el hombre se levantó y me cortó el paso con el brazo. Se lo quité bruscamente, normalmente soy un tipo pacífico,

pero cuando me enfado puedo perder el control.

–¿Qué demonios hace? –le grité quitando el brazo.

El hombre dejó el teléfono en la mesilla y me agarró de la pechera, me sacudió contra el cristal y me hizo perder el equilibrio. Aquello fue la gota que colmó el vaso, me dirigí hacia él, mientras se inclinaba para recoger de nuevo el teléfono, le empujé y se estrelló contra la mesa. El teléfono se cayó al suelo y se rompió el cristal. En ese momento llegó el revisor alertado por unos pasajeros. Nos encontró forcejeando y nos separó.

–¿Han perdido la cabeza?

–Me ha roto el teléfono –se quejó el hombre.

–No es cierto, le pedí que hablara fuera y no me hizo caso, cuando iba a avisarle se lanzó sobre mí y me tiró al suelo. Le he empujado y se la ha caído el teléfono.

El revisor nos miró a ambos como un profesor que no sabe a qué alumno creer.

–Siéntense o les haré bajar en Zaragoza –dijo secamente, con el ceño fruncido.

–Pero este tipo me ha roto el teléfono –se quejó el hombre.

–Usted tome sus cosas y venga conmigo –me dijo en tono amenazador.

–Ni loco, no me muevo de aquí. No he hecho nada –contesté sentándome en el asiento.

El revisor tomó el teléfono y comenzó a marcar. Pensé en lo que supondría un nuevo escándalo, saldría en todos los periódicos y eso dañaría aún más mi deteriorada imagen pública.

–Está bien –dije resignado, tomé la maleta y le seguí. Me llevó por todo el tren hasta el principio, abrió una puerta al lado de la cabina del conductor y me hizo pasar. Era el cuarto en el que él descansaba, tenía un par de sillas y una taquilla.

–Siéntese –me dijo mientras cerraba la puerta.

–No quiero problemas –le comenté.

–No se preocupe, simplemente quería separarle, cuando las cosas se ponen de ese modo, lo mejor es evitar daños mayores. Entiendo que gente como esa le haya agotado la paciencia, tengo que tratar con tipos como él a diario, pero le aseguro que es mejor no enfrentarse a ellos. Siempre tienes las de perder.

–No le quito la razón, llevo dos días muy malos y no he podido resistirlo – le dije sincerándome por primera vez en las últimas semanas.

–¿Quiere un café? Tengo un termo con café de mi casa, el que dan en el tren no es muy bueno.

–Muchas gracias –le contesté aceptando el ofrecimiento.

–Mi nombre es Andrés, bueno le he reconocido en cuanto le he visto, usted es Javier Dorado.

–El mismo –le contesté sonriente.

–Soy un admirador suyo. He leído todos sus libros, me parece uno de los mejores escritores del momento.

Unas palabras amables en el peor momento son tan reconfortantes como un vaso de agua en medio del desierto. Me relajé poco a poco mientras el revisor elogiaba una a una todas mis obras.

–Estudí filología en la universidad, pero nunca ejercí. Me propusieron que me fuera a América, decían que allí había más oportunidades, pero por cobardía o porque me gusta demasiado mi país no me fui

–Le entiendo, cuando viajo siempre tengo deseo de volver, emigrar es una forma de orfandad.

El hombre se quedó pensativo un momento, como si estuviera meditando algo, después me miró con admiración y dijo:

–Le confieso que su último libro no me ha gustado. Está bien escrito y la historia es interesante, pero se nota que ha intentado escribir como quien no es. Sus novelas son cercanas, emocionan y consiguen hacerte reflexionar. En su último libro parecía que lo único que le importaba era la forma, como si buscara el aplauso de la crítica. A mi modo de ver ha sido un error. Siento ser tan sincero.

Aquel hombre había expresado mejor que nadie a mi alrededor lo que había sucedido. Siempre anhelamos ser diferentes, recibir el aplauso o el reconocimiento de los que nos lo niegan. A pesar de mi éxito me sentía como un fracasado, ninguneado por académicos, lectores y críticos. A mis cincuenta años había ganado uno de los premios más importantes del país, pero era un mero reconocimiento económico. Aunque tenía muchos lectores en España, siempre había recibido más elogios de América, todo aquello me había hecho convertirme en quien no era.

–Creo que tiene razón. No me gusta reconocerlo, pero tengo toda la culpa. La mayoría de los libros que he escrito me han salido del corazón, pero en esta ocasión he escrito con la cabeza. Ya conoce la famosa frase de que el corazón tiene razones que la razón ignora.

El hombre me observó sorprendido, no tanto por la frase como por la idea que transmitía.

–Estamos tan acostumbrados a razonar, que no nos damos cuenta de que a veces el corazón nos quiere llevar hacia la verdad –dijo mientras tomaba la taza de café y me la entregaba.

–Estoy en un momento difícil, de encrucijada, llevaba mucho tiempo caminando en la misma dirección, pero tengo la sensación de que he estado engañándome a mí mismo y a los demás. La escritura me proporciona una inmensa felicidad, trabajo en el mejor oficio del mundo, tengo éxito y una buena familia, pero ¿sabe?, no es suficiente –le dije cabizbajo. Sin saber por qué me sinceraba precisamente delante de un extraño.

–Le entiendo, nunca es suficiente –contestó como si supiera perfectamente de lo que hablaba.

–Provengo de una familia humilde, tuvimos que emigrar cuando yo era pequeño, pero mis padres tenían algo que yo no poseo. Ellos estaban llenos de esperanza.

–¿Esperanza? ¿En qué?

–Una de las cosas que ha conseguido el mundo moderno es obligarnos a

vivir en el presente, atenernos a lo tangible, pero hay tantas cosas que no lo son... En cambio, el objetivo de mis padres, en la vida era mejorar el futuro, creían que nosotros podríamos vivir mejor que ellos, convertirnos en personas más educadas y sabias. Además, creían firmemente en la trascendencia. No eran religiosos en el sentido tradicional, no iban a misa todos los domingos, pero en cambio pensaban que había una lucha clara entre el bien y el mal, que el alma humana debe combatir diariamente para alcanzar la virtud. Creo que mi padre había aprendido todas esas ideas en la escuela, cuando era pequeño. Un profesor de pueblo de una pequeña escuela protestante le hablaba de todas esas cosas. Desde entonces mi padre siempre tuvo una Biblia, la leía a escondidas y nos contaba algunas cosas que había descubierto.

–Qué interesante –dijo el revisor.

–Creo que de esa relación de mi padre con los libros nació mi amor a la literatura. De alguna forma comprendí que los libros tienen un poder especial, que son capaces de cambiar al hombre y por tanto al mundo.

La conversación nos tuvo la mayor parte del viaje entretenidos, cuando llegué a Girona ya eran algo más de las seis de la tarde. En lugar del alma atormentada y ansiosa que me había acompañado las últimas semanas, sentí una paz extraña que nunca había experimentado. Pedí un taxi en la estación y cuando llegué a nuestra casa, bajé con rapidez, abrí la puerta con mi llave y entré alegre, como si acabara de llegar a las puertas del paraíso.

–¡Hola! –grité esperando que mis hijos corrieran hasta mí. Aquella era una de las mejores sensaciones del mundo.

Nadie acudió a recibirme, llamé a Ana, pero no contestó. Algo preocupado me puse en contacto con mi suegra.

–Hola, soy Javier, no están Ana ni los niños –le dije secamente.

–Ya sé quién eres, los teléfonos ponen el nombre del que llama. Los niños están conmigo, Ana tenía que ir a la bodega a arreglar un asunto.

–Gracias –contesté y colgué.

Me quedé sentado en el salón unos minutos, me sentía incómodo, no

esperaba ese recibimiento. Sabía que estaba enfadada, pero al menos verlos me hubiera alegrado un poco. Era consciente de que la culpa era mía por no avisar. Al final me puse un abrigo más gordo, en primavera aún hace mucho frío en Girona, y bajé al aparcamiento. Estaba el Jeep, cogí las llaves y saqué el coche. La bodega se encontraba a unos cuarenta minutos de la ciudad. Prefería ver allí a Ana, necesitaba estar un tiempo a solas con ella para pedirle perdón por mi comportamiento, contarle lo que había sucedido en Buenos Aires y comenzar de nuevo. No sabía cómo se iba a tomar mi infidelidad. Llevábamos toda la vida juntos, no creía que echara todo eso por la borda, teníamos dos hijos en común y miles de maravillosos recuerdos.

Comenzó a llover en cuanto dejé las calles de Girona. El campo estaba muy verde, la niebla se extendía por algunos bosques de pinos y por unos instantes me dejé llevar por aquel paisaje melancólico. Era una de las cosas que me había enamorado de la región, la sensación de que allí pasaba el tiempo, de que las cosas eran firmes y duraderas.

Me acerqué por el camino serpenteante hacia la bodega. A los lados había cipreses centenarios que delimitaban los colores de las hojas de las vides que eran más intensos gracias al cielo encapotado; hicieron sentirme feliz. Por primera vez en toda mi vida pensé que pertenecía a algún sitio. Aparqué junto a la entrada de la masía. Allí estaba nuestro coche y el de Álvaro Llorach, dueño de una de las bodegas más importantes de la región. Corrí desde el coche al edificio para no empaparme, pensé en llamar a la puerta, pero esta estaba abierta. Entré en el amplio recibidor a oscuras y después me encaminé al salón, pero no había nadie. No subí a la planta de arriba, imaginé que si se trataba de un negocio estarían en el despacho que daba al patio, al lado de las bodegas. Atravesé la casa a oscuras y en silencio, abrí la puerta del despacho y los vi. Ana estaba a cuatro patas sobre el amplio sillón de piel marrón, detrás tenía a Álvaro que la embestía con fuerza, mientras ambos gemían. Durante unos segundos no debieron percibir mi presencia, pero al poco Ana se volvió, su cara de sorpresa y fastidio me hicieron avergonzarme. Salí del salón y me dirigí hacia el coche,

estaba a punto de entrar en el Jeep cuando Ana salió con un chubasquero rojo, tenía el pelo alborotado y una expresión entre confusa y ofendida.

–Javier –dijo en un tono difícil de explicar.

–Tengo que irme –le contesté con un nudo en la garganta.

–Tú tienes la culpa de todo esto. Hace demasiado tiempo que te comportas como si nada te importase. Estoy cansada de sentirme sola, además me imagino lo que ha sucedido con Marcela.

–Ya hablaremos –le contesté.

–No. Quiero que cojas todas tus cosas y te marches.

La miré sorprendido, sentía el corazón roto, con la sensación de impotencia al ver que las cosas no podían arreglarse.

–Tenemos que intentar...

–No hay nada que intentar. Esto se ha terminado, llevo meses con Álvaro, quería decírtelo a la vuelta, pero las cosas se han precipitado.

–No he visto a los niños –comenté en un último intento de frenar las cosas, de enfriar la situación.

–Mi abogado te enviará los papeles, ya te asignaran un turno de visitas.

La miré como si no la reconociese; aquel tono frío, indiferente y distante me dejaron sin habla. Hubiera preferido que me gritase, que hubiéramos montado un numerito de celos y reproches. Me subí al coche y arranqué, miré por última vez la masía y me vino a la mente las comidas de los domingos y los largos veranos en la piscina jugando con los niños y leyendo. La felicidad parecía esfumarse por cada poro de mi piel y terminó por escurrirse por mis mejillas. Las gotas de lluvia inundaban el cristal y la figura de Ana aparecía difuminada, como si ya fuera un recuerdo lejano y confuso.

Los faros iluminaron la fachada, giré el volante y tomé por última vez aquel camino. Hasta ese momento nunca había sido tan consciente de lo difícil que es no retornar a los viejos senderos de la juventud, que el tiempo es un viaje que nos lleva inexorablemente hacia lo desconocido, mientras nuestras huellas y el camino se borran tras nuestros pies.

Capítulo 9. La ciudad de los castizos

No me llevé nada de casa, ni siquiera pasé por allí. Tomé la autopista y me dirigí a Madrid. No estoy seguro de por qué lo hice, tal vez para alejarme lo más posible de aquella situación que tanto daño me hacía. Pasé buena parte del trayecto llorando, me sentía fracasado, despreciable y eso me hacía sentir aún peor. Cuando la vida te golpea sin que hayas hecho nada, al menos puedes autocompadecerte, pero yo me sentía culpable. Ana me había engañado y eso me dolía enormemente, pero sabía que en el fondo me lo había buscado. Mi carácter egocéntrico le había hecho caer en una interminable espiral de soledad. Álvaro siempre había sido el hombre ideal para ella. Se conocían desde niños, sus familias eran amigas y yo había sido un largo paréntesis en su vida, al final todo había vuelto a su cauce y yo era el estorbo, una anomalía que el tiempo había logrado subsanar. Lo que más me preocupaba era lo que sucedía con Jordi y Marian. No quería perderlos a ellos también. Quería convertirme en una figura lejana, un completo extraño que apareciera en sus cumpleaños y las vacaciones.

Me alojé durante un mes en un hotel del centro, desayunaba y cenaba en la habitación, comía en algunos restaurantes cerca del Congreso de los Diputados, pero poca gente me reconocía con barba y un aspecto algo desaliñado. No atendí a la llamada de mis editores, ni a la pobre Sara que intentó que volviera a la agencia. Una mañana mientras visitaba las salas del Museo del Prado vi un mensaje de Marcela.

Me dirigí a la entrada y le devolví la llamada.

–Hola loco. ¿Dónde estás? Nadie sabe nada de ti –dijo en un tono que al menos logró arrancarme una sonrisa.

–De ermitaño por los “madriles”.

–Me lo imaginaba. Yo me instalé hace poco, donde te recojo y tomamos algo.

–Bueno, lo siento...

–No me vengas con tonterías. Tenemos mucho de lo que hablar. Ya me enteré de lo sucedido. Bueno, borrón y cuenta nueva. Me paso por la tarde por donde me digas. Aún no conozco bien la ciudad, pero me estoy acostumbrando poco a poco.

Me lo pensé unos instantes, pero al final quedamos en la Plaza de Santa Ana, muy cerca del Teatro Español. Aquel día me perfilé la barba, me puse un traje de buen corte y ensayé varias sonrisas frente al espejo.

Me senté en una de las mesas de mármol blanco, me pedí una cerveza, aunque últimamente no bebía mucho y me quedé mirando a los transeúntes desde la puerta. Ya hacía mucho calor y enseguida comencé a sudar.

–Hola –dijo Marcela con una amplia sonrisa. Me dio dos besos y dejó su bolso en la otra silla.

–¿Cómo estás? –le pregunté.

–Bien, jodida quiero decir. Al final no aguanté al nuevo jefe y me marché. Ahora me dedico a trabajar por libre, *freelance* lo llaman los yankis.

El rostro de mi amiga se iluminó y pensé que tampoco había sido muy honesto con ella la última vez que nos vimos. Apenas ningún amigo se había puesto en contacto conmigo. La mayoría los había ido perdiendo en una vida centrada en mi carrera y mi matrimonio, en el mundo literario no tenía muchos, en muchos sentidos la vida de escritor era muy solitaria, aunque te pasabas medio año rodeado de gente.

–Pues se te ve estupenda.

–Bueno, me he liberado de las cadenas de la explotación empresarial para caer en las de los benditos autónomos. Ahora soy mi jefe, que es lo mismo que decir que vivo en semiesclavitud.

–Bienvenida al gremio de pequeños empresarios sin empresa –contesté mientras pedía otra cerveza.

–¿Has escrito algo?

–No, llevo un par de meses paseando por la ciudad y viendo museos, también leo mucho y veo series de televisión en mi *Tablet*.

–¿Y la columna del periódico?

–Nunca me gustó ese periódico –le contesté parco. Aquellos derroteros de la conversación comenzaban a incomodarme, en muchos sentidos pensaba que mi carrera como autor estaba acabada y que en breve tendría que tomar algunas decisiones. Mis ahorros iban menguando, apenas me quedaba para unos tres o cuatro meses más.

–¿No has visto a los niños?

–Todavía no me he sentido con fuerzas, pero hablo con ellos por teléfono casi todos los días. Dentro de poco daré el paso. No quiero perderlos.

Marcela cambió el gesto por primera vez. Parecía sentirse muy cercana.

–Te envidio, al menos tienes alguien al que amar.

–Bueno, una mujer como tú, guapa e inteligente.

–La mayoría de los hombres interesantes e inteligentes ya están comprometidos. Los únicos que quedan libres a partir de cierta edad son los estúpidos egocéntricos.

–Como yo, quieres decir.

–No, hombre. Tú eres un cielo. Estás pasando una mala racha, eso es todo. Quiero estar en tu vida, Javier. No te pido nada, pero nos conocemos hace años y eres una de las mejores personas que he conocido. Siento si precipité tu separación, tal vez me comporté como una egoísta.

–Yo fui el único egoísta. Eres una persona maravillosa y no te merecías cómo te traté. Lo siento –dije mientras posaba una mano sobre la suya.

–No seas tonto. Eres incapaz de hacer daño a una mosca.

Cenamos juntos y luego me acompañó al hotel. La despedida fue muy larga, como si ninguno de los dos quisiera quedarse solo.

–Te doy una semana para que busques un apartamento, además tienes que pensar en una nueva historia y ofrecerla a una editorial. Tu reaparición tiene que ser portentosa. El gran Javier Dorado vuelve a las librerías con su última e impactante novela...

–Qué boba, dame un beso. Prometo lo del apartamento, lo otro costará un

poco más.

Nos separamos después de darnos un abrazo. Mientras subía en el ascensor vi mi reflejo sonriente en el espejo. En ese momento recordé el encuentro en Buenos Aires con Simón Fajardo. Una pequeña luz se encendió en mi mente. La chispa emocionante de una idea que terminaría convirtiéndose en una obsesión, hasta que se convirtiera en una historia real.

Capítulo 10. Locura transitoria

No dormí en toda la noche. Primero busqué la tarjeta de Simón Fajardo, pero no logré encontrarla; después estuve imaginando un proyecto, lo escribí en el portátil y al final me quedé dormido en el sillón de la habitación. Cuando desperté me sentía algo aturdido, no recordaba dónde estaba, una sensación que siempre me ocurría en las habitaciones de los hoteles de medio mundo. Tomé el teléfono y llamé a Marcela. No tardó en cogerlo.

–Hola, no esperaba que llamaras tan pronto.

–Tengo una idea, una idea fantástica, pero no quiero contártela por teléfono.

–Está bien. Vivo por la plaza de Quevedo, ven a casa y te preparo el desayuno.

Me duché a toda prisa, tomé el ordenador y fui caminando, era algo más de media hora, pero me gustaba pensar mientras daba un paseo. Era una forma estupenda de aclarar la mente. Llegué a la plaza y llamé al telefonillo, subí a la última planta y llamé a la puerta. Estaba sin aliento; en aquellos meses de duelo, como yo los llamaba, había cogido casi ocho kilos de peso.

–¿Estás bien? –preguntó Marcela al verme con la cara roja.

–Hacía tiempo que no me encontraba mejor –dije mientras entraba en la casa. Había libros por todas partes, desde el pasillo al salón y en el estudio que se había preparado en una de las habitaciones más luminosas.

–Me encanta verte tan activo –dijo mientras caminaba detrás de mí. Me

senté en el salón y comencé a hablar.

–Un momento, primero desayunamos. Sin un café no soy persona –dijo Marcela mientras traía una bandeja al salón.

–¿Te acuerdas de Simón Fajardo? –le pregunté.

–¿Cómo voy a olvidarme de un tipo así? Es un personaje indescriptible.

–Exacto, tú lo has dicho.

Marcela frunció el ceño, no entendía nada de lo que le decía.

–Me propuso un encargo, una biografía, que hablase de su familia y sus aspiraciones para gobernar Venezuela. Eso se estila mucho en los Estados Unidos, aunque últimamente también se hace aquí.

–Sí, pero tú no te veías haciendo una biografía a medida para un personaje como Simón Fajardo –dijo Marcela sorprendida al escuchar mi propuesta.

–Muy cierto, pero no estoy hablando de eso. Estoy pensando en un libro muy distinto. Un viaje a Venezuela, en el corazón mismo del chavismo, me permitiría hacer una de mis famosas novelas de no ficción, ya sabes, cómo la primera que me hizo saltar a la fama.

–No te entiendo.

–Es muy sencillo: viajo a Venezuela, investigo y escribo la maldita biografía, pero recopilo información para otro libro, que sacaré un año después. Ya he pensado en el título y todo: *Las venas rojas de América*.

Marcela me miró sorprendida.

–¿De qué iría el libro? –me preguntó intrigada.

–Un libro sobre el chavismo y la realidad política actual del pueblo venezolano contada en primera persona en el corazón mismo del régimen. Justo donde nadie puede llegar ahora.

–Pero ¿cómo reaccionará Simón Fajardo?

–Él no tiene por qué saberlo. Escribiré el libro cuando regrese, pero me gustaría que me ayudaras. ¿Qué te parece?

–Una locura –contestó muy seria–, pero apasionante. Estoy segura de que a Penguin Random House le encantará la idea. Yo misma se la presentaré.

Nos abrazamos y le enseñé el proyecto en el ordenador.

–Lo malo es que he perdido su tarjeta –le comenté.

–Yo tengo una, siempre guardo esas cosas.

–¿Vendrías conmigo a Venezuela? Necesito a alguien que me ayude en la primera fase, tengo que investigar para dos libros a la vez.

Mi amiga sonrió y levantó la taza de café como si hiciera un brindis.

–Nunca he estado en Venezuela, posiblemente ahora sea uno de los lugares más peligrosos de América, pero solo se vive una vez, ¡que carajo!

Nos abrazamos y Marcela me miró a menos de un centímetro de mi rostro. Comenzó a besarme y terminamos haciendo el amor en la alfombra del salón. Después nos quedamos abrazados unos instantes y me dijo tapada con una manta:

–Tienes que afeitarte esa barba, prometerme que no te complicarás la vida con el libro, y si ves que hay peligro, nos marcharemos de allí de inmediato.

–No tengo madera de héroe, al menos en la vida real –contesté mientras la abrazaba de nuevo.

–Sé que esto no es amor, al menos por ahora, pero no hay nadie mejor en el mundo con el que quiera compartir mi vida –me dijo mientras la ciudad terminaba de despertarse. Aquel día había vuelto a resucitar, tras una muerte simbólica, Javier Dorado regresaba al ataque. Me sentía emocionado al comenzar una nueva vida, aunque hubiera tenido que dejar tantas cosas que amaba de la anterior. Una sombra de duda me recorrió la mente: ¿necesitaría todavía Simón Fajardo mis servicios?

Marcela me trajo la tarjeta del millonario, pero todavía era muy temprano en Venezuela. Tendríamos que esperar a la tarde para ponernos en contacto con él. Me pasé trabajando en el salón hasta la comida, mientras ella lo hacía en el despacho. Fue muy agradable volver a estar acompañado, siempre había sido un tipo solitario, pero con la seguridad de que había alguien a pocos metros esperando a que le diera un beso o simplemente le lanzara una mirada cariñosa.

Cuando llamé a Simón Fajardo por la tarde, me encontraba tan nervioso,

que mi voz parecía fatigada, como si el miedo al rechazo me rondara la cabeza. No podría soportar que me dijera que ya no me necesitaba. Me aferré a la esperanza, como mis padres habían hecho cincuenta años antes, y comprobé que hay algo bello en la incertidumbre, la sensación de que hay alguien o algo dirigiendo tu destino y que no estás completamente solo en el mundo.

Capítulo 11. Sorpresas

Simón Fajardo contestó la llamada. Siempre había pensado que ese tipo de personas tenía algún asistente que servía como filtro, pero en este caso me había facilitado su número personal.

–Hola señor Fajardo, soy Javier Dorado nos conocimos hace unos meses en Buenos Aires, no sé si se acuerda de mí.

–¿Está de broma? Ya le comenté que soy un admirador de su obra. Fue un placer estar con ustedes en mi velero. ¿A qué se debe su llamada? ¿Necesita algo?

Pensé unos segundos la respuesta, no sabía cómo ser directo sin parecer desesperado. Era difícil mostrar interés, pero al mismo tiempo no mostrarse demasiado ansioso.

–Bueno, he pasado unos meses de descanso y buscando un proyecto que me ilusionara y he llegado a la conclusión de que sería muy interesante colaborar con usted. El proyecto de escribir su biografía para que el mundo y Venezuela conozcan su proyecto político me parece fantástico. Muchas veces he deseado que mis libros se conviertan en una fuente de cambio y transformación. ¿Qué mejor oportunidad que esta?

–No me lo puedo creer, es chévere, no sabe la alegría que me da. No he encontrado a la persona adecuada. Necesito a alguien de su valía, profesionalidad y experiencia. Le daré total libertad, podrá acceder a mis archivos, a familiares y conocidos. Mi deseo es que se sienta con libertad y sobre todo que haga un libro imparcial y serio. El destino de toda una nación puede

depender de ello.

–Para mí será un gran placer –le contesté sonriente. La oferta seguía en pie y con ella la oportunidad de dar un nuevo giro a mi carrera. Después de meses de agónico declive, comenzaba a remontar. Lo cierto es que nunca me había durado tanto una crisis. En los diferentes momentos de mi vida había logrado sobreponerme con rapidez, incluso el fracaso siempre fue para mí un aliciente.

–Le enviaré mañana mismo el contrato, después le haré el ingreso de la totalidad del adelanto y podrá viajar a Venezuela cuanto antes. Ya no queda mucho tiempo para las elecciones y el libro debería quedar terminado varios meses antes.

–Normalmente se cobra la mitad del dinero al principio y la otra mitad al término del libro –le contesté.

–Tengo plena confianza en usted, sé que no me fallará.

–Quería pedirle algo más, en una primera etapa no iría solo, me acompañaría mi editora Marcela García. Ella misma venderá la historia a diferentes editoriales para que llegue al mayor número de personas posibles.

–Me parece fantástico –contestó Simón–. En cuanto firme el contrato nos pondremos a trabajar.

–Gracias por todo –le dije antes de colgar.

Marcela se lanzó a mi cuello y comenzamos a saltar sobre la alfombra como dos chiquillos entusiasmados.

–Mañana nos llega el contrato.

–Yo lo supervisaré, me ha encantado la parte en la que me nombras como tu editora –dijo Marcela sin dejar de besarme.

–Es cierto, creo que no podría hacer esto sin ti. Ayer me insuflaste una verdadera inyección de ánimo. Llevaba meses arrastrándome y compadeciéndome, ahora eso se ha acabado. No sé cuántos años me quedarán de vida, pero voy a vivirlos a tope –le contesté con una alegría que no había experimentado en mucho tiempo.

Aquella noche me quedé en el apartamento de Marcela. Por la mañana me

ayudó a traer las pocas pertenencias que tenía en el hotel. No es que fuéramos a vivir juntos, los dos sabíamos que era demasiado pronto para tomar una decisión así, pero si en pocos días nos íbamos a Venezuela, no tenía sentido que buscara una casa.

A mediodía llegó un correo de la oficina de Simón Fajardo con el contrato. Marcela lo repasó concienzudamente, era una experta en ese tipo de temas.

–Es increíble, apenas tienes obligaciones, te concede todos los derechos. Las únicas cláusulas importantes son la entrega del manuscrito y su previa lectura.

–Estupendo. ¿Puedes contactar hoy mismo con la editorial?

–Sí, esto va a ser un pelotazo. Dos libros por uno, el primero se venderá muy bien en América y unos meses después tu novela sobre la situación en el país. Antes de lo que imaginas volverás al sitio que te corresponde –dijo Marcela mientras se apoyaba en mi hombro para ver el correo electrónico.

–Eso espero, me conformo con seguir escribiendo, no sé hacer otra cosa – le contesté.

–Bobadas. Puedes hacer lo que te propongas –me dijo dándome un beso en la cara.

Enviamos de vuelta el contrato firmado, unas horas más tarde la transferencia de un millón de dólares estaba en mi cuenta. Al menos no tendría que pensar en problemas de liquidez durante una larga temporada.

Esa noche nos fuimos a uno de los mejores restaurantes de Madrid para celebrarlo. Habíamos reservado una mesa en el jardín de la pequeña villa en el centro de Madrid, donde unos años antes un famoso chef había abierto un local. Le conocía de un par de fiestas y salió a darnos la bienvenida. Después de explicarnos los platos especiales del día nos trajo uno de sus mejores vinos y varios aperitivos exclusivos. La comida era buena y, aunque el restaurante era vanguardista, no era de los que te quedas con hambre y no sabes ni lo que estás comiendo.

–Es un lugar maravilloso y por la noche se está de lujo –dijo Marcela

encantada.

Su vestido violeta resaltaba su belleza, pero ya no veía simplemente su cuerpo o inteligencia, estaba comenzándome a enamorar de la persona que estaba detrás de lo que podía verse a simple vista.

–A lo mejor no deberías venir conmigo a Venezuela, puede ser peligroso. El país está desestabilizado, los conflictos sociales son constantes y hay mucha violencia –le dije expresando mis temores.

–Vamos a estar en la residencia del hombre más poderoso del país, no creo que escatime en nuestra seguridad –contestó Marcela muy convencida–. Además te olvidas de que yo me crié en las calles de Buenos Aires.

–Me temo que las cosas están ahora mucho peor en Caracas. Por lo que dice la prensa extranjera, se ha convertido en una ciudad sin ley.

–Tendremos que extremar el cuidado, pero seguro que regresamos sanos y salvos. No pienso perderte ahora que por fin te he conseguido. Llevaba años encandilada contigo, pero nunca hice nada por respeto a tu esposa.

–A mí también me gustabas.

–Al pensar que era nuestro último viaje juntos, me volví loca y por eso me lancé sobre ti. Espero que eso no fuera el detonante de tu separación –dijo cambiando el gesto.

–No lo fue, ya te lo he dicho, simplemente a veces las cosas se terminan. Fue doloroso, pero ya es agua pasada. Vamos a brindar –dije levantando la copa.

Apenas habíamos chocado los vasos, cuando escuché un mensaje que entraba en mi teléfono. Lo miré de reojo y vi que era de Simón Fajardo:

“Pasado mañana enviaré mi jet privado para que los recoja. Estoy ansioso por verlos. Un saludo.”

Miré sorprendido a Marcela y le enseñé la pantalla, dio un grito que hizo que la mayor parte de los comensales se girasen hacia nosotros. Después me besó y me susurró al oído:

–Vamos a experimentar la mayor aventura de nuestras vidas.

Capítulo 12. La visita

Los dos días siguientes fueron frenéticos. Además de preparar el equipaje e investigar sobre la historia de Venezuela, pedí una entrevista con un viejo amigo venezolano que había sido periodista en una televisión clausurada por Chávez unos años antes. Sabía que mi amigo Bartolomé odiaba el régimen, pero al menos tendría la visión de alguien que había vivido en el país y trabajado en la oposición venezolana. Imaginaba que Simón Fajardo y la mayor parte de la gente que me iba a presentar estarían a favor del régimen y por eso podría contrastar todo lo que me dijese.

Nos vimos en el Café Gijón, uno de los más literarios de la capital. Cuando llegué Bartolomé Carranza ya me esperaba en una de las mesas al lado de la cristalera. En cuanto entré sentí la nostalgia de una época en la que los escritores se reunían en lugares como ese para hablar de literatura, política o filosofía. Ahora éramos meros mercaderes de palabras, contratados o subcontratados para enriquecer a editoriales multinacionales.

–Hola Javier –dijo Bartolomé poniéndose en pie. Nos abrazamos y enseguida comenzamos a hablar sobre Venezuela. Mi amigo parecía llevarla en la sangre.

–Es muy duro estar en el exilio –me dijo cambiando su permanente sonrisa por una mueca de dolor.

–Lo entiendo.

–No creo que logres entenderlo. Me duele mucho estar lejos de mi Caracas querida. Mira que Madrid es una ciudad maravillosa y la gente me trata fenomenal. Trabajo para *La Razón*, me he casado con una española, pero esto diez años fuera de Venezuela los tengo clavados como un anzuelo en el alma.

–¿No has vuelto? –le pregunté. Sabía que algunos compatriotas de mi amigo, a pesar de sus diferencias con el régimen, habían regresado para atender a un familiar enfermo o por cualquier otro asunto.

–No, murió mi padre hace unos cuatro años y no pude verle partir. Eso es

muy duro, Javier.

–¿Tan mal está la cosa allí? –le dije con total inocencia. Sabía algunos detalles del país, pero no mucho más que cualquier ciudadano en España. A veces los medios de comunicación eran muy sensacionalistas y exageraban lo que pasaba en según qué lugares.

–Llevo mucho tiempo fuera, pero tengo un contacto permanente. Puedo hablarte de primera mano de lo que sucedió durante los primeros nueve años del chavismo, pero tengo muchos datos de lo que ha sucedido en estos otros diez largos.

–¿Para qué medio trabajabas?

–Era la cadena Radio Caracas Televisión. Llevábamos más de 53 años emitiendo e informando a los venezolanos, bajo diferentes partidos y gobiernos, pero Hugo Chávez cerró la cadena y nos retiró el permiso para emitir.

Le miré sorprendido, no era el primer régimen que cerraba un medio de comunicación, pero debía tener alguna razón para hacerlo.

–¿Por qué os cerraron a vosotros?

–Éramos uno de los pocos medios que permanecían independientes y se atrevían a contradecir a Chávez. Marcel Granier, el dueño, siempre fue una persona muy comedida, pero viendo en lo que se estaba convirtiendo el régimen de Chávez apoyó el golpe de Estado de 2002. No me refiero a que conspirara contra el régimen, sino que apoyó la investidura fugaz del nuevo presidente. La venganza de Chávez se sirvió fría, cuando la renovación de la licencia de emisión caducaba, el presidente anunció que no la renovarían. Algunos de los periodistas más destacados, como era mi caso, salimos del país ante la amenaza constante de grupos paramilitares del gobierno. En Caracas hay tantos crímenes que era muy normal morir acribillado o ser secuestrado. Por eso era fácil deshacerse de cualquier opositor y después alegar que había sido un simple asalto callejero.

–¿Tuviste que dejarlo todo y empezar de cero?

–Sí, todo me ha ido bien, gracias a Dios, pero la patria nunca se olvida.

Mira si me duele Venezuela que evito comer los platos típicos, mis hijos no conocen lo que son las arepas.

–Lo siento –acerté a decir. Nunca había tenido una experiencia como aquella, pero si era duro estar lejos de tu hogar unos meses, no quería ni imaginar años y con pocas esperanzas de regresar en un futuro próximo.

–Lo más triste de todo es que yo, como casi todo el país, al principio estuve del lado de Hugo Chávez, creía que era el hombre que necesitaba Venezuela.

–Eso lo he oído de muchos venezolanos en el exilio.

–Es cierto, la democracia en Venezuela era muy corrupta, la desigualdad había crecido enormemente. Los felices años sesenta y setenta quedaban muy atrás. Fuimos un país rico comparado con otros de la región, pero los dos partidos que se alternaban en el poder robaron y malgastaron todo nuestro patrimonio. El petróleo siempre fue la gallina de los huevos de oro del país, aunque a veces pienso que también ha sido su mayor maldición. Si eres pobre el resto de países no tienen nada que robarte y te dejan en paz, pero tenemos una de las mayores reservas de crudo del mundo.

–Entiendo.

–El presidente Caldera liberó a Chávez y le prohibió regresar al ejército. Chávez se había hecho famoso unos años antes al protagonizar un golpe de Estado contra Carlos Andrés Pérez y aprovechó la salida de la cárcel para hacer una gira por todo Venezuela hablando de su ideología política. En 1998, tras recaudar dinero de varios países latinoamericanos, y fundaron el partido Movimiento Quinta República con el que se presentaron a las elecciones.

–La gente no veía que era un revolucionario, aunque no ocultó sus encuentros con Fidel Castro o las FARC –le dije sorprendido.

–En aquella época todo era muy confuso, Chávez mezclaba ideas patrióticas inspiradas en Simón Bolívar y otros libertadores. El futuro presidente logró movilizar a millones de venezolanos que no participaban en el sistema democrático, en especial los más pobres, pero también convenció a una clase

media empobrecida por la crisis y el desgobierno.

–Entonces, llegó democráticamente al poder –le comenté.

–Sin duda, pero desde el principio tuvo un liderazgo mesiánico e impositivo. Su primer objetivo fue cambiar la constitución. Su segundo paso fue dominar los servicios secretos, para que sirvieran a sus fines. Puso al mando a uno de sus compañeros de armas llamado Hernán Grüber. Chávez al principio fue muy prudente, algunos de sus miembros eran centristas, hasta el director de la empresa petrolera Roberto Mandini era un hombre de corte liberal, por eso muchos pensamos que tomaría la vía que ya había emprendido Lula da Silva en Brasil, una línea de centro–izquierda.

–Bueno, entonces ¿qué se torció?

–Al principio todos notamos las mejoras, el Plan Bolívar 2000 hizo que se cambiaran infraestructuras, se arreglasen hospitales y se ayudara a las clases más desfavorecidas. Con un petróleo en ascenso, a todos nos pareció muy bien. La constitución fue reformada el 25 de abril de 1999 con un 88 % de apoyos, pero las cosas pronto iban a cambiar.

–¿Qué sucedió? –le pregunté intrigado–. ¿Cómo un dirigente con tanto apoyo popular se pudo convertir, según los conservadores, en un dictador?

–La nueva constitución se hizo a la medida del presidente. Le daba casi plenos poderes, el ejecutivo no tenía casi control del legislativo ni del poder judicial. A pesar de todo y con un índice de abstención muy alto, el 72 % apoyó la nueva constitución. Se convocaron elecciones generales a todos los cargos electos en julio del 2000. Chávez se hizo con casi todos los estados, alcaldías, congresistas y naturalmente con la presidencia.

–Hasta aquí todo parece normal. ¿No?

–Sí, pero ese año comenzó una relación estrecha con Fidel Castro, que vio en Chávez un balón de oxígeno. Desde la desaparición de la Unión Soviética Cuba estaba en la ruina, únicamente el turismo le hizo subsistir, pero Chávez se ofreció a sufragar los gastos petroleros de la isla. El discurso de Chávez se hizo más revolucionario y la oposición intentó frenarle. Se fundó la Coordinadora

Democrática de Acción Cívica y se convocaron numerosas huelgas y manifestaciones. El 11 de abril de 2002 en una de las protestas más masivas, hubo una fuerte represión y murieron veinte personas, otras 110 quedaron heridas. En ese momento parte del ejército y la oligarquía política preparó un golpe de Estado, se detuvo a Chávez y el líder de los empresarios Pedro Carmona fue nombrado presidente interino.

–Pero Chávez sobrevivió al golpe.

–Sí, dicen que sobre todo por el apoyo de los servicios secretos cubanos, que desde entonces controlan la inteligencia del país. Desde entonces ha habido un pulso entre oposición y gobierno. Un intento de revocación en 2004, en el que Chávez salió victorioso, aunque en ese momento el régimen perdió a la clase media. Ahora tenía que centrarse en mantener al electorado más pobre. Por eso fomentó la lucha de clases y creó las misiones, para tener contento al pueblo y sobre todo construir las teorías del socialismo del siglo XXI. Además comenzó a apoyar a otros líderes en Nicaragua, Ecuador, Bolivia y Perú. Tenía mucho dinero para comprar voluntades y ayudar a sus candidatos de otros países. Chávez ganó las elecciones de 2006 legalmente y se puso manos a la obra para convertir el país en un estado socialista inspirado en Cuba. En 2013 volvió a ganar por un estrecho margen, ya estaba tocado de muerte por el cáncer que llevaba tiempo acosándole y dejó como sucesor a Nicolás Maduro. Curiosamente en este último periodo se ha desatado la violencia más brutal, la economía se ha arruinado y el gobierno se aferra al poder con uñas y dientes. Mientras Maduro tenga el apoyo del gobierno nadie le sacará del poder.

Después de aquel repaso histórico me quedé muy sorprendido de la síntesis que me había dado mi amigo. Aunque estaba en contra del gobierno, había intentado no ser muy parcial en sus afirmaciones.

–¿Conoces a Simón Fajardo?

Bartolomé se quedó pensativo por unos momentos. Fajardo había sido una figura de segunda fila hasta la llegada al poder de Maduro, además nunca había

ostentado un cargo público a pesar de pertenecer al partido, ser un hombre preparado y muy rico.

–Muchos dicen que se ha enriquecido a la sombra de Chávez, que su familia estaba arruinada, pero que él logró que su empresa se convirtiera en la distribuidora de carne para todo el país. Ahora produce e importa miles de productos casi en exclusividad. Muchos han visto en Fajardo el sucesor perfecto de Maduro, un hombre formado, empresario, pero miembro del partido del gobierno. Algunos creen que es más moderado, en la línea del Lula de la primera etapa.

Las palabras de Bartolomé me tranquilizaron, al menos no era un tipo mentiroso y corrupto. El poder y el dinero no eran muy amigos de la honestidad, pero la mayoría de los gobernantes del mundo tenían las manos manchadas de una u otra manera.

Nos despedimos con un abrazo, mi amigo me dio algunas instrucciones para moverme por Caracas y el teléfono y dirección de un par de amigos que aún continuaban viviendo en la capital, por si tenía algún tipo de problema. Regresé a la casa de Marcela a pie, pensativo y algo nervioso. Aquel trabajo era distinto al que había tenido en los últimos años. La mayoría de los libros que había escrito trataban sobre episodios pasados, pero la investigación que estaba a punto de emprender implicaba muchas ramificaciones que tenían que ver con la actualidad.

Estaba llegando a la puerta cuando dos hombres se me acercaron. Me preguntaron si me llamaba Javier Dorado y amablemente me pidieron que los acompañara a un vehículo en marcha al lado del portal. Miré nervioso al coche negro y supe que no tenía más opción que seguirlos.

Capítulo 13. El general

En el coche me esperaba un hombre de cierta edad, su aspecto era común, pero siempre guardaba una pose de elegancia contenida y una gran cordialidad. Me

saludó y se disculpó por la manera de abordarme.

–Siento haberle asustado, pero hoy nos entró la información sobre su viaje a Venezuela y su estancia en la casa de Simón Fajardo.

–¿Cómo lo han sabido?

–Bueno, esta mañana desde un ordenador de ese edificio alguien le inscribió a usted y a la ciudadana argentina Marcela García como visitantes en Venezuela y que su residencia sería la casa del famoso empresario.

–¿Quiénes son ustedes? –pregunté con una mezcla de sorpresa e indignación.

–Somos el CNI, el Centro Nacional de Inteligencia –me explicó el hombre.

–Sé qué es el CNI, pero lo que no entiendo es por qué me espían y qué quieren de mí.

–Muy sencillo, normalmente no intervengo en operaciones, pero este caso es muy delicado. España mantiene unas relaciones tensas con Venezuela desde el gobierno de Aznar. Se encauzaron un poco bajo la presidencia de Rodríguez Zapatero, pero ahora mismo no atraviesan su mejor momento. Hace años el gobierno de Venezuela apoyó algunos grupos políticos e intenta influir en nuestro gobierno. Queremos que nos informe de cuáles son las intenciones de Simón Fajardo si logra la presidencia del país.

–¿Quiere que les sirva de espía? Yo soy escritor y periodista ante todo.

–Espero que también un patriota, el mundo se encuentra en un momento de tremendas convulsiones. Varios gobiernos buscan la inestabilidad mundial, uno de ellos es el de Venezuela. Ha trabajado durante años para desestabilizar América Latina y ahora está intentando lo mismo en nuestro país –dijo el hombre. Su rostro parecía ir tornándose más serio al percibir mi hostilidad.

–No soy un espía, señor –le insistí.

–Llámeme general. No le pido que espíe, únicamente que a su regreso nos informe de algunos detalles de su investigación. Nos podrá informar de lo que quiera.

–Me temo que se han equivocado de hombre –dije mientras hacía un amago de salir del coche. El general me tomó del brazo con fuerza, más de la que hubiera imaginado en un hombre de su edad.

–Entrar en Venezuela es fácil, salir no es tan sencillo, puede que necesite nuestra ayuda –me comentó amenazante.

–No creo que me cueste salir del país. Soy un escritor que simplemente hará su trabajo y regresará en un par de meses.

–La vida a veces se complica, no cierre una puerta que no sabe si necesitará en el futuro. Confío en usted, el nombre de su contacto si tiene algún problema es el de...

–Por favor, prefiero no saber nombres. No quiero verme involucrado –le dije enfadado. Aquella conversación estaba acercándose a lo desagradable.

–Está bien, si tiene algún problema diríjase de inmediato a la embajada y pida hablar conmigo, el general, no lo olvide.

Salí del coche a toda velocidad y me dirigí al portal. Esperaba que nadie me hubiera visto en el coche, no descartaba que Fajardo me estuviera vigilando, al fin y al cabo su empresa tenía ramificaciones también en España. Subí las escaleras de dos en dos y entré en el apartamento de Marcela. No estaba, pero me había prestado una llave. Al entrar vi papeles y libros tirados por todas partes. Me quedé sorprendido y algo asustado. Pensé en llamar a la policía, pero si eso era trabajo del CNI no me serviría de nada. Tampoco quería que Marcela se asustara. Recogí todo y cuando mi amiga llegó, no se dio cuenta de lo ocurrido.

–¿Estás bien? –me preguntó después de darme un beso.

–Sí, simplemente algo cansado, no he parado en todo el día. Me temo que en los últimos meses he perdido agilidad mental y física.

–Mañana es el gran día –dijo sonriente.

–Sí, aunque tengo dudas de si es buena idea que viajes conmigo.

–¿A qué viene eso ahora? Somos un equipo, la editorial ha contratado los dos libros, he conseguido un adelanto de... siéntate.

–¿De cuánto? –le pregunté relajándome un poco.

–Un millón de euros.

Me quedé de piedra. Los adelantos en España nunca solían ser tan cuantiosos. Eso significaba que el interés por el asunto era máximo.

–¿En serio?

–Sí, la editorial lo sacará en treinta idiomas a la vez, me refiero a la novela; la biografía en quince y en especial para toda América. Yo me llevaré un quince por ciento, eso es lo que he acordado. Tienes que firmarlo antes del viaje y enviarlo en formato digital.

Aquella era una manera increíble de volver al mercado, sin duda mis dos libros serían los libros del año a nivel mundial. Nunca se había hecho una operación así a un escritor español.

–Me dejas boquiabierto.

–Había pensado celebrarlo pidiendo comida china, después veremos una película y nos acostaremos pronto, mañana nos espera un largo viaje, pero antes...

Marcela se despojó de la ropa dejando a la vista una lencería negra que me dejó sin palabras.

–Vamos a pasar nuestra última noche en España a lo grande.

Se lanzó sobre mí y fuimos abrazados hasta la cama, nos tumbamos a la vez y, unos minutos más tarde, me encontraba en el séptimo cielo, ya nada me preocupaba, me veía capaz de comerme el mundo, aunque a veces nuestros sentimientos y sensaciones son engañosos.

Capítulo 14. El vuelo

A las diez de la mañana ya nos encontrábamos en el aeropuerto de Madrid Adolfo Suárez. Era la primera vez que viajaba en un vuelo privado, pero las cosas fueron muy sencillas. Un coche nos había recogido en la puerta del apartamento de Marcela, desde allí nos había llevado a la terminal ejecutiva, el

llamado anteriormente pabellón de Estado, donde llegaban las autoridades políticas. Nos llevaron a una impresionante sala de espera repleta de ejecutivos de grandes corporaciones, el salón estaba decorado con antigüedades y se podía desayunar, almorzar o cenar. Un chef estaba a la disposición de los clientes de la terminal. No esperamos mucho al vuelo, media hora después una hermosa azafata venezolana nos llevó hasta un coche y después nos dejó junto a las escaleras del avión privado. Subimos por la escalerilla y otra azafata nos acomodó en el interior. El avión era un Airbus con todo tipo de detalles. Una sala de reuniones, un gran sofá con mesa, una televisión enorme y al fondo una cama doble para descansar. Como ya habíamos desayunado nos prepararon unas copas y me informaron de que Simón Fajardo nos había preparado un vídeo de bienvenida.

Conectamos la televisión y en unos segundos apareció el rostro de nuestro benefactor.

–Estimados amigos. Si están viendo este vídeo ya se dirigen de camino a Caracas. Su visita significa mucho para mí, por favor pidan lo que quiera al personal del avión, les he ordenado que les atiendan como si fuera yo mismo. El proyecto que comenzamos hoy me ilusiona enormemente, espero que juntos contribuyamos a la estabilidad de Venezuela y la región. En un ordenador portátil que les he dejado tienen escaneados documentos, fotos y un informe de doscientas páginas sobre la historia de mi familia. También algunos vídeos familiares, artículos y los testimonios grabados de diez de las personas que mejor me conocen, aunque naturalmente pueden volver a hablar con ellos y con otros amigos. Esta información, que he ido recopilando, es para facilitar el comienzo de su trabajo. Tendrán acceso a mi archivo personal telemático y físico, también al de la empresa y cualquier otra información que necesiten les será facilitada. Espero que disfruten del viaje, relájense y nos vemos muy pronto. Bienvenidos a Venezuela.

El avión comenzó a moverse, nos pusimos los cinturones de seguridad y en unos minutos estábamos sobrevolando los cielos de Madrid. Aquel no era un

viaje más: nos sentíamos inmersos en una gran y emocionante aventura, tal vez la más increíble de nuestras vidas. En unas horas comenzaríamos a trabajar, pero no en un libro cualquiera, sino en el fenómeno editorial a nivel mundial del año siguiente. La realidad a veces logra agazaparse sobre nuestra visión del mundo y por un momento nos creemos invulnerables, aunque no suele durar mucho el ensimismamiento y nuestro regreso a la verdad suele ser siempre traumático.

2ª Parte. Bienvenido Mr. Dorado

Capítulo 15. Caracas

El avión aterrizó después de nueve horas y media de vuelo, pero nosotros nos encontrábamos descansados. Habíamos pasado la noche en una de las camas más cómodas en las que había dormido en mi vida. Ahora entendía la diferencia entre la vida de un simple mortal y la de un millonario. En cuanto bajamos del avión nos recogió un Chevrolet enorme de color negro, que llevaba otros dos vehículos de escolta. Pasamos por la pista rodeada de montañas y bellísimas selvas. Había estado en muchos países de América, pero pocos le ganaban en exuberancia y belleza. Me extrañó que apenas se veían aviones en la terminal cercana, cuando salimos del aeropuerto de Maiquetía no encontramos los habituales embotellamientos de las salidas de los aeródromos, todo parecía tranquilo, tal vez demasiado para tratarse del aeropuerto internacional de una capital. Observamos el mar Caribe que lamía con suavidad las playas con rompeolas hasta que nos introdujimos en la autopista que surcaba una tupida selva que atravesaba las montañas. Tras atravesar un largo túnel salimos a las afueras de la ciudad, plagada de ranchitos, como se llama a las casas de los pobres. Me acerqué al conductor y le pregunté:

–¿Queda mucho para llegar?

–No, señor. El aeropuerto cuando no hay tráfico está a unos treinta minutos de la ciudad. Nos dirigimos a la casa que el señor Fajardo tiene en la capital, una villa colonial muy próxima a la de Simón Bolívar, allí le espera el señor.

–Gracias. ¿Cómo se llama?

–Mauricio Bello.

–Encantando –le dije mientras observaba cómo la autopista se introducía en la ciudad plagada de inmensos rascacielos.

–Esos edificios son de la época de vacas gordas –dijo el conductor al

verme mirar con atención los inmensos edificios. En Madrid no había una zona como aquella.

–Bueno, siempre regresan las vacas gordas –le contesté.

–En Venezuela nos las hemos comido –dijo en tono de broma.

Las inmensas avenidas ajardinadas, las flores y las fuentes parecían contradecir las palabras del chófer. Una bandada de pájaros exóticos pasó por encima del coche y me quedé sorprendido al ver toda la belleza de la naturaleza en mitad de la ciudad. En los cerros convivían los bosques de un verde tan intenso que costaba quedarse fijo mirándolo, con los ranchitos de colores rojizos que, como colmenas, parecían devorar la ciudad y amenazarla.

Al final nos adentramos entre los edificios, las calles estaban atestadas de gente y la circulación era endiablada. Pasamos cerca de un edificio de color negro y recorrimos unas calles empedradas con fachadas de estilo colonial.

–Esa es la casa de Simón Bolívar –dijo el chófer señalando un pequeño palacete con un gran cartel del libertador. La gente miraba nuestro coche y su séquito, como si esperase ver a una estrella de rock o a un miembro del gobierno.

Pasados unos pocos metros una gran verja se abrió electrónicamente y los vehículos entraron casi arrollando a la gente. Tras la verja un bellissimo jardín tropical rodeaba un palacio estilo Luis XIV, un pequeño Versalles en el corazón de Caracas. Llegamos hasta la entrada principal y el coche se detuvo frente a la suntuosa puerta. El chófer abrió la puerta y salimos.

–Bienvenidos a Villa Esmeralda –dijo el hombre, que era mucho más alto de lo que me había imaginado en el asiento del coche. Su piel negra apenas destacaba de su traje también de color oscuro.

Un mayordomo con librea salió a recibirnos y dos mozos tomaron las maletas.

–Por favor, sean bienvenidos –dijo el mayordomo con acento francés.

Caminamos por una alfombra roja hasta el inmenso recibidor de mármol marrón y blanco. La escalinata central era digna de un palacio, a ambos lados se

encontraban las alas del edificio.

–Pueden acomodarse y ducharse, el señor los recibirá dentro de una hora.

El mayordomo nos acompañó a la segunda planta, decorada con antiguos tapices y cuadros ennegrecidos por el paso del tiempo. Nos dio dos habitaciones contiguas comunicadas por una puerta y quedó en avisarnos cuando el señor Fajardo estuviera listo.

Nos acomodamos y después de una corta ducha nos sentamos en una terraza corrida que daba al jardín delantero. Hacía un poco de calor a pesar de ser por la tarde. La humedad del ambiente provocaba que nos bajara la tensión, pero estábamos tan excitados por el viaje, que no parábamos de hablar y comentar todo.

–La fortuna de Simón debe ser increíble. Has visto qué despliegue de medios. Jet privado, mansión en la capital e imagino que una finca inmensa cerca de aquí –comentó Marcela. Llevaba el pelo mojado y un traje de lino que resaltaba el tono de su piel. Nunca la había visto tan contenta e ilusionada por algo. Los últimos años en la editorial habían sido una tortura. La crisis había empeorado las condiciones de trabajo de la mayoría. Muchas más horas por menos dinero, además debía sentirse agradecida por no haber terminado de patitas en la calle.

–Sin duda, pero se percibe aún más en un sitio con tantas desigualdades. Es una de las cosas que más me impresionó al llegar a América. Cuando era pequeño en España había diferencias de clase, pero no tantas como en la posguerra. Aquí todavía la sociedad es muy injusta. Recuerdo un amigo escritor que me acompañó en un viaje de promoción. Se sentía tan impactado que cada día cambiaba diez o veinte dólares y le daba dinero a cualquiera que viera con necesidad.

–Te puedo asegurar que América está peor en algunos sitios que hace unos años. En mi país llevábamos más de dos décadas que no levantamos cabeza, sobre todo desde el famoso corralito.

–Durante la crisis en España pensé que nos iba a suceder algo parecido.

Escuchamos unos pasos, el mayordomo nos pidió que le acompañáramos a la planta inferior. Recorrimos un largo pasillo y entramos en un salón muy amplio a dos alturas. Simón se encontraba sentado en una silla al lado de una mujer rubia.

–Mis amados huéspedes, siento no haber podido ir a recibirlos al aeropuerto, pero el deber me llamaba. Últimamente me paso el día solucionando crisis y asuntos urgentes. La situación se deteriora por días. Espero que todo lo que está pasando no termine en un estallido social.

–Muchas gracias por el avión. No había viajado nunca tan cómodo –le comenté.

–Bueno, es uno de los pocos placeres que puedo darme. Algunas personas piensan que los hombres acaudalados no trabajan. Lo cierto es que apenas descansamos. Pero, qué mal educado, no les he presentado a mi esposa. Mi amada costilla es Inés Marcos, señora de Fajardo.

–Encantado –dije dándole la mano, pero la mujer me dio un beso en la mejilla. Marcela saludó a la mujer y enseguida se intercambiaron varios elogios.

–Es usted muy bella –dijo Inés.

–Gracias, pero usted lo es más –contestó Marcela, que no solía ser muy halagadora. Aunque lo cierto es que la mujer de Simón era muy bella. Unos diez años más joven que su esposo, tenía unos gigantescos y hermosísimos ojos azules, que resaltaban como los de un gato.

–Tuve mucha suerte al casarme con Inés. Fue miss Venezuela, pero también es abogada y periodista.

–Me vas a ruborizar Simón.

–Es la verdad. Eres la mujer más bella e inteligente de Venezuela –contestó él sonriente.

Le observé por unos instantes. No había perdido ni un ápice de su carácter. Además de tener una personalidad arrolladora y carismática, era muy atractivo y seductor. A su lado me sentía como un patoso y tosco español.

–Por favor siéntense. Imagino que estarán sedientos. Llevamos unos días

de calor terrible, pero no se preocupen pasado mañana nos marcharemos al Paraíso. Una finca en la sierra es mucho más fresca que Caracas, sobre todo por la noche.

–En Madrid también hace un calor terrible –le comenté, aunque lo cierto era que la humedad de Venezuela convertía el ambiente en asfixiante.

–Esta noche tenemos una cena de gala. No he podido avisarles antes. El presidente Maduro tiene una cena con algunos amigos, nada oficial. Ya verán que el gobierno y el presidente son gente sencilla y afable. En los medios siempre les ponen como feroces revolucionarios, pero son personas alegres y muy razonables.

–¿Cómo tenemos que ir vestidos? –le pregunté.

–Nada formal –dijo Simón.

–Tiene una casa preciosa –dijo Marcela a Inés.

–Bueno es la casa de la familia de mi esposo. Es un palacio del siglo XVIII, uno de los más bellos de la ciudad. Afortunadamente no lo tiraron como sucedió a otros palacetes en los años setenta. Todo el mundo quiere un apartamento en el centro de Caracas. Aquí no pasa como en Estados Unidos que la gente vive en suburbios. La mayoría vive en apartamentos y cuanto más cerca del centro mejor. En Caracas se dice que todo lo que está fuera de la ciudad es “sapos y culebras” –bromeó la mujer.

–Curioso, en Argentina es al contrario, como en España. Yo acabo de trasladarme a Madrid, prefiero vivir en la gran ciudad.

–Madrid, qué bello. He ido varias veces y, junto a Barcelona, es una de las ciudades que más me gusta de España.

–Queridos amigos, les he preparado una agenda apretada para los dos próximos días. Visitarán a algunas personas claves, también algunos de los lugares de mi infancia, como la escuela y la universidad. El segundo día los llevaremos a las “misiones” y otras obras públicas que ha realizado el gobierno para la gente más desfavorecida. No les ocultaré la situación desesperada en la

que se encuentra mi país, pero no todo está mal ahora. Hemos conseguido mucho en estos casi veinte años –comentó Simón mientras pasaba el brazo por la espalda de su esposa.

–Estoy impaciente –le contesté.

–En el armario encontrarán algo de ropa, sabíamos sus medidas y nos hemos tomado la libertad de comprarles algunas cosas. A pesar de la revolución, la gente usa algunas marcas de calidad que se encuentran aquí sin problema, pero siéntanse cómodos, ya les digo que el presidente Maduro y su esposa son bastante austeros –dijo Inés.

Simón se puso de pie y nos convocó en media hora para salir en el coche hasta el palacio de Miraflores, residencia presidencial desde 1901.

Nos dirigimos a la residencia presidencial en dos coches distintos. Llevamos otros tres vehículos de escolta. Al pasar por las calles a toda velocidad, el resto de coches nos cedían el paso como si fuéramos un coche oficial. Entramos por una alta verja de hierro negro y después por un gran arco de color blanco. Ya era de noche, pero la fachada se encontraba iluminada con vivos colores. Ascendimos por unas escalinatas y nos llevaron a un gran salón donde se estaba sirviendo un cóctel. Nos sorprendió que la cena no parecía ni tan íntima ni tan informal como nos había contado Simón.

Simón nos fue presentando a algunas autoridades y personajes destacados del país. Al final nos acercamos al presidente Maduro que estaba al lado de su esposa Cilia Flores y rodeado de media docena de personas.

–Presidente, permítame que le presente al escritor español Javier Dorado y la editora Marcela García.

Maduro me dio la mano muy fuerte, como si quisiera arrancarme el brazo de un tirón. A Marcela le dio un beso.

–Mi esposa Cilia.

La mujer nos miró sonriente. No era guapa, pero parecía muy agradable.

–Bienvenidos a nuestro amado país. Los españoles son siempre muy bienvenidos, aunque algunos miembros de su gobierno suelten todo tipo de

infamias contra Venezuela.

–Cilia, por favor, que es un amigo de nuestro querido Simón.

–Perdone, pero es que lo de su presidente es para matarle.

–Cilia siempre está de broma –se disculpó Maduro.

–Javier Dorado fue ganador del Premio Planeta –comentó Simón.

El presidente Maduro puso un gesto inexpresivo, como si no supiera de lo que le estaban hablando.

Inés tomó del brazo a Marcela y se alejaron entre la multitud y yo me fui con Simón. Me llevó a una de las terrazas, tomó de una bandeja dos cócteles y poniendo los ojos en blanco me dijo:

–¿Ahora lo entiende? El presidente no es mala persona, al menos en el sentido maléfico de la palabra, pero sin duda es muy sencillo.

–Hugo Chávez pensó que era su mejor sucesor –le respondí.

–Los grandes hombres siempre tienen el mismo problema, se rodean de hombres mediocres que no les contradigan y después no tienen mucho dónde escoger. Maduro y él se conocen desde el principio, le fue a visitar cuando se encontraba en la cárcel después del golpe de Estado. Siempre le ha sido fiel, esa es su mayor virtud, pero Chávez le dejó un país en crisis, dividido, hipotecado para el futuro y con el precio del petróleo por los suelos. Además sus aliados, Nicaragua, Ecuador y Bolivia, están pasando sus crisis particulares y puede que no duren mucho en el poder, como ya ha sucedido en Argentina. Hasta Cuba le traicionó al firmar un acuerdo con los Estados Unidos y restablecer relaciones diplomáticas. No le ha quedado un papel fácil, además la oposición le acosa y el país está todo el día en la calle. No hay de nada y la gente no puede comer de promesas. ¡Venezuela necesita un cambio!

En ese momento se acercó un hombre con gafas, vestido de lino y con la piel pálida. Le reconocí cuando comenzó a hablar, en medio de la penumbra no había logrado distinguirlo.

–Juan Carlos –dijo Simón con mucho cariño al hombre.

–Hola Simón. Qué bien te veo.

–Deja que te presente a un compatriota –dijo Simón.

–Hombre, es Javier Dorado, no necesita presentación. He leído sus libros, muy en la línea de las obras de Javier Cercas. ¿Verdad?

–O él en la mía –le contesté algo molesto. Juan Carlos era un antiguo político de extrema izquierda, profesor universitario e ideólogo de Podemos.

–Eso también puede ser. Revisionismo de “baja mira”, que lo llamo yo –contentó Juan Carlos.

–Veo tensión –bromeó Simón.

–Los españoles somos así –dije sonriente.

–Es cierto –dijo Juan Carlos con una mueca–. ¿Qué te traer por aquí?

–Va a escribir un libro sobre mi familia –le explicó Simón.

–Qué interesante.

–Quiero que vea la Venezuela real, no la que sale en las noticias. Las cosas están mal, pero también hemos hecho en estos años muchas cosas buenas –dijo Simón pasando la mano por la espalda de Juan Carlos.

–Vengo con la mente abierta –les comenté.

–Eso para un viejo intelectual socialdemócrata ya es mucho –contestó algo borde el profesor español.

Respiré hondo y tomé un sorbo de la copa.

Una campanilla nos llamó para la cena, pero antes pregunté a Simón dónde estaba el servicio. Entré en el suntuoso baño de grifos dorados y toallas de hilo y me metí en un excusado. Intenté tranquilizarme un poco, no esperaba tanta tensión en el ambiente. Afortunadamente Simón parecía dispuesto a apoyarme en todo momento.

–Señor Dorado –escuché una voz al otro lado.

Al principio no contesté. No esperaba que nadie me siguiera hasta el baño.

Salí y me encontré con un hombre moreno, completamente calvo y con unas anticuadas gafas de concha.

–Sí, ¿qué desea? –le pregunté algo nervioso.

–Veo que ya ha llegado a Venezuela. En España le quisieron hablar de mí,

pero usted no se lo permitió. Quiero advertirle que está jugando con fuego, la única forma de que no se queme es colaborando con nosotros. No deseamos ningún mal para este país, soy venezolano, pero las cosas se van a poner muy mal. ¿Entiende?

–Ya le dije a su jefe que me dejase en paz. No soy un espía.

El hombre me hizo un gesto para que me callase.

–¿Se ha vuelto loco? No vuelva a pronunciar esa palabra. Estoy dentro de las altas esferas, pero no he podido llegar hasta Simón. Necesitamos conocerle mejor. Ese hombre puede convertirse en presidente, en el político más poderoso de Sudamérica y no deseamos otro Hugo Chávez. ¿Me entiende?

–Yo simplemente voy a escribir un libro –le contesté enfadado.

–Seguro, tengo entendido que serán dos, pero si él se entera se enfadará mucho. ¿Verdad? Cada semana le esperaré en una villa llamada Rosario. Está cerca de la casa del señor Fajardo, tendrá que apañárselas para verme. Es la única forma segura de comunicarnos.

Me quedé mirándole enfadado. Ese tipo me estaba amenazando.

–No le diré nada, no se preocupe. Soy su salvoconducto. Me agradecerá la ayuda que le estoy ofreciendo. Esto no es España, su vida no vale un céntimo en este lugar. Además piense en su bella acompañante.

El hombre salió del baño y me quedé solo frente al espejo. Estaba pálido. Jugar a dos bandas no era nunca una buena idea, pero por ahora no me quedaba más remedio. Tampoco pretendía revelar nada al CNI que pusiera en peligro a mi cliente. Teníamos un contrato y merecía toda mi confianza. Deseaba contar al mundo lo que estaba sucediendo en el país, pero no tender una trampa a Simón. Me dirigí a la mesa, Marcela charlaba amigablemente con Inés. Se la veía tan feliz, pero cada vez tenía más dudas de lo que los dos hacíamos en Venezuela. Lo último que deseaba era ponerla en peligro, pero por ahora no le podía contar lo que sucedía. Al menos hasta que lograra aclarar mis ideas.

Capítulo 16. Los Fajardo

Aquella noche dormí inquieto. No podía dejar de pensar en el agente del CNI y sus amenazas. Por un lado creía que no se atrevería a denunciar mis intenciones a Simón, si quería recabar algo de información intentaría presionarme algo más, pero sin delatarme. Sabía que si lo hacía nos pondría en peligro a los dos. Tampoco me había tranquilizado mucho la hostilidad de algunos miembros del gobierno y sus asesores. Desconfiaban de todo el mundo y en parte era normal, aunque yo lo único que quería era hacer bien mi trabajo y regresar a casa. Por fin tenía una razón por la que vivir, un propósito. Sentía que estaba saliendo del bache de los últimos meses. Perder a mi familia, fracasar con mi último libro y sentir que me estaba traicionando a mí mismo, que ya no era la persona que había deseado ser, había logrado casi destruirme. Ahora tocaba aguantar la presión y proteger a Marcela.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Marcela al verme pensativo. Al final se había venido a mi cama. Me gustaba estar de nuevo acompañado, sentir otro cuerpo cerca. Después de todo este tiempo había comprendido el inmenso valor del amor.

—Sí, algo aturdido. Debe ser por el viaje —le mentí.

—Se te pasará, aunque normalmente no acusas mucho los cambios horarios.

—Bueno, es la primera vez que me pongo a trabajar después de meses de ociosidad. Estoy relajado, pero he perdido mi vieja capacidad para soportar la presión y el sobreesfuerzo.

—Enseguida te pondrás al día. He mirado la agenda. Tenemos que ver a la madre de Simón, uno de sus hermanos, dos compañeros de infancia y uno de universidad.

En cuanto repasó la lista me agobié un poco, pero después me di una ducha rápida, comimos un opíparo desayuno y salimos a realizar la primera entrevista. Quería grabarlas con el móvil, aunque también tomaría algunos apuntes en el ordenador.

El chófer nos esperaba puntual en la puerta de la residencia, en el asiento

trasero encontramos una nota de Inés deseándonos un buen día y un termo con café. Agradecí los dos detalles y nos encaminamos a la primera cita.

La primera parada era la oficina de Álvaro Fajardo, hermano menor de Simón y uno de los gestores de una de las empresas familiares.

Llegamos a la zona de negocios, no se veía mucha actividad para aquellas horas de la mañana. Miles de empresas habían abandonado el país en los últimos años y en muchos de los edificios había letreros de alquiler y venta de locales.

Subimos por el ascensor hasta la planta veinte y la secretaria de Álvaro nos atendió muy amablemente. Unos diez minutos más tarde, el hermano de Simón nos recibía en el amplio despacho de la empresa con vistas a la montaña.

–Un placer conocerlos. Ya me ha comentado Simón el motivo de la visita. Soy el hermano pequeño, teníamos una hermana llamada Isabel, pero murió cuando éramos adolescentes. Fue una tragedia, mi madre tardó años en recuperarse. Ahora estamos los dos solos en el mundo, bueno y mi querida madre.

–Muchas gracias por recibirnos –le contesté.

–Bueno, mandé a Simón un vídeo con las anécdotas principales, pero puede que se me pasara algo y con su ayuda lo pueda recordar –comentó Álvaro.

–La memoria es caprichosa y confusa –le contesté.

–Eso es cierto, aunque tengo la infancia muy clara en mi mente. Éramos niños muy normales, bastante felices y privilegiados. Nuestra familia era muy rica y vivíamos en una casa enorme. Ya conoce el edificio, ¿verdad?

–Sí, muy hermoso.

–Nuestros padres nos animaron a estudiar e ir a la Universidad. Yo estudié leyes y después empresariales; realicé un máster en Yale y me especialicé en el departamento legal de nuestro emporio, aunque también presido la empresa de harina de maíz más grande del país.

–No sé de dónde saca tanto tiempo –bromeé.

–Cuando tu trabajo es tu pasión, las cosas son siempre más fáciles.

–Lo mismo me sucede a mí –le contesté.

–He leído su último libro. Me fascinó –dijo mientras se inclinaba hacia delante, como si intentase a toda costa empatizar con nosotros.

–Pues es de los pocos.

Álvaro no era tan carismático como su hermano. Su aspecto agradable, la elegancia y el don de gentes no lograban igualar a las de Simón. Siempre parecía contenido, poco natural y demasiado sobreactuado.

–Me gustan las obras realistas, esa manera de ficcionar con la realidad. Es un privilegio que un escritor de su talla escriba la historia de la familia.

–Los Fajardo son una institución en el país –le contesté.

–Álvaro sonrió y miró fijamente a Marcela.

–Bueno, sobrevivir en América cinco siglos como saga familiar no es nada sencillo. La señorita Marcela lo sabrá, que es de la bella Argentina.

Marcela se limitó a sonreír. Cada vez era más consciente de que Álvaro no tenía muchas ganas de hablar de su hermano, que el libro no era otra cosa que una manera de promocionar a Simón y llevarlo a la presidencia del país.

–¿Cómo falleció su hermana? –le pregunté de forma directa. Quería ahondar en los momentos más dramáticos de la familia ya que seguramente había forjado el carácter de los hermanos Fajardo.

Álvaro frunció el ceño y apretó los labios, después se pasó la mano por el pelo y agachó la cabeza.

–Eso fue hace mucho tiempo. Mi hermano tenía dieciséis años, Isabel trece y yo once. Estábamos muy unidos. Mi padre viajaba mucho por negocios, sobre todo a Estados Unidos; mi madre se dedicaba a obras benéficas y fiestas con sus amigas. Nuestras nanas ya no ejercían mucha influencia sobre nosotros. Pasábamos mucho tiempo solos en la casa. Simón se dedicaba a pintar, lo hace muy bien, de hecho, tiene ahora mismo una exposición en la ciudad; Isabel leía vorazmente, a esa edad ya había leído la mitad de la biblioteca de mi padre y yo era un niño tranquilo y muy fantasioso. Una de las tardes que nos encontrábamos solos, Isabel y Simón se pelearon, no recuerdo muy bien la razón. Pasó la tarde y no la vimos, hasta que ya de noche la encontramos colgada en uno de los baños.

Su rostro se ha quedado grabado en mi mente. Los ojos desorbitados, la cara morada y esa expresión de dolor me acompañarán siempre. Llamamos a mi madre, el médico de la familia certificó el acto como accidente. Nos dijeron que eso es lo que había que decir. Para todos era una ignominia que su querida hija se hubiera suicidado. Lo cierto es que parecía muy feliz, llena de vida, pero nunca podemos saber lo que pasa por la mente de una persona y menos por la de una adolescente.

El hombre tragó saliva y después se secó los ojos con los dedos.

–Lo siento –le dije al ver cómo le seguía afectando la muerte de Isabel.

–Le pediría que se limitase a mencionar su fallecimiento sin entrar en detalles de la forma. Mi madre sigue viva y...

–No se preocupe. Quería sobre todo conocerlos un poco más.

–Lo entiendo –dijo Álvaro recuperando el ánimo.

–¿Qué me dice de Inés?

–Inés es una de las mejores personas que he conocido. Mi hermano es muy afortunado. Bella, inteligente, alegre y prudente. Lo tiene todo. Yo no he tenido tanta fortuna con las mujeres, al menos por ahora. Me he casado dos veces, tengo dos hijos y ahora estoy con una amiga, pero Simón acertó a la primera y se los ve felices. ¿No cree?

La pregunta me extrañó, como si necesitara que yo le corroborase su opinión, aunque apenas conocía a ambos.

–¿Cómo van los negocios de la familia? –le pregunté para cambiar de tema.

–Casi me da pudor decirlo en un momento tan difícil para la República, pero estamos creciendo, extendiendo nuestra red y ahora mismo abriendo sedes en Colombia, Cuba, Ecuador y Bolivia. Nuestros próximos objetivos son México y Argentina.

–¿Cuáles son los campos de explotación de sus empresas? –le pregunté para que me explicase el entramado empresarial de los Fajardo.

–Alimentación. Empezamos con carne de pollo, después de cerdo y res,

ahora trabajamos con productos congelados, verduras y harinas, en especial de maíz. Producimos en cinco países y exportamos a veinte, aunque el ochenta por ciento de la producción en Venezuela se queda aquí. El gobierno es nuestro principal comprador, pero fuera la mayoría son clientes privados.

Intenté pensar bien la siguiente cuestión. Me interesaba conocer la opinión de Álvaro en algunos asuntos muy delicados.

–¿Cómo ve la actual situación de Venezuela?

Álvaro se puso en pie y se acercó al inmenso ventanal, como si intentase abarcar con la vista toda la ciudad.

–Mala, terriblemente mala. El gobierno no tiene dinero para pagar sus deudas, dar el salario a sus funcionarios ni alimentar a la población. El precio del petróleo se encuentra muy bajo, de los ciclos más bajos de los últimos años. La infraestructura petrolera está obsoleta, producimos menos barriles que hace veinte años. Estados Unidos ha dejado de comprar las cantidades de barriles a la que nos tenía acostumbrados y eran de los pocos que lo hacían con efectivo. Nuestros otros clientes lo hacen con productos, como una especie de trueque. Bienes y alimentos de Nicaragua, Ecuador o Bolivia, muchos de ellos de mala calidad, pero que al venderse más barato han dañado la economía interior y la producción. Lo peor es la falta de suministro de alimentación a la población. Nosotros somos de los pocos que continuamos ofreciendo alimentos. Le aseguro que estamos perdiendo dinero, pero ¿qué podemos hacer? La gente no se puede morir de hambre.

No sabía si creer sus palabras. Nadie tenía una multinacional para hacer obras de caridad. Además había escuchado que los militares, que hacían las grandes compras alimenticias, eran muy corruptos y habían ganado verdaderas fortunas inflando los precios de compra.

–Ahora seré muy directo –le advertí–. ¿Creé usted que su hermano Simón está capacitado para ser el próximo presidente del país? ¿Piensa que sería un buen presidente?

Álvaro se sentó en el filo de la mesa y cruzó los brazos, después se inclinó

hacia delante acercando su cara a la mía.

–Esta empresa estaba en la ruina hace diez años. Todo lo que había conseguido mi padre estaba a punto de desmoronarse, pero Simón tomó las riendas y nos ha convertido en una multinacional, poderosa y moderna. ¿Qu si creo que Simón puede gobernar este país? Sin duda, además sería uno de los mejores presidentes de la historia. Tiene un corazón sensible y ama a la gente. Mi duda es si le permitirán hacerlo.

Aquellas últimas palabras de Álvaro se me quedaron grabadas en la mente. Venezuela era un país muy peligroso, había muchos intereses estratégicos y económicos en juego; su riqueza y relevancia formaban parte de su desgracia. En el fondo se trataba de una pieza importante en el tablero de la geopolítica mundial.

Tras despedirnos nos dirigimos a la casa de la madre de Simón. Álvaro me había dejado intrigado. No estaba seguro de hasta qué punto amaba, admiraba y envidiaba a su hermano.

La señora doña Clara vivía en un lujoso apartamento del centro. Nos extrañó que no conviviera con ninguno de sus hijos, pero al conocerla lo entendimos. Era una mujer independiente, que aún conservaba una buena salud a pesar de sus más de setenta y cinco años. El inmenso ático en el que vivía tenía unas impresionantes vistas de Caracas. Una mujer negra era su cocinera y dos chicas jóvenes la atendían de día y de noche.

La mujer tenía el pelo dorado, casi blanco, la cara arrugada y morena, pero unos grandes ojos negros. Era más expresiva y alegre que sus hijos, parecía estar siempre despreocupada y aferrada al presente.

–Hola. Ya me avisó Simón de que vendrían a verme. Espero que les esté gustando Caracas. ¿Ya habían estado antes?

–No, señora –contestamos casi a coro.

–Esto no es lo que era. Antes Caracas era la ciudad más divertida y rica de Sudamérica. Ahora es una pocilga, rodeada por esas casuchas llenas de colombianos y de comunistas. Yo no estoy de acuerdo con el régimen. Han

vendido Venezuela, ellos que tanto se les llena la boca de “patria o muerte”. La usaba mucho Chávez, pero la inventó ese viejo cabrón de Cuba, ya saben, el “Comandante”.

Nos chocó su soltura. No parecía tener pelos en la lengua.

–Mi hijo se alió a los que arruinaron a su padre, menudos cabrones, pero ahora ellos le deben mucho a él. Ha sabido dar la vuelta a la tortilla, ya me entienden. Simón es muy inteligente, ha salido a mí, Álvaro es más como su padre, más conformista, le falta fuerza.

–Muchas gracias por recibirnos –dije intentando tomar las riendas de la conversación, pero no era nada fácil interrumpir a la madre de Simón.

–Ahora se quiere meter en política, pero es una mala idea. Esas garrapatas aman el poder, antes de Chávez quiénes eran. No eran nada. El poder es lo único que les queda, cuando los echen acabarán muertos, en el exilio o en la cárcel. Simón quiere salvar a Venezuela. Ya le dije a su padre que no debimos ponerle el nombre del libertador. Esas cosas dan mal fario. ¿Ustedes son supersticiosos?

–No –le contesté. Ni siquiera me consideraba religioso.

–Mi abuela era gallega, ya sabe. Un poco bruja y siempre me hablaba de esas cosas. Aquí casi todos los políticos hacen santería y esas supersticiones. No es que yo crea mucho, pero hasta el presidente Maduro tiene su gurú. A Chávez le encantaba la brujería y esas cosas. Simón no sabe dónde se está metiendo. La política es muy peligrosa, pero a mí no me hace caso. Piensa que soy una vieja loca y tiene razón, en lo de vieja quiero decir.

–¿Me permite un par de preguntas? –le dije mientras comenzaba a escribir en mi cuaderno.

–Para eso ha venido. ¿No?

–Hemos hablado con su hijo Álvaro sobre su hija fallecida, Isabel.

Por primera vez la señora se puso muy seria, torció el gesto y se apoyó en el respaldo del sillón.

–¿Qué tiene eso que ver con el libro?

–Ya sabe, necesitamos hacer un perfil de su hijo, saber cómo es su

carácter y qué adversidades ha atravesado en su vida.

–Simón ha sido un buen hijo. Logró rescatar la empresa familiar de la bancarrota. Nunca nos ha reprochado nada, aunque como padres cometimos muchos errores. La muerte de Isabel fue dura, muy dura para todos. Simón la adoraba. Era guapa, inteligente y alegre, pero en la adolescencia sufrió un gran cambio. No nos dimos cuenta a tiempo. Simón iba todos los sábados a ver su tumba. Hace apenas unos años que dejó de hacerlo. Yo continúo visitando el mausoleo los fines de semana, muchos de mis seres queridos están allí. Me esperan, ya no creo que tarde mucho en reunirme con ellos, pero tengo miedo por Simón, temo lo que le pueda suceder. Tampoco me fío mucho de su esposa, no es trigo limpio.

–Llevan toda la vida juntos –comentó Marcela interviniendo por primera vez en la conversación.

–No le ha podido dar hijos, siempre le ha despreciado, se cree que es mejor que él. Simón no es perfecto, ya me entienden, pero el deber de una esposa es apoyar a su marido. ¿Se la imaginan de primera dama de la República? Es una verdadera mentirosa. No crean nada de lo que les cuente. Siempre da una cara, pero por la espalda es otra persona.

Nos sorprendieron los comentarios de la madre de Simón, aunque las relaciones entre nueras y suegras siempre habían sido complicadas, pero que hablase tan abiertamente en contra de Inés, sin importarles lo que pudiera pensar su hijo nos impresionó.

Regresamos para almorzar en la mansión. La mañana había sido productiva, pero debíamos entrevistar a los amigos de Simón por la tarde. Nos quedaban poco más de veinticuatro horas en Caracas antes de partir a la finca de la familia.

Mientras intentaba relajarme un poco, antes de hablar con los amigos de Simón, recordé las palabras de doña Clara y su odio visceral a Inés. Tampoco creía completamente a Álvaro. Las familias patricias siempre ocultaban muchos secretos. En cuanto revisabas su pasado afloraban todo tipo de acontecimientos

sospechosos. Intenté centrarme en Simón, la historia de la familia únicamente era el telón de fondo del libro. Mi cliente quería un libro que le llevara a la presidencia de Venezuela y eso era exactamente lo que iba a hacer.

Capítulo 17. Las misiones

Aquella noche no vimos a Simón, cenamos a solas en un pequeño salón cerca de nuestras habitaciones. Las solitarias estancias parecían ocultar los secretos de la familia Fajardo, que tan unida estaba a la historia de Venezuela. El día había sido agotador, pero muy productivo. Los compañeros de Simón eran todos profesionales liberales, parecían algo incómodos en las entrevistas, como si alguien o algo los estuviera presionando. Elogiaron mucho a su amigo y nos contaron algunas anécdotas que quedarían bien en el libro. Al parecer Simón era muy travieso de niño y había protagonizado varias hazañas en el colegio religioso en el que había estudiado. En la universidad, al menos por lo que nos había contado un amigo, había destacado y participado en las luchas estudiantiles contra los últimos años de Carlos Andrés Pérez. Después había intentado ser pintor en los Estados Unidos, para regresar unos años más tarde a Caracas donde se había incorporado a la empresa de su padre.

A primera hora de la mañana nos esperaba el chófer a la puerta de la mansión. No llevábamos el coche habitual, sino uno más discreto. Vendrían también cuatro guardaespaldas en otro vehículo.

–Espero que hayan descansado bien –comentó Mauricio Bello.

–Ya nos estamos acostumbrando al nuevo horario –le dije mientras bostezaba.

–Yo nunca he estado en Europa, espero algún día visitar España, mis antepasados eran de León.

A pesar del color de la piel, muchos habitantes podían tener tal mestizaje que en una o dos generaciones los alejasen completamente de la fisonomía de sus antepasados.

–Seguro que algún día podrás ir –le animé. Aunque sabía que era muy improbable: los sueldos en Venezuela eran muy bajos y el cambio de moneda brutal. La estancia de un latino en España únicamente podía permitírsela las clases medias altas del continente, hasta a la clase media le costaba mucho poder viajar a Europa.

–La barriada a la que vamos es una de las más peligrosas de Caracas. Allí estarán algunos soldados, ni la policía se atreve a entrar. Además la policía aquí es mucho peor que los delincuentes –nos explicó Bello.

–He estado en algunos lugares parecidos –le contesté, aunque lo cierto es que me ponía un poco nervioso.

–No ha estado en muchos sitios como este, se lo aseguro. Únicamente las favelas de Río son más peligrosas.

Poco a poco abandonamos la ciudad hasta adentrarnos en un enjambre de calles mal asfaltadas, repletas de baches, fugas de agua y cables de la luz por todas partes. Los edificios altos de las urbanizaciones dejaron paso a casas de dos plantas sin encalar, algunas sin ventanas y la mayoría mal construidas. A medida que ascendíamos las casas eran peores y los servicios públicos más escasos. Apenas había tiendas, colegios o cualquier tipo de edificio público o negocio privado. Llegamos a lo que parecía un centro de salud. Tenía forma octogonal y una estructura de hierro. A la entrada nos esperaba un hombre vestido de doctor y dos militares fuertemente armados. Pasamos rápidamente al edificio y el doctor se presentó y nos llevó a su despacho.

–Buenos días, me llamo Leopoldo Fuego, soy el director de este pequeño centro de salud.

–Muchas gracias por recibirnos.

–Soy cubano, como la mayoría de los médicos de las Misiones. Algunos llevamos aquí dos o tres años, aunque normalmente estamos rotando, no podemos permanecer mucho tiempo fuera de Cuba. ¿Me entiende?

–Sí –le comenté.

–¿Cómo funcionan las misiones? –preguntó Marcela, que estaba muy

interesada en el proyecto. La sanidad y la educación eran gratuitas en Argentina, pero aún había mucha gente pobre que no accedía a ella de una manera adecuada.

–Las misiones surgieron en 2003 impulsadas por el presidente Chávez; la intención era llegar con sanidad, infraestructuras y educación a todo el país. Además de ayudar en la cesta de la compra, el “Comandante” quería que todos los venezolanos tuvieran las mismas oportunidades. Un pueblo culto y sano no se puede explotar tan fácilmente. El sistema está inspirado en el que tenemos en Cuba desde hace años.

–Entiendo. ¿Cómo se paga todo esto?

–Hay varias Misiones. La Misión Robinson es de alfabetización, la Misión Barrio Adentro es la que gestiona estos ambulatorios y la sanidad y Misión Mercal se encarga de la alimentación. Todo esto lo pagó el petróleo. La idea era que la riqueza del país fuera mejor distribuida. También se han construido muchas viviendas sociales.

–Es una hermosa labor –le dije sinceramente. La salud era carísima en América y la atención pública muy deficiente y en algunos lugares inexistente.

–Estos centros son de atención primaria, pero ya se están construyendo otros centros diagnósticos y tenemos abierto un hospital, pero queda mucho por hacer. El gran problema actual es la falta de medicinas y recursos. El gobierno no puede mantener los centros, me temo que dentro de poco tendremos que cerrar algunos.

–Lo lamento.

El hombre se puso en pie y cerró la puerta, después miró por la ventana abierta y comenzó a hablar:

–Llevo años aquí. Las condiciones para los médicos son muy precarias. Vivimos en infraviviendas y apenas cobramos dinero, la mayor parte de los recursos se van a Cuba. Cada año escapan médicos a Colombia para ir a los Estados Unidos u otros países. Es cierto que se ha hecho mucho bien a la gente. Yo mismo he atendido casos desesperados, pero todo el mundo se pregunta por

qué no se apoyó al sistema sanitario nacional, todo esto se hizo directamente en nombre de Hugo Chávez, como una especie de clientelismo.

–Aunque la verdad es que cuando el régimen actual no esté todo esto se abandonará. He leído que en el 2005 se consiguió la alfabetización de toda la población. Únicamente Cuba y Venezuela han logrado algo así en la región –le comenté.

–Sí, es cierto. Se han conseguido muchos logros sociales, pero ¿sobre qué están contruidos? Sobre el socialismo, lo mismo que en Cuba. El socialismo no crea riqueza, reparte miseria. Aquí tenían al menos el petróleo, pero entre lo que roban unos y que no hay otra manera de ingresar dinero, la gallina de los huevos de oro ha sido estrangulada. Los servicios secretos de mi país están por todas partes.

Nos sorprendió la osadía del doctor, no nos conocía lo suficiente para confiar en nosotros, pero se le veía realmente desesperado.

–¿Podrían hacer algo por mí?

Le miramos intrigados.

–Lo que necesite.

–Me faltan 150 dólares para un pasaje a la frontera de Colombia, ya tengo papeles falsos y quiero viajar desde allí a México para intentar atravesar la frontera.

Hurgamos en los bolsillos y reunimos 250 dólares, se los dimos al hombre justo unos segundos antes de que se abriese la puerta. Simón Fajardo entró en el despacho y nos saludó calurosamente.

–Qué sorpresa –le comenté, intentando disimular mi estupor. No quería que pensara que estábamos haciendo nada ilegal.

–He logrado escaparme de una reunión aburrida y monótona. ¿Qué mejor manera que pasar el día que con la gente que está cambiando este país? Hola doctor.

–Hola señor Fajardo.

–Este hombre es un héroe, ha hecho cosas que ni imaginarían. El centro

está especializado en niños. ¿Podemos visitar algunas consultas?

–Naturalmente –contestó el médico algo nervioso.

Recorrimos varias consultas, el pasillo estaba lleno de gente y en cada despacho había un médico joven atendiendo a algún chiquillo.

–Muchas enfermedades se han erradicado, también se han controlado los brotes de diarreas que mataban a cientos de niños todos los años. Aunque un verdadero avance sería la potabilización del agua –comentó el doctor.

–En estos centros se hacen milagros –dijo Simón orgulloso.

–Este niño –dijo señalando a un crío de unos ocho años sentado en la camilla– estuvo a punto de perder la vista por una terrible infección en los ojos. De no haberle atendido ahora mismo sería ciego.

–Increíble –comentó Marcela; después le acarició la cara y sonrió a la madre.

–El pueblo está mejor –comentó Simón–, aunque ahora la falta de alimentos y medicinas esté afectando a todos. Me gustaría que eso cambiara, y también las condiciones de vida de los facultativos, ya muchos de los camaradas doctores viven de manera muy precaria. Venezuela tiene que ser muy generosa con estos héroes, muchos están escapando a Colombia. Mi sueño es que se sientan tan bien en nuestro país que no tengan que huir a ese estercolero neoliberal.

El doctor comenzó a sudar, como si se sintiera descubierto por las palabras de Simón.

–Nuestro querido doctor es de los más fieles, de los que vinieron cuando él llegó ya no queda ninguno.

–Es un honor para mí, todo por la revolución –dijo el médico sonriente.

Nos despedimos de él con una sensación agrisulce, como muchas cosas en Venezuela, habían comenzado con un buen propósito y habían hecho un buen servicio, pero el personalismo de Chávez, la falta de planificación y el no pensar en los individuos como algo más que números y estadísticas estaban destruyendo el sistema desde dentro.

Simón nos llevó hasta su coche y miramos por última vez los ranchitos descoloridos que devoraban los cerros de Caracas.

–Esta es una gran labor, pero el régimen ha construido un gigante con pies de barro –dijo Simón en cuanto el coche se puso en marcha.

Nos sorprendió su comentario, aunque era muy difícil saber qué pasaba por la cabeza de Simón. No era un hombre común.

–Al menos cientos de miles de personas son atendidas de manera gratuita –le contesté. Me había impresionado la manera en la que atendían a la gente.

–Sí, pero hay que dar más pasos. No podemos crear más personas dependientes, enseñémosles a andar, para que se desarrollen ellos solos, con nuestra ayuda, pero solos.

–No será sencillo, son siglos de desigualdad –dijo Marcela.

–Nunca lo es –contestó Simón con la mirada fija en la ventanilla. Descendimos de nuevo a la ciudad, poco a poco el paisaje se transformó de nuevo y salimos del enjambre humano en el que una vida era lo menos valioso del mundo.

–La delincuencia está disparada –dijo Simón–, todo se está desmoronando. Veinte años que dentro de poco no valdrán nada. Tienen que ayudarme a cambiar esto.

Sus palabras parecían sinceras. Pensé que en los países nacen algunos hombres que en el momento oportuno son capaces de encauzar las cosas, Simón Fajardo podía ser uno de ellos.

En ese momento escuchamos unos estallidos que no logré identificar, parecían petardos de alguna fiesta cercana. No fui consciente de lo que sucedía hasta que el coche comenzó a dar vueltas. Uno de los cristales estalló en mil pedazos y agachamos instintivamente la cabeza. Uno de los guardaespaldas rompió un cristal y comenzó a responder a los disparos.

Marcela se abrazó a mis piernas y comenzó a gritar. Yo posé mi mano sobre su cabeza, le susurré palabras tranquilizadoras, pero las balas apenas le permitían oír nada.

–No se muevan –gritó Simón. Sacó un arma del interior de su chaqueta y comenzó a disparar por la ventanilla rota.

Respiré hondo para tratar de tranquilizarme, estaba nervioso, pero no asustado, como si estuviera viviendo todo aquello desde fuera del cuerpo. El tiroteo se intensificó y los minutos se hicieron eternos. Pensé en mi esposa Ana, en los niños, en la vida que había dejado atrás por ir a Venezuela y perseguir mi ambición. Cerré los ojos y me puse a rezar. Me sentí ridículo al principio, no hacía algo así desde niño, pero a los pocos segundos me encontraba mucho más tranquilo. En América y en gran parte del mundo la vida no valía un centavo, se podía salir de casa una mañana para no regresar nunca más, aquello formaba parte de su encanto y su terrible realidad. Ni los hombres más poderosos se encontraban completamente a salvo. Aquella consciencia de la proximidad de la muerte te hacía disfrutar más de la vida, dejando a un lado las quejas, los pequeños problemas cotidianos que ante la trascendencia de vivir o morir no tenían ningún sentido.

Capítulo 18. Enemigos íntimos

Aquella tarde no salimos para la finca de Simón Fajardo. A pesar de que ninguno de nosotros había salido herido, teníamos algunas contusiones y magulladuras producidas por los cristales rotos. Marcela había sufrido un ataque de nervios y yo, tras el *shock* inicial, me encontraba muy bajo de ánimo. Nunca había visto tan de cerca la muerte, únicamente una vez que regresaba a casa tras un largo viaje y me quedé medio dormido al volante.

Tras el tiroteo los coches se dirigieron a toda velocidad hasta la casa de Simón y allí atendieron a uno de los guardaespaldas que se encontraba muy grave y un corte en la mano de nuestro anfitrión. Después de las curas nos fuimos a nuestras habitaciones. Marcela se dio una ducha y acudió a mi cuarto con un albornoz blanco. Tenía la cara pálida y una expresión de terror que me impresionó.

–Ha sido horrible –dijo mientras se sentaba a mi lado en la cama.

–Al menos no ha sucedido nada, podía haber sido mucho peor. Lo siento por el pobre guardaespaldas –le contesté todavía con la tensión por las nubes.

–Es su trabajo, pero imagino que ninguno de ellos piensa que va a terminar de esa manera. Tal vez deberíamos pensarnos si es una idea razonable continuar aquí.

Entendía a Marcela, que un hombre como Fajardo sufriera un atentado nos exponía a los ataques de casi cualquiera.

–Puede que sea buena idea que tú regreses. Yo tengo que ir a la finca y examinar los archivos. Además me quedan algunas entrevistas más y que Simón me explique cuál es su proyecto político. Intentaré reunir toda la información en un par de semanas, después regresaré a Madrid. No es buena idea escribir el libro aquí –le contesté, mientras intentaba tranquilizarla.

–¿Crees que es buena idea continuar con el proyecto? No merece la pena morir por publicar un libro.

–No quiero morir, pero creo que tengo que quedarme e intentar escribir el libro. Me han dado un adelanto muy grande, mi carrera está estancada y mi vida patas arriba. Le pediré a Simón que te lleve a casa, pero yo no puedo regresar todavía –le comenté mientras acariciaba su cara.

Marcela me besó y comenzó a llorar. Sentí sus lágrimas saladas, la abracé, temblaba.

–Todo saldrá bien. Estamos en uno de los sitios más peligrosos de la Tierra en este momento. Lo que ha sucedido no ha sido nada comparado con lo que podía haber pasado. Regresa a casa y ordena todo lo que te vaya enviando, eso me ayudará mucho para después escribir los libros.

–No quiero dejarte solo, al menos todavía. Iré contigo a la finca de Fajardo y cuando tengas la parte más importante de la investigación, regresaré para ir preparando el material.

–Me parece una idea magnífica. La finca de Simón en medio de la selva debe ser casi inexpugnable, allí estaremos más seguros que en Caracas.

El mayordomo nos indicó que los señores Fajardo nos esperaban para cenar. No tenía mucho apetito, pero era mejor no irse a la cama con el estómago vacío. Nos vestimos y bajamos hasta uno de los salones de la planta baja. El matrimonio nos esperaba en una mesa redonda, la mesa estaba decorada con una vajilla espectacular y velas. La luz estaba algo atenuada y el ambiente parecía relajado. Simón vestía un impecable traje de lino negro y su esposa un bellissimo vestido amarillo.

–Lamento lo sucedido –se disculpó en cuanto entramos. Ayudó a Marcela a sentarse en la silla e Inés tomó mi mano por uno segundos.

–Ha sido un hecho muy desgraciado. No volverá a suceder –dijo Simón mientras los camareros servían las bebidas. Di un buen trago a una limonada y después pedí cerveza.

–No es el primer atentado que sufro, aunque hacía mucho tiempo que no veía la muerte tan de cerca –comentó Simón, que parecía bastante tranquilo a pesar de lo sucedido.

–Nosotros no estamos acostumbrados. He viajado por toda América, pero nunca me he encontrado en una situación como esta. Recuerdo una vez en México que alguien me llamó a las tantas de la madrugada a la habitación del hotel haciéndose pasar por alguien de la editorial, pero ya me habían advertido de que varios extranjeros habían sido secuestrados al salir en plena noche con falsas excusas.

–Vivimos en un continente peligroso. América siempre ha sido una tierra de frontera, pero nosotros sí estamos acostumbrados. Lo realmente preocupante es que la inseguridad se ha multiplicado en los últimos años, sobre todo por el aumento de la pobreza y la circulación de armas de fuego –comentó Simón, mientras tomaba una copa de vino.

–¿Piensa que ha sido un intento de secuestro o un atentado? –preguntó Marcela.

Le hice un gesto para que se callara, pero Simón se giró hacia mí, como si entendiese la preocupación de mi amiga.

–Es difícil saberlo, aunque por la manera que han tenido de actuar puede pensarse más bien en un atentado. No creo que esos hombres me quisieran capturar. El SEBIM, los servicios secretos del país, ha detenido a uno de los asaltantes, imagino que en este momento lo estarán interrogando.

–¿Un atentado? –pregunté inquieto.

–Mucha gente sabe que optaré a las próximas elecciones y no les gusta la idea. Algunos de los miembros del gobierno o colaboradores cercanos saben que haré una buena limpia cuando llegue al poder. Venezuela no puede continuar así –dijo Simón con toda tranquilidad.

–Tal vez esto es una advertencia. Si te matan no servirá de nada tu sacrificio –dijo Inés visiblemente afectada.

Simón frunció el ceño, pero al final suavizó el gesto y tomó la mano de su mujer, la besó y dijo sonriente:

–Es un tema muy sobrio para una velada. Este desgraciado incidente nos ha impedido dejar la ciudad, pero al menos estamos vivos para contarlo. Brindemos.

Levantamos las copas y nuestro anfitrión nos miró a todos a los ojos antes de ofrecer su brindis.

–Por la vida, el único don que recibimos de Dios y que solo Él puede arrebatarnos.

Tras la cena Simón me pidió que fuéramos unos momentos a la biblioteca de la casa antes de reunirnos con las mujeres. El hombre se acercó a un hermoso escritorio de madera estilo Luis XIV y sacó una caja de puros.

–¿Quiere uno? –me preguntó ofreciéndome un gran habano.

–Sí, gracias.

Encendimos los cigarros y nos sentamos en dos sillones gemelos de cara a una chimenea que prácticamente nunca se había encendido. Aquella casa imitaba las mansiones nobiliarias del siglo XVIII español, pero no dejaba de ser una construcción fuera del contexto para la que fue creada.

–Ya ha visto que el camino a la presidencia no será fácil.

–Sí –le contesté mientras observaba las volutas de humo que flotaban sobre mi cabeza.

–Hay demasiados intereses en juego. Desde los servicios secretos cubanos que operan impunemente en mi país, pasando por miembros del ejecutivo y el parlamento, que aspiran a sustituir a Maduro. Muchos temen que termine imponiéndome en la próxima asamblea que elegirá nuevo candidato.

–¿Le merece la pena arriesgar la vida? –le pregunté inocentemente.

Simón se lo pensó antes de responder, Su perfil frente a la luz del fondo mostraba aún más idealizado, como la talla de un Cristo en una catedral católica.

–¿Merece la pena vivir si nunca llegas a cumplir la misión para la que fuiste creado? Nací en una familia privilegiada, en una saga de nobles patricios que han estado en los momentos más importantes de la historia de este país. ¿Cómo voy a eludir mi destino? Ya ha visto la situación en la que se encuentra el país. Está al borde del caos, su única salvación es un gobierno de renovación. Si se hunde la República Bolivariana todo lo que se ha conseguido en estos años no habrá valido para nada. Los niños que han recibido una educación, la gente que no se acuesta por las noches sin comer o que puede recibir una atención médica digna se perderá. El gran fallo del Comandante fue imitar la economía de Cuba. El sistema de control estatal en manos de los militares es un desastre y nos llevará a todos a la ruina. Saben que disolveré ese sistema en cuanto sea nombrado presidente y muchos quieren continuar aprovechándose del pueblo.

–Entiendo, pero ¿cómo va a conseguir que el Fondo Monetario Internacional y las grandes empresas confíen otra vez en Venezuela?

–Será difícil, pero voy a renegociar la deuda, aprovechar mejor los recursos y acabar con la corrupción. Dejaré de enviar petróleo gratis a Cuba y otros países, que casi se lo llevan regalado. Por eso tengo tantos enemigos.

Los planes de Simón eran muy osados. Muy pocos se atrevían a enfrentarse a los grandes poderes del Estado.

–¿Pedirá ayuda a la oposición?

Simón puso una sonrisa irónica y después se giró hacia mí.

–Supuestamente yo debería pertenecer a esa oposición de oligarcas y burgueses. Ellos representan a mi clase y posición económica, pero casi desde que llegó al poder Hugo Chávez han intentado por todos medios que el pueblo venezolano no salga de la pobreza y la ignorancia. En 2002 ya hubo la primera protesta y más tarde el golpe de Estado del 14 de abril. Los Estados Unidos, España y otros países conspiraron para que no les quitaran la gallina de los huevos de oro. Petróleos de Venezuela hizo una huelga feroz a finales de 2002 y comienzos de 2003. Toda la riqueza del país quedaba en unas pocas manos y se resistían a ceder su poder.

–Bueno, Chávez nacionalizó muchas empresas y puso en práctica una economía de corte comunista –le contesté.

–Eso fue mucho más tarde, además el “Comandante” perdió la consulta de 2007 y no implantó el Estado Socialista.

–En teoría no lo hizo, pero todo sabemos que al final impuso una economía centralizada y estatal –le contesté.

–Bueno, ya le he dicho que eso es lo que quiero corregir. Mi sueño es establecer un estado parecido al de China. Un capitalismo controlado por el Estado y dirigido, para que no se convierta en enemigo del pueblo.

Inés asomó la cabeza por la puerta y Simón pareció contrariarse.

–¿Van a venir?

–Será mejor que acompañemos a las damas –comentó Simón mientras se ponía en pie.

–Sí, ha sido un día largo y agotador.

–Su libro puede ayudarme a cambiar el país, pero también me salvará la vida. Cuanto más conocido sea menos se atreverán a tocarme. No quieren un maldito mártir. Se lo aseguro.

Las palabras de Simón no me tranquilizaron mucho. Me gustaban las personas persistentes, pero no las temerarias, y tal como veía las cosas en Venezuela enfrentarse a los servicios secretos cubanos y al propio gobierno del

país era algo altamente temerario.

Capítulo 19. Sandra Manzano

Al día siguientes mientras estábamos desayunando escuchamos un fuerte sonido fuerte en la parte trasera de la mansión. Marcela se sobresaltó, aún parecía muy asustada por lo sucedido el día anterior. Nos asomamos por el gran ventanal y vimos un helicóptero aterrizando en una explanada. Bajaron dos hombres vestidos de traje y se dirigieron hacia la casa. Unos minutos más tarde estaban frente a nosotros presentándose.

–Señor Javier Dorado y señorita Marcela García, somos Pablo Nadal y Raúl Bocanegra. Los llevaremos hasta la finca de don Simón. Él se reunirá con ustedes mañana –dijo el hombre más alto tenía el pelo rizado y varias pequeñas cicatrices en la frente. El otro hombre era más pequeño, pelirrojo y con cara aniñada.

–Déjenos un momento, tenemos que recoger nuestras cosas –le comenté.

En cuanto estuvimos a solas Marcela se me acercó y me dijo en un susurro.

–No me gusta esa gente, parecen dos matones.

–Son guardaespaldas y, como comprenderás, Simón tiene que rodearse de gente como esta para sobrevivir. Ahora mismo Venezuela es un país sin ley.

Nos encontramos con Inés en la planta baja. Parecía algo apesadumbrada, como si no hubiera dormido bien la noche anterior.

–Mañana nos veremos en la villa. Les va a encantar, se encuentra dentro del Parque Nacional de Canaima, es una de las zonas más bellas de nuestro país. Seguro que tenemos la oportunidad de visitarlo y que vean los saltos y otros lugares maravillosos.

–Muchas gracias por su hospitalidad –le comenté.

No la convencí, pero quince minutos más tarde ya estábamos al pie del impresionante aparato. El ruido era ensordecedor, entramos en la cabina y nos

pusimos unos auriculares. Después aquel colosal helicóptero comenzó a ascender suavemente hasta que la casa se convirtió en una pequeña pieza del inmenso puzle que parecía la ciudad de Caracas, con los rascacielos, las urbanizaciones de lujo y los ranchitos cubriendo todos los cerros que rodeaban la ciudad. A medida que nos alejábamos, un mar verde lo invadió todo. Durante poco más de hora y media que duró el trayecto, me quedé hipnotizado observando los bosques, prados y pequeñas ciudades que encontrábamos a nuestro paso.

El Parque Nacional de Panaima hacía frontera con la Guayana y Brasil; era una de las zonas menos habitadas del país y que se conservaba prácticamente virgen. Muy pocos tenían el privilegio de perderse en sus selvas, sabanas, lagos y bellísimos rincones. No había ido a Venezuela para hacer turismo, pero sin duda aquel era uno de esos lugares del mundo que no se puede perder.

Después de los inmensos bosques llegamos a un pequeño claro en el que la selva parecía menos frondosa, una mansión sobresalía como un barco sacudido por las olas, al lado un helipuerto, canchas de pádel y tenis, junto a una piscina y una casa más pequeña.

En cuanto pisamos la finca comprendimos que era la cárcel más bella del mundo. De allí era casi imposible llegar a cualquier parte. La localidad más próxima era San Francisco de Yuruaní, poco más que una aldea en medio de la nada, pero para llegar a ella debíamos emplear casi dos horas de carreteras endiabladas.

Los hombres de Simón nos llevaron hasta la puerta principal. Aquella inmensa mansión con aspecto británico era como una joya pulida en el corazón del mundo. Miré a Marcela que parecía tan sorprendida como yo. Una dama de llaves llamada Fayra nos recibió en la entrada.

–Bienvenidos al Edén –dijo la mujer negra, de grandes ojos verdes y una sonrisa inquietante.

El recibidor era mucho más amplio y colosal que el de la mansión de Caracas. Todo cubierto de caoba y otras maderas nobles talladas a mano. El

suelo era de mármol oscuro y las paredes estaban cubiertas de retratos familiares y muebles traídos de Europa, cuando el mundo era mucho más viejo y vasto que ahora.

Nos llevaron a nuestras habitaciones. Eran muy amplias, con dosel, escritorio frente a los ventanales, cortinas de terciopelo y lámparas de araña.

–Les recomiendo que nunca salgan sin escolta del perímetro de seguridad –nos advirtió la dama de llaves.

La miramos extrañados.

–Ese perímetro no está para evitar que la gente salga, realmente nos ayuda a estar a salvo de lo que hay fuera de ese muro. Pumas, jaguares, serpientes de varios tipos y arañas que con su picadura pueden matarte al instante. Si una de esas bestias no termina contigo, lo hará la inmensa selva.

–No se preocupe, no nos moveremos de aquí –le contesté.

La mujer sonrió, parecía disfrutar atemorizando a los pocos invitados que iba a Edén.

–La señorita Sandra Manzano los está esperando en el salón azul. Para que no se pierdan, en cuanto desciendan a la primera planta deben ir al ala izquierda y llegar a la sala oval.

–Gracias –le contesté mientras cerraba la puerta de la habitación.

–Aquí nos han asignado el mismo cuarto –comentó Marcela.

–Sí, pero lo prefiero. Este lugar es bellísimo, pero da escalofríos.

–Has visto muchas películas de miedo –bromeó Marcela–. Al menos no creo que nadie intente venir hasta aquí para atentar contra el señor Fajardo.

–¿Quién será Sandra Manzano? No nos han hablado de ella hasta ahora.

–Imagino que alguna secretaria de Simón que nos ayudará a bucear en los archivos. Su familia lleva quinientos años en Venezuela y la información será ingente.

Bajamos al salón azul con nuestro ordenador, una libreta y una botella de agua. Mientras pasábamos frente a unos inmensos ventanales vimos una bandada de tucanes de diferentes colores pasar por delante. Muchas ventanas estaban

abiertas y los sonidos de la selva entraban amplificadas por las inmensas estancias de techos altísimos.

Llegamos al salón y vimos a una mujer de espaldas. Vestía un vestido corto de color verde que insinuaba sus curvas. Su pelo negro y liso le caía por la espalda hasta por debajo de los hombros. Cuando se dio la vuelta para saludarnos su sonrisa de labios perfectos se abrió y sus ojos verdes parecieron brillar por unos segundos.

–Buenos días, me llamo Sandra Manzano, no nos han presentado, pero Simón no podía llegar hasta mañana. Me dedico al derecho ambiental, pero gestiono varias empresas ecológicas. Soy socia de Simón y estoy involucrada en el proyecto político que quiere poner en marcha.

Debo reconocer que no escuché mucho sus palabras, estaba demasiado impresionado por su deslumbrante belleza.

–Encantada –dijo Marcela, mientras yo continuaba mirándola fijamente sin responder.

–Señor Dorado, soy una admiradora de su obra.

–Muchas gracias, todos los venezolanos son muy amables conmigo –le contesté sonriente.

–Bueno, menos los que le tirotearon ayer –me contestó con una sonrisa.

–Me temo que los disparos no iban dirigidos a mí –bromeé.

–No importa a quién disparen cuando uno está cerca.

La mujer nos invitó a un jugo y nos sentamos en una pequeña terraza al lado de la sala. La figura de Sandra se recortaba entre los bellísimos jardines repletos de flores que tenía a su espalda. Marcela me miraba algo celosa por la agradable impresión que me había producido la abogada y sus encantos me tenían cautivado.

–El archivo principal de la familia Fajardo está en la sala contigua. Esta tarde o mañana podrán pedir a la secretaria que se lo enseñen. Muchos documentos están digitalizados para protegerlos del paso del tiempo.

–Será fascinante investigar en la historia de la familia –le contesté.

–Yo no puedo estar mucho tiempo en Edén, por eso les rogaría que pudiéramos hablar después del almuerzo y mañana por la mañana, ya que por la tarde regreso a Caracas –dijo Sandra mientras dejaba su vaso en la mesa de cristal.

Marcela se inclinó hacia delante y mostrando un grado de suspicacia femenina comentó:

–Quiere decir, antes de que la señora Inés Fajardo llegue con su esposo.

–Inés y yo somos buenas amigas. Nos conocimos en la preparatoria, las dos fuimos modelos y competimos para ser miss Venezuela. Ya saben que aquí el concurso de miss Universo es un deporte nacional.

–¿Quién ganó? –le pregunté imprudente.

–Ganó ella, pero yo fui una de las damas de honor –contestó con una amplia sonrisa.

–Las morenas son más comunes en Venezuela y una rubia latina no hubiera interesado en el certamen –dijo la grosera Marcela.

Sandra le sonrió, como si se divirtiera con la conversación, pero después se puso en pie y dijo:

–Yo no almuerzo mucho, pero creo que su comida está preparada. Nos vemos en un par de horas.

Se dirigió al salón moviendo insinuante las caderas, como si no hubiera olvidado su etapa de miss y desapareció dejándonos a solas en la terraza.

–No puedo creer que estés coqueteando con ella.

–No es cierto, simplemente admiro su belleza. Me reconocerás que es guapísima.

Marcela se puso en pie con los brazos cruzados. Después salió en dirección al comedor refunfuñando. El almuerzo fue tenso, pero subimos a la habitación y nuestra pequeña pelea se convirtió en placentera reconciliación. Parecía que todo aquel peligro y estrés nos excitaba. Cuando bajamos de nuevo al archivo estábamos como nuevos.

Sandra estaba sentada en la sala mientras una chica muy joven, de piel

lechosa y pelo castaño acumulaba cartapacios y archivos en una de las mesas.

–Buenas tardes, la señorita Rosales los ayudará con el archivo. Mientras su asistente se pone al día con todo esto, nosotros podemos pasar a la zona de la piscina para charlar. Si quiere puede grabar todo lo que digamos.

Marcela la fulminó con la mirada, pero la abogada no le hizo el menor caso. Salió por unas escaleras hasta la zona de la piscina. Me encogí de hombros y la seguí.

Al lado del agua había unas tumbonas de madera con colchones blancos, se recostó sobre uno y sus largas piernas quedaron al descubierto.

Yo me puse en la otra, pero medio sentado, conecté la grabadora del teléfono y comenzamos a charlar.

–Su nombre y oficio –le dije para que quedara grabado.

–Sandra Manzano, me gusta definirme como abogada de lo verde.

–Muy bien, antes de entrar en el proyecto político que quiere defender junto al señor Fajardo. ¿Cómo definiría usted a Simón?

–Simón es un hombre apasionado, libre, independiente, capaz de conseguir todo lo que se proponga, sensible y sobre todo un gran patriota.

–Bonita definición –contesté. Lo cierto que hablaba de él como si fuera una mujer enamorada.

–Es simplemente la verdad.

–¿Cuál es su proyecto político?

–El Partido Socialista Unido de Venezuela es una coalición en la que están diferentes familias políticas de la izquierda venezolana. En los últimos años el ala más marxista ha dominado el gobierno, sobre todo por la influencia cubana. Nosotros también somos socialistas, pero creemos que se puede aprovechar lo mejor del capitalismo, pero sabiendo domesticarlo. El mercado por sí solo es capaz de generar riqueza, pero no de repartirla. Además el sistema se basa en explotar a unos para satisfacer a otros, además de dañar seriamente el planeta. Nosotros queremos renovar la izquierda, fomentar la inversión privada, pero continuar con la redistribución de la riqueza.

–¿Cómo van a hacer todo eso? El país está al borde de la bancarrota, ya nadie quiere venderles a plazos y tienen parte de su producción de petróleo vendida a China para varias décadas.

–Hasta ahora el sistema era un pozo sin fondo. Gastábamos recursos, pero no se revertía en el Estado. Todo era a fondo perdido. El precio del petróleo está subiendo, vamos a renegociar con China. Queremos seguir vendiéndole petróleo, pero que sus empresas se constituyan en el país, también las de Corea del Sur y algunas de Europa.

–¿Cree que confiarán en el mismo partido que les expropió empresas y los echó del país? –le dije dudoso.

–Sí, Simón es conocido por los ejecutivos de las grandes corporaciones, saben de su talante, su capacidad empresarial y sus ideas. El libro que está escribiendo es también para ellos, aunque queremos que lo entienda el ciudadano medio de Venezuela y de toda América. Señor Dorado, los latinos a veces somos muy extremistas, imagino que es en parte herencia española. Vamos del capitalismo más extremo al comunismo sin pasar por soluciones intermedias. Mire China, ahora mismo es la segunda potencia comercial del mundo –dijo levantando los brazos con una expresión de entusiasmo contagioso.

–No creen en la democracia liberal, el turno de partidos, la separación de poderes.

–Tal vez dentro de un tiempo, cuando el sistema haya creado una clase media fuerte, podamos parecernos a Dinamarca o Noruega. El petróleo nos debía haber convertido en el país más rico de América, pero ahora somos de los más pobres. Además sabemos que el oro negro no durará siempre. Para dentro de dos o tres décadas dejará de ser la principal fuente de energía. Queremos invertir en renovables, tecnología, pero también desarrollar de una vez la ganadería y la agricultura para no ser tan dependientes del extranjero.

–Ok, pero ¿qué harán con sus socios, los otros países de corte bolivariano?

Sandra se sentó en la hamaca, se bajó un poco las gafas de sol y me miró con sus inmensos ojos verdes.

–Hugo Chávez pensó que la riqueza petrolera de Venezuela sería la mejor trasmisora de la revolución en el continente, pero estaba en eso equivocado. El mejor embajador de la revolución es la prosperidad y la igualdad. Si les regalamos petróleo lo único que harán es robar a sus gobernados y quedarse los beneficios. Eso es exactamente lo que ha sucedido.

–¿Cómo reaccionará Cuba? –le pregunté. Sabía que Raúl Castro y sus servicios secretos seguían teniendo mucha influencia en el país.

–Ellos nos han apoyado y ofrecido sus profesionales, pero ahora tenemos suficientes para cubrir las misiones. Además esa solución tiene que ser provisional, si el país se enriquece no serán necesarias.

–¿Cómo conseguirán que Simón sea el candidato del partido? ¿Hay alguna corriente que le apoye?

–Sí, el vicepresidente del partido nos apoya –dijo Sandra.

–Pero si el vicepresidente siempre ambicionó la presidencia, es uno de los enemigos políticos de Maduro –le comenté sorprendido.

–Él quiere utilizarnos a nosotros, pero no sabe que una vez que seamos candidatos, ya no podrá optar al puesto. Esto no lo puede poner en su libro, claro está.

–Entiendo.

–Tenemos información caliente, podríamos decir, comprometida de muchos miembros del partido y no dudaremos en utilizarla si se interponen en el camino de la presidencia. Todo lo hacemos por el bien de la República.

En ese momento pensé que la política era igual en todas partes, una mezcla de juego sucio, interés y una pizca de idealismo. Sandra debió ver mi rostro porque intentó excusar un poco sus palabras y hacerme entender que para luchar entre tiburones hacía falta un tiburón más fiero, no un hermoso delfín.

–Nuestro país se encuentra al límite de sus fuerzas, tiene que ayudarnos. Puede que yo tenga que encargarme de las cloacas del poder, pero Simón es un hombre de principios que quiere lo mejor para Venezuela. Se lo aseguro.

Respiré hondo, recordé cuando siendo joven y antes de hacer periodismo

fantasé con convertirme en publicista y dedicarme a las campañas políticas. Sabía que España no era los Estados Unidos, pero enseguida comprendí que había que estar hecho de una pasta especial de la que yo no estaba.

–Yo me limitaré a contar la verdad, le doy gracias por su sinceridad, pero hay cosas que es mejor que yo no sepa. Hablaré de los proyectos, de los sueños de Simón y su deseo de cambiar el país, el resto se lo dejo a ustedes.

–Perfecto –comentó volviendo a sonreír. Sus ojos se iluminaron, la mujer se quitó su prenda superior de color azafrán y se quedó con un mini bañador de color blanco; se lanzó a la piscina y yo la seguí con la mirada, como si estuviera viendo a una sirena que me llevaba hacia las rocas de un embravecido mar.

Capítulo 20. Un hermoso paisaje

Después de la entrevista con Sandra y una cena exquisita, Marcela comenzó a relajarse. Nuestra anfitriona era encantadora y supo quitar las suspicacias de mi amiga. A la mañana siguiente recibimos un correo electrónico agradeciendo nuestra ayuda y disculpándose por tener que haberse ido antes de tiempo. Durante unas horas tuvimos la mansión para nosotros solos, nos bañamos en la piscina, pero al mediodía escuchamos que se acercaba el helicóptero. Nos quedamos relajados en las tumbonas, hasta que Simón vino a vernos.

–Buenas tardes –nos dijo, aunque todavía no habíamos almorzado.

–Nos alegra verle –le contesté, mientras me incorporaba.

–¿Almorzaron?

–No, pero estoy hambriento, el agua siempre me da mucha hambre.

–Almorzaremos ahora mismo, permítanme que me cambie, después tengo una sorpresa.

–¿Una sorpresa? –preguntó Marcela.

–Sí, seguro que les gustará –dijo con una amplia sonrisa.

–¿Dónde está Inés? –dijo Marcela, que había logrado conectar muy bien con la esposa de Fajardo.

–Siente mucho no haber venido. A veces su madre se pone mal, es una anciana deliciosa, pero enferma de cáncer. Está probando un nuevo tratamiento. Afortunadamente nosotros podemos acceder a los medicamentos, en estos días todo escasea en Venezuela. ¿Qué tal les fue con el archivo y Sandra Manzano?

–Una mujer encantadora –le contesté.

–Bella e inteligente, es mi mano derecha.

–El archivo es muy completo. He clasificado la información según el desarrollo de capítulos que ha calculado Javier. También he resaltado algunas anécdotas o escenas interesantes que recalquen su perfil humano, su preocupación por los demás, el patriotismo de su familia y la capacidad de superación de los Fajardo.

–Perfecto –dijo sonriendo Simón. Seguro que queda un gran libro, pero ahora prepárense para un viaje alucinante.

Le miramos sorprendidos, nos vestimos con unos trajes para disfrutar de la selva y media hora más tarde nos encontrábamos en cuatro inmensos Jeep de color verde. Nuestro chófer era Mauricio, el mismo que nos había llevado por Caracas unos días antes; Simón iba en otro vehículo y los guardaespaldas llevaban los otros dos.

–Nos dirigimos a la laguna de Canaima, todo en este lugar es espectacular. Los europeos y norteamericanos no lo conocen tanto, pero hay muchos turistas brasileños –comentó Mauricio.

–Estupendo. ¿A qué distancia estamos de la frontera? –le pregunté.

–A muy pocos kilómetros de Guayana y Brasil, pero por esta zona es selva, tendrían que pasar muchas horas en coche para lograr llegar a una población grande. Además es un territorio casi virgen, sin protección puede ser peligroso, por no hablar de las fieras que esconden estos bosques.

–Mal sitio para hacer un picnic –bromeé, mientras miraba por la ventanilla.

–Exacto –dijo Mauricio con su amplia sonrisa.

–¿Cómo es que la familia Fajardo tiene esta finca aquí? –preguntó

Marcela.

–La compraron hace más de cien años, les debió costar muy poco dinero. No produce nada, aunque creo que venden algo de madera. Ahora quieren construir algunos hoteles para turistas, pero ya saben, de esos ecológicos, a medias con la señorita Manzano.

Continuamos el trayecto en silencio, observando la vegetación tropical, aquella naturaleza virgen me parecía exuberante.

–Estamos en estación de lluvias, por eso les he puesto en ese compartimento unos chubasqueros, también hay en el maletero un par de cuchillos y un rifle. En una visita anterior un puma estuvo merodeando todo el rato el campamento.

–¿El campamento? –le dije sorprendido.

–Sí, pasaremos una noche en la selva, pero no se preocupen, está todo previsto. Ya han montado el campamento, tenemos gente que conoce bien el lugar. Están a salvo. El señor Fajardo ha invitado a algunas personas para que los acompañen en la velada, los veremos junto al lago.

Simón no nos dejaba de sorprender, era increíble.

Llegamos a la colina, allí se encontraban otros dos todoterrenos. Bajamos de los coches y Simón nos presentó.

–Señor vicepresidente, estos son mis amigos Marcela García y Javier Dorado.

–Encantado. Ya conoce a mis secretarios Sebastián y mi mano derecha Fermín.

Los saludamos, todos iban vestidos para la ocasión. El vicepresidente era un hombre de rasgos árabes, había leído sobre él y su origen sirio-libanés. Había ejercido varios cargos hasta llegar a la vicepresidencia bajo el gobierno de Maduro. Tenía fama de implacable y duro.

Desde el lago fuimos hasta uno de los lugares más bellos del mundo: el famoso Kerepakupai Vená, más conocido por el Salto del Ángel, la caída de agua más alta del mundo, con casi 979 metros de altura. El lugar había sido

descubierto en 1937 por un cazafortunas norteamericano llamado Jimmy Ángel, por eso se había cambiado el nombre indígena por el Salto del Ángel.

–Esto es Venezuela –dijo Simón señalándonos aquel impresionante lugar.

–Es bellissimo –respondí, para satisfacción de todos nuestros acompañantes.

Unas horas más tarde, antes de que se hiciera de noche, llegamos al campamento base que habían preparado. Se encontraba justo en un claro del bosque; lo componían cinco tiendas grandes, una pequeña carpa que hacía de comedor y estaba rodeada de una cuerda pequeña, para que algunos animales salvajes no se introdujeran. Habían encendido varias hogueras para ahuyentar a las alimañas. Cenamos pronto, a la luz de unos farolillos colgados de los postes de la pequeña carpa.

–Ha sido un viaje increíble –dijo Marcela, que al ser la única mujer del grupo no había hablado mucho.

–Pues dentro de poco mucha más gente lo podrá contemplar –dijo el vicepresidente–, el proyecto de Simón para la zona es impresionante. Además respeta la naturaleza y es sostenible. Este hombre es increíble, tiene algunos proyectos para el país realmente fantásticos.

–Ya nos ha contado algunos –le contesté.

–Por favor, Tareck es un halagador. Simplemente deseamos servir al país, además el proyecto lo ha montado Sandra Manzano.

–Siempre tan modesto, ya sabes que tienes todo mi apoyo si al final decides presentarte. Necesitamos personas con ideas nuevas. Nos enfrentamos a retos diferentes y las viejas ideas no pueden cambiar la realidad que nos ha tocado vivir –dijo el vicepresidente.

–Gracias –dijo Simón con una sonrisa de satisfacción que le iluminó toda la cara.

–Yo parto mañana para Caracas –dijo Marcela dirigiéndose al señor Fajardo.

–¿Mañana? –preguntó el hombre algo extrañado.

–Sí, debo regresar a Madrid y preparar todo el material, para que cuando regrese Javier esté todo listo.

–Lo lamento, pensé que se quedaría más tiempo con nosotros –dijo Simón visiblemente decepcionado.

–Siento que no podré volver a ver a su esposa, ha sido un placer conocerlos a los dos.

–Lo mismo digo, no se preocupe por Javier, nosotros lo cuidaremos bien. Los venezolanos sabemos ser grandes anfitriones –dijo Simón pasando su brazo por detrás de mi espalda.

–De eso no hay duda –añadió el vicepresidente.

–¿Puedo preguntarle a usted qué opina del señor Fajardo? Me gustaría que el libro que estoy escribiendo tuviera el mayor número de opiniones posibles, sobre todo de hombres tan importantes como usted.

–Simón es un rayo de esperanza para Venezuela. Para que se haga una idea es una mezcla entre el Che Guevara, Nelson Mandela y Kennedy.

–Guau, me has dejado anonadado –dijo Simón.

–Es cierto, tiene lo necesario para ser un buen presidente, además su entrega a los demás es increíble. Un hombre de fe, aunque no presume de ella, con principios y valores que necesita Venezuela y todo el continente. Imagine, un empresario que ayuda, cuida y protege a sus empleados. Son los obreros mejor pagados del país, con un seguro médico especial y ayuda para la escolarización de sus hijos. Queremos extender su modelo al resto de empresas privadas. Imagine el ejemplo que puede dar a todo el mundo si gobierna el país.

–Simplemente devuelvo a la sociedad una parte de lo que ella me da previamente. Una empresa es como una familia y por eso cuido a mi gente, para mí son muy importantes. Si ellos están contentos todo va mejor. Creo que el secreto del éxito es el amor. Eso es lo que quiero llevar a la sociedad venezolana, amor. Estamos llenos de odio, miedo y suspicacia. Ha llegado la hora del amor.

Tras la agradable velada nos fuimos a dormir, cada uno tenía asignada una tienda, la mía estaba compartida con Marcela. Mi amiga se quedó dormida

enseguida, pero yo no paraba de dar vueltas en el camastro. No es que fuese incómodo, simplemente me costaba dormirme después de un día tan excitante.

Escuché unas palabras cerca de la tienda, aparte de los murmullos de la selva todo estaba en el más absoluto silencio.

–Es buena idea lo del libro, además me han comentado que este escritor es uno de los mejores –dijo lo que parecía la voz del vicepresidente.

–Sí, fue una suerte encontrarle –contestó Simón.

–¿Le has dado acceso total? –preguntó el vicepresidente.

–Total no, pero sí a la mayoría. Hay cosas que no deben salir en un libro, ya me entiendes.

–Lo entiendo, te relacionas con los hombres más poderosos de Venezuela y el resto de América, es mejor que ciertas cosas no las sepa el gran público. ¿Podemos confiar en el escritor?

–Sin duda. Me he informado bien, está atravesando una crisis en todos los sentidos, creo que este libro le sacará del dique seco. Él me ayuda y yo le ayudo a él. No se pasará de la raya, no es tonto. Sabe que las cosas aquí nos las tomamos muy en serio. ¿Habéis averiguado algo del intento de asesinato? –preguntó Simón en un tono aún más bajo.

–Hemos identificado a los sicarios muertos. Eran ratas que se contratan para estas cosas, aunque creo que este trabajo les venía grande. Estamos registrando sus cuentas, a veces por un pago podemos tirar del hilo y encontrar al inductor o a algún intermediario.

–Si lo han intentado sin haberme presentado aún, no sé qué será lo siguiente.

–Todo esto me huele al cartel de los Soles, imagino que piensan que si llegas al poder se acabará su negocio. Los militares llevan décadas aprovechándose del sistema, no solo quedándose parte del dinero destinado a comprar alimentos y otros recursos, sino sobre todo con el transporte del oro blanco.

Estaban hablando de un cartel de la droga. Había escuchado varias

acusaciones a los sobrinos de Maduro por narcotráfico, también las acusaciones del gobierno colombiano del apoyo de Hugo Chávez a las FARC, el blanqueo de dinero y el transporte de droga hacia Estados Unidos.

–Tendremos que hacer una buena limpia –comentó Simón.

Empujé sin querer una cantimplora que tenía junto a mi catre y se escuchó su sonido metálico en medio de la noche.

–¿Qué es eso? –preguntó el vicepresidente.

–La selva está siempre llena de sonidos extraños –dijo Simón.

No quise arriesgarme más, me acosté, cerré los ojos e intenté dormirme. La cabeza no dejaba de darme vueltas. Cada vez estaba más convencido de que me había metido en la pura boca del lobo, pero ya era demasiado tarde para echarme atrás.

Capítulo 21. La historia de Inés

Al día siguiente regresamos temprano a Edén. Me encontraba algo cabizbajo y nervioso. Sabía que era mucho mejor que Marcela regresara a Madrid, pero la perspectiva de quedarme solo tampoco me gustaba demasiado. A medida que descubría más cosas de Simón, crecía mi inquietud. Tomé la determinación de recopilar toda la información posible e irme a finales de semana.

Marcela preparó su maleta y después pedimos a Mauricio que nos ayudara a llevar el equipaje hasta el helicóptero. Aquella misma tarde saldría para España y mientras yo dormía ella estaría llegando a Madrid.

Nos quedamos agarrados de las manos a unos pocos metros del aparato. Marcela observó la casa de lejos y el maravilloso jardín.

–Ten cuidado, quiero que regreses sano y salvo a Madrid. No hagas ninguna tontería.

–Ya se me ha pasado la edad de cometer muchas tonterías.

Mi amiga arqueó las cejas, me conocía demasiado bien para tomar en serio ese comentario. No es que buscara meterme en líos, pero era un hombre

demasiado impulsivo, sobre todo si veía alguna injusticia o querían manipularme de alguna manera.

–Espero verte en unos días en Madrid.

Me besó durante unos segundos y sentí que en ese gesto me estaba arrebatando la paz que sentía siempre a su lado. En los últimos meses mi vida había sido un desastre hasta que la volvía a ver. En cierto sentido me había rescatado de mí mismo. A veces nosotros somos nuestros peores enemigos y alguien tiene que ayudarnos a escapar de la encrucijada en la que nos encontramos, paralizados por el temor y la incertidumbre.

Corrió hasta el helicóptero cuando este comenzó a mover sus hélices. El viento y el ruido invadieron el inmenso jardín, pero unos segundos más tarde, cuando aquel inmenso aparato desapareció entre las nubes, experimenté una gran soledad.

Caminé de nuevo hacia la casa y me encerré en el archivo, pedí a la secretaria que me dejara solo y me pasé el resto del día mirando fotos viejas, cartas, títulos y artículos de periódico. Ni siquiera almorcé, cuando ya la oscuridad comenzaba a invadir la habitación escuché unos pasos y levanté la cara de la mesa.

–No ha comido nada –dijo Inés acercándose con una bandeja.

–Hola. ¿Cuándo ha llegado? No he oído el helicóptero –le dije sorprendido.

La mujer hizo una mueca, su rostro estaba medio oculto por las sombras de la habitación.

–Creo que estaba tan absorto, que no ha escuchado el aparato. Me han comunicado que su ayudante ha regresado hoy a Madrid.

–Sí, tiene que adelantar trabajo allí.

–Imagino que se sentirá un poco solo. Estar rodeado de desconocidos no es agradable –me dijo, mientras dejaba una bandeja con algo de fruta, un jugo y unas tostadas sobre el escritorio.

Al aproximarse a la luz observé que uno de sus ojos estaba un poco

hinchado, pero fue una percepción pasajera.

–Mi trabajo es así. Me paso la mitad del año encerrado en un estudio pergeñando un nuevo libro y la otra mitad enseñándoselo al mundo. Cada día conozco a decenas de personas y me muevo entre extraños todo el tiempo.

–Debe ser agotador –me dijo con una sonrisa, tomó una silla y se sentó a mi lado.

–Sí lo es, pero menos que partir piedra o acarrear sacos –le contesté con una sonrisa.

–Hay peores trabajos, pero el suyo es muy duro, más de lo que la gente piensa. Ya sabe que me dediqué a la moda y me presenté a un concurso de miss. La continua exposición al público puede ser muy dura. Todo el mundo te observa, parece escrutar cada uno de tus movimientos y palabras. Cuando regresaba al hotel me sentía vacía, como si hubieran absorbido toda mi energía.

Sus palabras me reconfortaron, no hay nada más consolador para un naufrago, que encontrar a otro en medio del inmenso océano, puede que los dos mueran, pero al menos no se sentirán solos.

–También se conoce a gente maravillosa e interesante –añadí. Viajar te ofrecía la oportunidad de tener diferentes vidas y, en cierto sentido, enriquecía tu vida, permitiéndote una perspectiva más amplia de la vida.

–Espero que le esté gustando Venezuela.

–Si le soy sincero, me ha sorprendido para bien. No tenía grandes expectativas, no era el país que estaba deseando visitar, pero todo esto es tan hermoso. Entiendo que están atravesando un momento difícil, pero es una tierra muy rica y generosa.

–Siempre bromeamos diciendo que Dios le concedió todos los dones a Venezuela, pero después le dio a los venezolanos como castigo –dijo la mujer sonriente, pero después puso una mueca de dolor.

–¿Se encuentra bien?

–Me di un golpe antes de salir de Caracas. Nada grave, pero aún me duele.

–¿Qué tal se encuentra su madre? –le pregunté.

–Muy bien. ¿Por qué lo pregunta?

–Pensé que estaba enferma –le dije sorprendido.

–Estuvo hace unos años muy mal, pero gracias a Dios se recuperó y tiene una vida estupenda. Bueno, con los problemas de abastecimiento que tenemos todos en la actualidad, pero nosotros le echamos una mano.

Me quedé un poco sorprendido, su marido me había dicho otra cosa a llegar a Edén.

–Me alegro. Yo he perdido a mis padres y fue algo realmente duro, nunca se supera del todo.

El simple recuerdo de mis padres me hizo estremecer. Nunca había imaginado lo fuerte que podía ser el sentido de orfandad.

–Coma algo.

Tomé el pan y el jugo, después guardé todo lo escaneado en el ordenador y sentí que me recuperaba en parte.

–Tenía más hambre de la que pensaba –dije mientras Inés parecía con la mente en otra parte.

–¿No quiere saber lo que yo pienso de Simón y su aventura política?

–Claro que sí –le contesté tomando los últimos sorbos del jugo y abriendo de nuevo el ordenador.

Inés me regaló una hermosa mirada. Por primera vez su rostro sonrió de verdad, sin ser una mera mueca de simpatía.

–Nos conocimos cuando yo estaba en el mundo de la moda. Por insistencia de mi madre estudié una carrera, pero nunca me he dedicado profesionalmente a ella. En aquel momento Simón no me atrajo. Era muy atractivo, seductor, pero demasiado cabeza loca. En aquel momento era pareja de una amiga mía, creo que la ha conocido el otro día, Sandra Manzano.

Me sorprendió que Sandra hubiera sido la primera pareja de Simón, siempre hubiera imaginado lo contrario.

–Simón intentó llevarme a la cama muchas veces, pero yo era fiel a mi amiga. Al final lo dejaron. Simón se fue Estados Unidos para convertirse en

pintor. Cuando regresó estaba muy cambiado. Había tenido una vida difícil, ya sabe de artista. Se integró en la empresa de su padre y coincidimos en una fiesta. Recordamos los viejos tiempos y quedamos unos días más tarde para tomar un café. De eso ya han pasado muchos años –dijo algo melancólica, como si aquellos recuerdos desataran en ella sentimientos contrapuestos.

–Una pareja perfecta, un matrimonio feliz, dos personas poderosas y bellas –dije mientras el rostro de Inés se apagaba de nuevo.

–No siempre las cosas son como parecen. ¿No cree?

–¿Por qué dice eso?

–Mi marido es un buen hombre, emprendedor y valiente, pero tiene un gran defecto –me dijo intrigante.

–¿Qué defecto? –le pregunté.

–No sabe perder, siempre tiene que ganar. Eso a veces es un gran problema.

–No le entiendo –le dije confuso–. A todos nos gusta ganar.

Ella se quedó en silencio, pasó sus dedos por la comisura de sus labios y me hizo un gesto, para que saliéramos a la terraza.

Una vez fuera cerró las puertas y miró a ambos lados.

–Tengo que contarle algo muy grave, no sé en quién confiar. Toda la gente que me rodea son amigos o empleados de mi marido. Nunca estoy sola, no puedo ver ni a una vieja amiga.

La miré sorprendido, Simón no parecía un hombre especialmente posesivo.

–Soy todo oídos –le respondí.

–Mi esposo no es lo que parece, le aseguro que guarda un oscuro secreto. No quiero que simplemente crea mis palabras. ¿Usted es investigador? ¿Verdad?

–Sí, claro –le contesté.

–Pues investigue.

La mujer sacó del escote una pequeña llave y me la entregó.

–En el archivo que abre esta llave hay algo que le hará cambiar la visión

que tiene de Simón, después volveremos a hablar –dijo misteriosa la mujer. Después salió de nuevo al salón y se alejó entre las sombras del pasillo.

Capítulo 22. La llave

Me quedé pensativo un buen rato. Miraba la llave dorada, ribeteada con formas redondas. Sabía que en muchos momentos es mejor no abrir ciertas puertas. La caja de Pandora era un evidente ejemplo de cómo a veces nuestra curiosidad es capaz no solo de destruirnos a nosotros, sino también de terminar con el mundo que conocemos. Las palabras de Inés me habían parecido sinceras. Tenía todos los síntomas de una mujer maltratada. Era una muñeca de porcelana en manos de un hombre poderoso y obsesionado con el éxito. No era el primero que conocía, la ambición humana era una de las plagas del siglo XXI. El mismo Adolf Hitler, la bestia parda del siglo XX, era un claro ejemplo de una persona fracasada, que una vez en el poder utilizó todos los medios a su alcance para vengarse del mundo.

Al final el frescor de la noche me hizo entrar en la sala, miré de reojo el bello archivador con pasamanos dorado de madera oscura. Llegué hasta él e introduje con suavidad la llave, para comprobar si era realmente la que correspondía. Tenía la esperanza de que no entrase, no abriera o simplemente al acceder al interior no hubiera nada dentro. Giré la mano con delicadeza, como un joyero intentando pulir un diamante en bruto. Al abrir el cajón vi un cuaderno bastante grueso, con las tapas de cartón estaban y comidas por los lados. Lo tomé, el papel era grueso, de la mejor calidad. Lo abrí sin saber muy bien qué podía encontrar dentro. Para mi primera decepción parecía una especie de contabilidad, con nombres, fechas y cifras que no me decían nada. Las anotaciones comenzaban en 1996, pero a partir de 2007 las notas se sucedían rápidamente y después eran casi diarias hasta 2015.

Intenté descifrar los nombres, las cantidades y las fechas, relacionarlas con acontecimientos de Venezuela o con la vida de Hugo Chávez y el propio Simón

Fajardo, pero todo fue inútil.

Escuché un ruido en el pasillo, el corazón se me aceleró, cerré el cajón y guardé la llave en el bolsillo. Pero sin darme cuenta había dejado el cuaderno sobre la mesa, logré atraparlo justo en el momento en el que la puerta se abría y meterlo por mi espalda, debajo de la camisa.

–¿Javier? Nunca va a dejar de trabajar. Me temo que la partida de Marcela acorte su visita. Ya he observado que hay algo más entre ustedes que pura amistad. No lo condeno, se lo aseguro, a pesar de ser creyente soy un hombre moderno. El amor es imprevisible, aunque yo respeto profundamente a mi esposa –dijo Fajardo parado en el quicio de la puerta.

Al principio no supe qué responder, mi única obsesión era que no encontrase el libro que escondía en mi espalda.

–Ya me dirigía a la habitación –le contesté mientras notaba cómo el sudor me recorría todo el cuerpo.

–¿No va a cenar? Inés me comentó que apenas probó un bocado de la merienda que le trajo, no ha almorzado nada y ahora no quiere cenar. Tiene que cuidarse, a partir de cierta edad la enfermedad está siempre acechándonos.

–Sí, pensaba cenar, pero algo ligero en la habitación.

–Por favor, acompáñeme, Inés se encuentra indispuesta y no hay nada en el mundo que odie más que comer solo.

–Le acompañaré, pero deje que me cambie –le contesté, para al menos deshacerme del cuaderno.

–La cena está en la mesa servida, se enfriará y no será lo mismo. ¿Le gusta la carne asada? Esta noche la han cocinado al estilo brasileño. Estamos muy cerca de la frontera y se puede conseguir muy buena carne.

Nos dirigimos hasta el salón, yo siempre un paso por detrás de Simón para guardar mi espalda. Al sentarme en la silla noté el libro pegado por el sudor a la camisa y respiré hondo para que los sirvientes no lo notasen.

–Llevo unas semanas agotadoras. Reuniones, informes y contactos para buscar apoyos para mi candidatura. Estoy en esa fase peligrosa en la que todo el

mundo conoce mis intenciones, pero aún no he recabado suficientes apoyos. Me siento vulnerable y eso es algo que nunca me ha agradado.

–A nadie le agrada.

–¿Verdad que no? Inés no lo entiende, piensa que soy demasiado ambicioso y despiadado con la gente que me rodea y conmigo mismo. ¿Le he tratado a usted de manera despiadada?

–No, ha sido siempre muy correcto con nosotros. Nos ha facilitado el trabajo y nos ha permitido pasar unos días inolvidables –le comenté mientras comenzaba a cortar la carne con desgana.

–Me alegro, esa era mi intención y así se lo he transmitido a todos mis colaboradores. ¿Quiere más vino? –el hombre hizo un gesto y el criado me llenó la copa de un excelente vino argentino.

–Lo único que me queda son estos pequeños placeres. Vivo para todo esto, para mi país, pero apenas tengo tiempo para mí. Es una dura carga, un peso casi insoportable. Imagino que Simón Bolívar o Allende sintieron esa pesada carga de la responsabilidad, pero ya vendrá la recompensa, si no en esta vida en la inmortalidad. A veces vemos las cosas a muy corto plazo. ¿No cree?

–Sí, siempre tenemos prisa y nos angustia el futuro –le contesté. Era sincero. Ese tipo de vida me había llevado casi hasta el desastre. El mundo se movía en el presente, porque era demasiado cobarde para intentar cambiar el futuro y acomplexado para mirar al pasado.

–Me alegra estar con usted a solas. Nos conocemos hace poco, pero tengo la sensación de que puedo confiar en usted. Para mí es como un sacerdote de la palabra. Los buenos escritores lo son. Su religión es el templo sagrado de los libros y ya han conseguido la inmortalidad.

–La escritura siempre es un ama benévola, otra cosa es el público y la crítica –le contesté arqueando los brazos.

–¿Cómo lleva la investigación? ¿Ha descubierto algo interesante? Una familia tan antigua como la mía siempre guarda algún secreto. Ya me entiende.

–Bueno, tengo toda la información clasificada, pero casi Marcela sería la

más indicada para responder a esa pregunta, yo me he centrado en los testimonios de sus conocidos, aunque aún me quedan algunas entrevistas con profesores suyos y necesitaría hablar con alguien que estuviera con usted en su etapa de pintor en Estados Unidos.

Simón pareció ponerse tenso al escuchar mis últimas palabras. Se irguió y con un tono algo forzado dijo:

–Hay etapas oscuras, casi perdidas en la vida de todo hombre. Sentí la necesidad de pintar, de expresar en un lienzo mi visión del mundo, pero ahora mi lienzo es Venezuela y mi pincel el partido. Puede usar la frase, creo que resume bien toda esa etapa.

–Pero no puedo dejar un vacío temporal tan grande, la gente se hará preguntas.

El hombre se acercó a la vela que había delante de su plato, las sombras se disiparon un poco de su rostro y pude ver unos ojos furiosos, como los de un loco que está a punto de explotar. Al final Simón se serenó y dio un bocado a la carne.

–¿No le parece exquisita?

–Sí, está muy buena la carne –le contesté.

–Que cada día traiga su propio afán.

Entendí que no quería hablar de esa época, era un tabú más en la familia Fajardo, más compuesta de silencios que de palabras.

–¿Cuándo regresamos a Caracas? Necesito hacer algunas de las entrevistas. También quiero hacer fotos de algunos lugares, pretendo poner algunas fotos en el libro.

–Me parece una idea fantástica. Puede usar las que quiera del archivo personal. Mañana mismo salimos para Caracas. Yo me iré a primera hora, pero Inés y usted pueden irse más tarde. Tiene a su disposición mi coche, el chófer, la escolta y cualquier cosa que necesite.

–Me gustaría pasarme por una librería, necesito leer bastante sobre la Historia de Venezuela y sobre los últimos años de Hugo Chávez.

–El Buscón puede ser la librería que está buscando, se lo comentaré al chófer.

–Muchas gracias –le dije mientras servían los postres.

Simón se puso derecho y mirándome directamente a los ojos me dijo:

–“¿Ha pensado alguna vez en auténticas libertades? ¿Ser libre de la opinión de otros? Incluso de la propia opinión”.

Reconocí las palabras del coronel Walter E. Kurtz en la película *Apocalypse Now*.

–“Yo quería una misión... y por mis pecados me dieron una” –le respondí con las palabras del capitán Benjamín L. Willard, que había ido a buscar a Kurtz en mitad de la selva.

Simón levantó los brazos en un gesto teatral y comenzó a reír. Sus carcajadas me produjeron un escalofrío que me devolvió a la realidad. De alguna manera las palabras del capitán Willard se habían convertido en una realidad. Pedí a la vida una misión y mis pecados me dieron una.

Capítulo 23. La librería

Por alguna misteriosa razón me sentí mucho más tranquilo cuando mis pies pisaron de nuevo Caracas. No me encontraba cerca de casa, pero al menos tenía la sensación de que si las cosas se ponían muy mal, podría intentar huir a la embajada, ponerme en contacto con el miembro del CNI con el que había hablado mi primera noche en la ciudad o simplemente tomar el primer avión de vuelta a casa. Calculé que me quedaban apenas cinco días para terminar mis pesquisas. Mientras Marcela se había encargado de reunir información sobre los Fajardo, yo había pasado la mayor parte del tiempo tomando notas y datos sobre Venezuela, para el segundo libro que pretendía publicar. Mis preguntas a los políticos, empresarios y ciudadanos de a pie parecían normales, sobre todo los que sabían que estaba escribiendo la biografía de Simón, por eso se mostraban colaboradores, sin suspicacias ni autocensuras. Todo el mundo tenía miedo en

Venezuela, unos por la represión oficial y no oficial, otros temían perder su posición de privilegio y la mayoría porque sabía que su vida no valía ni un centavo en las enturbiadas calles de Caracas.

Yo también era consciente del peligro y más desde que había decidido llevarme el libro de anotaciones. Simón podía sospechar de mí, pero, al fin y al cabo, el cajón no estaba forzado y por ello esperaba que sus sospechas cayeran sobre otra persona.

Inés no me preguntó nada a la mañana siguiente, yo tampoco deseaba hablar del tema. Me limité a sonreír, observar el paisaje y una vez en Caracas, pedir a Mauricio que me llevase a la librería El Buscón, no había mejor nombre para definir a lo que me dedicaba.

Era primera hora de la tarde y el chófer no quería circular por la noche. Las calles no eran seguras en cuanto se ponía el sol. La librería estaba en un centro comercial en el Paseo Enrique Eraso. El centro comercial estaba al pie de la autopista Prados del Este. Había imaginado un edificio vetusto, una librería de estanterías de madera viejas y polvorientas como algunas de la ciudad de Bogotá, Buenos Aires o Ciudad de México, pero tras algo más de veinte minutos en coche nos encontrábamos dentro de un centro comercial y la librería de paredes de cristal podía verse desde los pasillos del centro.

Entré y pedí al chófer que me esperase fuera. Siempre había sido una persona asustadiza y un poco paranoica, pero prefería bucear unos momentos entre libros y olvidarme de dónde estaba y qué estaba haciendo. Miré la sección de historia, después la de política y por último la de literatura. Desconocía casi todo de los literatos venezolanos, como si los colombianos, argentinos, peruanos y mexicanos fueran los únicos que existieran en el continente.

Al poco rato el librero se me acercó y me preguntó si podía ayudarme en algo. Era un hombre relativamente joven, barbilampiño y de pelo negro lacio.

–Bueno, quería libros sobre la historia del país y la política actual, pero ya he encontrado suficientes, lo que me gustaría saber es algo más sobre autores venezolanos –le dije con algo de vergüenza.

–¿No conoce a Rómulo Gallegos? Es el autor más conocido del país, fue presidente durante unos meses en 1948. Su libro cumbre es *Doña Bárbara*.

–Sí, lo conozco, pero por alguna extraña razón no lo relacionaba con Venezuela.

–Fue varias veces candidato al Premio Nobel, pero al final no lo consiguió. Aquí tiene también a Salvador Garmendia, que obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1972. Ana Teresa Torres, Antonieta Madrid...

–Me siento como un ignorante, el único que conocía era Boris Izaguirre.

–Por desgracia, a pesar de las campañas de alfabetización, hay una decadencia. Muchos intelectuales se han marchado, de ser el tercer o cuarto mercado de libros de América, ahora no importamos casi ejemplares. Estamos sufriendo una destrucción lenta de la intelectualidad, sobre todo de la que no está en sintonía con el régimen. Nuestro último gran intelectual murió en 2001, Salvador Garmendia. Imagino que habrá escuchado sobre él.

–Es una verdadera pena. Por favor, ¿puede cobrarme todos estos libros? – le dije entregando un gran montón.

El hombre sonrió y se fue detrás del mostrador, me acerqué a la sección de poesía y un hombre moreno, de pelo corto y con bigote negro se me acercó y me dijo en un susurro.

–No se gire, no me mire ni haga ningún movimiento brusco. Mi nombre es Pedro Remedios, agente de la DEA.

–¿La DEA? –pregunté asustado.

–No repita el nombre, no podemos confiar en nadie.

–¿Qué quiere de mí? –le pregunté alarmado. Sabía que la agencia antidroga de Estados Unidos no se andaba con chiquitas. Había visto las series sobre narcos de los últimos tiempos y lo último que deseaba era verme envuelto en un episodio surrealista en pleno corazón de América Latina.

–Llevamos vigilándole desde que llegó a Caracas. Su patrón, el señor Simón Fajardo, es un hombre muy poderoso en Venezuela, aunque no tiene ningún cargo político. Su amistad con el vicepresidente le convierte en

sospechoso de colaborar en la distribución de droga al norte de América.

–¿Qué? El señor Fajardo es un respetable hombre de negocios.

El librero se acercó con las bolsas de libros y el agente se alejó hasta otra estantería.

–Muchas gracias. ¿Puede guardármelos un momento? –le pedí al hombre.

–Con mucho gusto –dijo alejándose de nuevo y dejándonos a los dos a solas.

–Llevamos años vigilando atentamente al gobierno. Desde el 2005 las relaciones del Hugo Chávez con las FARC facilitaron el blanqueo de dinero y el transporte de droga por Venezuela vía el Caribe, Centroamérica o los Estados Unidos. Chávez facilitó dinero a las FARC para promocionar su revolución, pero el grupo guerrillero tenía una forma de financiación aún mayor con la droga. A Chávez le parecía bien transportarla a los Estados Unidos, al fin y al cabo era una forma como otra cualquiera de hacer daño al Imperio. El ejército se utilizó para llevar droga de Bolivia, Colombia y Ecuador al Caribe, Estados Unidos, México y Europa. Uno de nuestros informadores es el oficial Leamsy Salazar, que desertó y dejó Venezuela. Fue testigo del encuentro entre Chávez y Raúl Reyes en una finca de Barinas.

–¿Qué tiene eso que ver con los Fajardo?

–Al principio esa ruta les funcionó bien, sobre todo desde Aruba, una isla de dominio holandés, pero las informaciones de Salazar les fastidieron el negocio. Comenzó a transportarse en aviones militares y comerciales a México, el Salvador y otros países, el único que no aceptó los envíos fue el presidente Ortega en Nicaragua. También los descubrimos, pero la droga sigue llegando y pensamos que están usando la infraestructura de los Fajardo.

–¿Qué quiere que haga? Soy un simple escritor.

–¿En la finca Edén se vio Simón con el vicepresidente?

–Sí, fuimos de excursión.

–Los Fajardo están metidos en el asunto. Usted tiene acceso a sus archivos, necesitamos toda la información que pueda aportarnos. Venezuela es

un “narco estado”, pero imagine qué sucederá si un narco como Simón Fajardo se hace con el gobierno del país. Chávez lo hizo por ideología, pero él lo hace por pura ambición y deseo de fortuna.

Las palabras del agente me dejaron boquiabierto.

–Eladio Aponte nos confirmó mucha de la información, él formaba parte del Tribunal Supremo de Justicia y huyó a Estados Unidos, por querer destapar esta trama criminal.

No había escuchado nunca nada sobre ese asunto. Ni siquiera estaba seguro de que la persona que me hablaba fuera un verdadero agente de la DEA o un simple opositor a Fajardo, que quería información sobre él.

–Me temo que no puedo ayudarle. Simplemente estoy escribiendo una biografía sobre el señor Fajardo –le contesté algo nervioso.

–Esta es mi tarjeta, verá que pone una empresa de tapadera, pero la dirección y el teléfono son correctos, pregunte por Pedro Remedios. No importa la hora del día o de la noche. ¿Lo ha entendido?

Afirmé con la cabeza, el hombre se dirigió a la salida y me quedé solo junto a las estanterías. Sentía el pulso acelerado y ganas de vomitar, pero al final logré tranquilizarme. Tomé los libros de la caja y salí de la tienda con la cara pálida.

–¿Se encuentra bien? –me preguntó Mauricio.

–Sí, este clima me baja la tensión. Volvamos a la residencia –le pedí.

Mientras el coche regresaba a la autopista mi mente no podía pensar en otra cosa. En el mejor de los casos Simón era un ambicioso empresario con sed de poder que golpeaba a su esposa, pero en el peor, me encontraba bajo la sombra de un narcotraficante peligroso, capaz de cualquier cosa por mantener su negocio, incluso hacerse con la presidencia de su país. Pensé en, al menos, dejarle el beneficio de la duda. En cuanto llegara a la mansión revisaría el cuaderno que había encontrado en Edén. Si no veía nada sospechoso lo dejaría en algún cajón del escritorio de Simón el mismo día que tomara un avión para Madrid.

Capítulo 24. Cubano

Esperaba no ver aquella noche a Simón, no me encontraba de humor. Me dirigí directamente a mi habitación para mirar el cuaderno, cuando llamaron a la puerta. Le pedí que entrase y para mi sorpresa no se trataba de Simón, la persona que me contemplaba a pocos metros de distancia era Sandra Manzano vestida con un bellissimo y ajustado traje de noche.

–¿Cómo ha tardado tanto? Llevamos intentando contactar con usted todo el día. Simón está invitado a una cena en la embajada de Cuba y quiere que nos acompañe.

–¿A la embajada de Cuba?

–Sí, al parecer el señor embajador es un admirador suyo.

Pensé que algunas veces uno tiene admiradores hasta en el infierno. Siempre me había considerado un escritor de izquierdas, aunque mis libros no eran políticamente correctos para nadie. Me gustaba llegar a la verdad, aunque fuera por los estrechos recovecos de la incomprensión.

–Me cambio ahora mismo –dije mientras mantenía el libro escondido en mi espalda.

–Estupendo, le espero abajo.

Guardé lo mejor que pude el cuaderno, después me duché y me vestí para la ocasión. Cuando llegué a la planta baja Sandra ya me esperaba con la puerta abierta. Salimos al jardín y los tres coches de escolta nos acompañaron hacia la embajada. El edificio se encontraba a la espalda de la base aérea Generalísimo Francisco de Miranda. El edificio era muy discreto y hubiera pasado totalmente desapercibido si no hubiera sido por una pequeña bandera cubana en un costado.

La Dirección de Inteligencia, los servicios secretos cubanos, eran uno de los mejores del mundo junto al MOSAD y la CIA. Cuba, a pesar de ser un pobre y pequeño país caribeño, había logrado sofocar todos los intentos externos e internos contra el régimen después de más de cincuenta años de revolución

castrista. Además de evitar numerosos magnicidios y lograr colocar en el mismo Washington a famosos espías. Muchos rumores hablaban de que los servicios secretos cubanos eran los que habían impedido que triunfara el golpe de Estado contra Chávez en 2002. Hasta el punto de que durante el fallido golpe una multitud acudió a la embajada de Cuba, para asaltarla, en protesta por la ayuda prestada a Chávez y al creer que había encerrados allí miembros del gobierno.

Entramos en la embajada, que no tenía excesivas medidas de seguridad. Nos llevaron por un pasillo hasta una especie de gran invernadero o jardín cubierto. Había orquídeas por todas partes, al parecer el embajador era un amante de las flores.

En el centro había una mesa bellamente decorada para unas diez personas. Parecía que éramos los primeros en llegar o que los demás se encontraban en otra parte del edificio.

–Qué flores tan hermosas –dijo Sandra.

La tenue luz del invernadero la rodeaba de un halo de mujer fatal, que me hizo pensar en algunos de mis personajes literarios. En los últimos días me sentía en medio de una historia literaria, como si estuviera protagonizando alguna de mis novelas.

–Usted está más bella que las flores –le dije, empezando a recuperar un poco la calma.

En los pocos días que me quedaban en Caracas debía comportarme con la mayor normalidad posible, si quería regresar de una pieza a España.

–Es usted un galante. ¿Dónde está su compañera?

–Bueno, es una amiga. Marcela ha regresado a Madrid.

–Está usted solito –me dijo mientras se aproximaba a pocos centímetros de mi cara con sus labios rojos y jugosos.

–Señores, este es el famoso escritor Javier Dorado –dijo Simón al entrar al invernadero.

–Señor Dorado, es un gusto conocerle –dijo un hombre de cara ancha, frente despejada y pinta de funcionario. Hablaba pausadamente y parecía

incapaz de alterarse por nada.

–El gusto es mío –le contesté. Detestaba encontrarme entre políticos, pero mi trabajo me obligaba a verlos constantemente.

–Admiro mucho sus libros, en especial el de la Guerra Civil española, pero también el que escribió sobre nuestra guerra de liberación. Aún recuerdo la cruda descripción de los campos de concentración creados por el general Weyler. Él los llamó reconcentraciones. Aún el mundo no estaba preparado para el eufemismo como arma de guerra –dijo el embajador.

–Yo soy un guerrillero de las palabras, me gusta pensar que batallo contra las mentiras y las injusticias de la historia.

–Lo hace, querido señor Dorado –dijo Simón tomándome del brazo.

Me senté al lado de Simón y Sandra. El embajador apenas quedaba a una posición presidiendo la mesa.

–Está escribiendo la historia de la familia Fajardo, según me han contado. Seguro que hará un gran libro.

–Eso espero –le contesté al embajador.

–Sus escritos en ocasiones me recuerdan a Gabriel García Márquez, el bueno de Gabo. ¿Lo llegó a conocer?

–Un par de veces coincidimos en ferias, pero nunca cruzamos una palabra.

–Muchos escritores han usado la isla para inspirarse, otros para escapar de sus gobiernos. Le aseguro que será muy bien recibido en Cuba –dijo amablemente el embajador.

–No he estado, pero lo apunto para mi próxima visita.

El embajador comenzó a hablar con Simón y Sandra se centró en charlar conmigo.

–Debe ser emocionante conocer a tanta gente. ¿A veces se inspira en eso para crear sus personajes?

–A veces, no hay nada más ficticio que la realidad manipulada.

–Eso es cierto. Siempre partimos de algo verdadero, no podemos construir sobre la nada –dijo Sandra mientras se pegaba a mi brazo.

–Es cierto, somos el resultado de siglos de evolución, pero sobre todo, de todos nuestros antepasados, de nuestra sociedad y realidad cotidianas.

–Mis genes son mestizos, criollos, indios, negros y españoles –dijo Sandra golpeándose el pecho suavemente. Sus pechos parecieron vibrar bajo el vestido. No llevaba sujetador. Parecía cubierta con un ligero lienzo tallado por el mismo Miguel Ángel.

–Yo soy más aburrido, un catalán de adopción de orígenes sureños –le contesté.

–Bueno, en la Península se asentaron celtas, íberos, cartagineses, griegos, romanos, árabes, bereberes, suevos, vándalos, alanos, visigodos, judíos, después franceses...

–Tiene razón, soy un mestizo –dije medio de broma.

–Bueno, gracias por venir. Ya sabe que necesitamos que el gobierno cubano nos vea con buenos ojos –dijo Sandra a mi oído. Podía sentir su aliento suave en mi lóbulo, me sentí extrañamente excitado. De alguna manera aquella vida de riesgo me hacía sentirme vivo.

–Es lo menos que puedo hacer por unos anfitriones tan generosos –le contesté.

–Usted siempre tan halagador –dijo con su amplia sonrisa.

El resto de la velada fue tranquila, charlé brevemente con alguno de los comensales, pero no podía apartar la vista de Sandra. Era la mujer más perfecta que había conocido jamás. Me preguntaba si ella y Simón eran amantes.

–Si quiere ya podemos irnos –dijo acercándose a mí a las diez de la noche–. Simón aún se quedará un rato.

Nos despedimos de los miembros de la embajada y entramos en el coche conducido por Mauricio. Otro de los vehículos de la escolta nos siguió.

–No es muy aconsejable viajar de noche por la ciudad. Mi apartamento está muy cerca. Si quiere, puede quedarse allí esta noche –me propuso Sandra.

–Bueno, será una buena forma de terminar el día.

–Le puedo dar un buen ponche llanero, es delicioso.

En apenas diez minutos entramos en una lujosa urbanización con fuertes medidas de seguridad. Mauricio se quedó en un cuarto para conductores y yo subí hasta la última planta con Sandra.

Su ático era impresionante. A los pies se veía la ciudad de Caracas iluminada, la noche ocultaba los defectos del mundo para mostrarnos únicamente la parte más bella.

–Ponte cómodo –dijo mientras me servía el ponche–, me voy a cambiar. Te traeré algo de ropa.

–¿Tienes ropa de hombre en tu armario?

–Soy una mujer previsora, pero no crea que cualquiera sube aquí.

–Ni se me ha pasado por la cabeza –le contesté mientras comenzaba a beber a sorbos el licor. Era muy dulce, dejando un fondo de boca empalagoso, pero al rato te acostumbrabas y no podías dejar de beber.

Sandra apareció con una bata transparente y un conjunto de lencería negra. Me quitó la copa de la mano y me empujó al amplio sofá de cuero negro. Caí suavemente, me envolvió en sus brazos morenos, su cuerpo perfecto me rodeó por completo y comenzamos a besarnos. Mientras me abría la cremallera pensé otra de las frases de *Apocalypsis Now*, cuando el chef Jay Hicks dice durante su estancia en la guarida de Kurtz: “Yo solía pensar que si moría en un lugar malvado, entonces mi alma no iría al cielo. Entonces, maldita sea. No me importa a donde vaya siempre y cuando no sea en este lugar”. Caracas se parecía aquellos días demasiado al infierno, pero yo acababa de sucumbir completamente a su maléfico hechizo.

3ª Parte. Dulce Che Guevara

Capítulo 25. Despierta

Al despertar me sentí a como un pez que está intentando respirar fuera del agua. No me acordaba mucho de la noche anterior, pero al mirar alrededor y ver las sábanas revueltas de seda negra y la inmensa cristalera de la habitación, supe que aún estaba en casa de Sandra. Me vestí recuperando la ropa esparcida por el suelo, pero antes de llegar a la puerta principal me crucé con mi amante de la noche anterior. Estaba completamente desnuda, llevaba una tostada de pan en la mano y sonreía.

–¿Ya te has despertado? Pensé que ya no lo harías. Debes estar muy cansado.

–Desde que llegué a Venezuela no he dormido bien. Me quedan tres días para regresar a España y quiero llevarme la mayor información posible. En cuanto esté en Madrid comenzaré el libro.

–Estupendo, lo necesitamos cuanto antes. Simón me llamó hace un rato y me comentó que la cena de ayer con el embajador fue un éxito.

–Me alegro mucho. ¿No le dijiste que estaba aquí?

–No, Simón es mi socio, no le interesa mi vida privada.

Me senté en una banqueta alta de la cocina. Sandra me puso un café cargado y lo tomé rápidamente, me sentía incómodo. En los últimos meses había engañado a las dos mujeres que más había querido y eso parecía que se estaba convirtiendo en una maldita costumbre.

–Lo de anoche fue fantástico, pero creo que no debería haber sucedido –le comenté.

Sandra me miró pícaramente y me tocó por encima del pantalón.

–Creo que una parte de ti no piensa lo mismo.

Lo cierto era que al verla a plena luz del día, con aquel cuerpo perfecto de formas increíbles, me había excitado de nuevo. La mujer me bajó la cremallera y

me hizo una felación mientras tomaba el café. Intenté resistirme, pero fue inútil, parecía totalmente fuera de control.

Tras recuperarme, Sandra me miró con satisfacción, sentía que tenía una influencia sobre mí que no podía rechazar.

–Me pareciste muy atractivo desde que te conocí. Muchos de los hombres que conozco son superficiales. No puedes imaginar la atracción que siento hacia un hombre verdaderamente inteligente y caballeroso. ¿Podemos vernos esta noche?

–Estoy hasta arriba de trabajo –le contesté. Sentía que debía escapar de allí cuanto antes. Me sentía atrapado en una tela de araña, hipnotizado por aquella mujer hermosa e inteligente.

–Imagino que tendrás que cenar. Prometo portarme bien y no robarte mucho tiempo –dijo levantando el brazo, como si estuviera ofreciendo un juramento.

–Está bien, pero debo irme ahora mismo –dije poniéndome en pie.

Me dio un largo beso; después me dirigí a la puerta y la observé por última vez. Aún no me creía lo que había sucedido.

Sandra llamó a Mauricio y cuando llegué al garaje del edificio el chófer ya estaba en el coche.

No era tan estúpido como para no pensar que Sandra había sido incitada por Simón. Quería tenerme atrapado textualmente por las pelotas y en cierto sentido lo había conseguido. ¿Qué importaba que fuera un capo de la droga? Escribiría el maldito libro y después no volvería a verle jamás.

Mientras atravesábamos las calles de Caracas no podía dejar de pensar en Marcela, también me acordé de Ana y mis hijos. En los últimos meses la vida se había convertido en una especie de montaña rusa, subiendo y bajando y dando giros inesperados, que se escapaban del mundo bajo control que había creado durante años. En parte me sentía arrepentido, pero por otro lado me excitaba aquel desbarajuste y la emocionante sensación de que podía ocurrir cualquier cosa en cualquier momento.

Llegamos a la mansión y me dirigí directamente a mi habitación. Me di una ducha rápida y en albornoz salí a la terraza para leer mis apuntes, investigar las cosas que me había dicho el agente de la DEA y mirar algunos datos sobre el embajador de Cuba. Todo parecía coincidir: la historia del agente se corroboraba en varios artículos y libros publicados sobre las implicaciones del gobierno de Venezuela en el narcotráfico y la guerrilla de las FARC. Los viejos socios del partido bolivariano iban abandonando el barco. Las FARC había llegado a un acuerdo de desarme con el gobierno de Colombia, Cuba vivía un deshielo con los Estados Unidos y hasta Bolivia parecía enfriar una reelección de Evo Morales.

Miré de reojo el cuaderno que había sustraído de Edén. Por un instante dudé, pero después lo abrí y comencé a mirar cada detalle. Examiné las fechas con acontecimientos relacionados con el narcotráfico, reuniones entre el gobierno venezolano, Cuba y las FARC. La fecha de inicio de contabilidad coincidía con el año 1998. Además los ingresos se incrementaban después de 2005. Había pagos a varias personas de las que únicamente se ponía las iniciales, pero que eran fácilmente identificables. En un momento descubrí a varios jueces, ministros, vicepresidentes y presidentes implicados. Curiosamente las empresas de la familia Fajardo estaban casi arruinadas y en un par de años habían comprado la mayoría de las empresas cárnicas del país, y varias productoras de harina y aceite. ¿De dónde habían sacado todo ese dinero? Además poseían una compañía aérea de transporte y otras dos de camiones de gran tonelaje. Sus productos se distribuían por todo el continente. Era la empresa perfecta para distribuir droga y blanquear dinero.

Hice fotos a las páginas más importantes. Aunque no estaba seguro de que las fuera a utilizar, pero de alguna manera aquella información podía salvarme la vida si las cosas se ponían feas. Las subí a la nube y escribí un breve texto con todas las conexiones que había encontrado. Estaba terminando el informe cuando Inés llamó a la puerta.

La esposa de Simón entró en la habitación y de alguna manera su mirada

acusadora me hizo sentir incómodo, como si intuyera que había pasado la noche con Sandra.

–Abrió el archivador. ¿Verdad?

Al principio me quedé callado, no estaba convencido de que fuera buena idea hablar del asunto. La casa podía tener micrófonos o cámaras.

–Bueno, le eché un vistazo.

–Su cara es demasiado transparente. Lo sabe todo y ahora es un mar de dudas. A mí me pasó lo mismo cuando lo descubrí, pero ya no puede mantenerse al margen, si él se entera no dudará en acabar con usted. No le importará que sea un escritor famoso, español o el mismo papa de Roma. Quiere ser presidente, es su ambición y nada ni nadie se interpondrá en su camino.

–Tal vez sea mejor no hacer nada. Al fin y al cabo, ¿qué podemos hacer? El negocio estaba antes de que Simón entrase en él y continuará mientras sea ilegal y lucrativo. Olvidémonos de todo, será lo mejor.

–No lo entiende. Él se enterará de que lo sabe y acabará con usted. Es cuestión de tiempo, si se adelanta y lo denuncia podrá salvar la vida. Esto no es una novela, aquí las cosas son reales.

–¿Qué gana usted con todo esto? –le pregunté angustiado. Sabía que tenía razón, pero yo no era un héroe, tenía la sensación de que la única forma de que tomara una decisión arriesgada era que no me quedase más remedio.

–Al poco tiempo de casarnos comenzó a maltratarme y engañarme. Estoy anulada como persona, siempre con miedo y bajo su sombra. Soy una prisionera, aunque esto parezca una jaula de oro, no deja de ser una cárcel –contestó con los ojos llorosos.

–Pero está viva.

–¿Viva? No creo que esto sea vida. Ni siquiera puedo darle el hijo que tanto desea.

–Sepárese de él –le dije en un intento de convencerla.

–Soy su trofeo, usted es otro de sus trofeos. Compra a la gente y después la exhibe. ¿No se ha dado cuenta? Estamos atrapados, la única escapatoria es que

pase esa información a los medios de comunicación, la DEA y al gobierno de España. Entonces caerá.

–¿Tanto le odia?

–¿Odiarle? Le amé con toda mi alma. Dicen que del amor al odio solo hay un paso, pero no es cierto. Sigo amándolo, pero no puedo permitir que me destruya.

Estaba bloqueado. No sabía qué pensar. Cerré los ojos con la esperanza de que todo fuera un mal sueño.

–¿Por qué no lo hace usted misma? Tiene las pruebas.

–Me vigila las veinticuatro horas, si intentase entregar las pruebas me descubriría. En unos días viaja a Madrid, intente aguantar el tipo y cuando se encuentre allí informe a las autoridades.

–¿Qué le sucederá a usted? –le pregunté preocupado.

–No lo sé, pero al menos todo esto se terminará.

Parecía muy alicaída, su voz temblaba, estaba a punto del llanto. La abracé y dejé que se rompiera.

–Gracias –dijo en un susurro.

–¿Por qué no viene conmigo? Le pondremos cualquier excusa. Que la necesito para algo, que Marcela quiere que nos aporte más información.

–Simón no es tonto, sospechará algo. Es mejor que aguante la tormenta, si logro sobrevivir será cosa del destino. Si perezco, pues ya está.

Nos quedamos un rato en silencio, Inés tenía la cabeza apoyada en mi pecho, entonces levantó la mirada, sus ojos brillantes me atravesaron.

–¿Se acostó con ella?

No hacía falta ni que la nombrase.

–Bueno, le mentaría si le dijese lo contrario.

–Él se la envió, en el fondo Sandra es otra víctima más de su maldad. Todo lo que toca lo corrompe. ¿Imagina qué podría hacer con un país entero?

Las palabras de Inés me golpearon en la conciencia. Tal vez mi libro no diera la presidencia del país a Simón, pero sin duda podía contribuir a hacerlo.

Además, si después se descubría su relación con el narcotráfico, ¿en qué condiciones quedaría yo? Muchos podrían pensar que era un cómplice o que al menos lo descubrí y miré para otro lado.

Le entregué el libro y la llave a Inés.

–He hecho una copia, será mejor que alguien deje esto donde estaba.

–Necesitarán el libro original. Quédatelo y llévalo a España.

–Se dará cuenta antes de que me marche –le comenté angustiado.

–No se dará cuenta, no creo que regrese a Edén por ahora –me contestó devolviéndome el libro.

Inés se marchó y me quedé pensativo. Me sentía confuso y aterrorizado. Si Simón nos descubría, estaba perdido. Oculté el libro entre mis cosas y me vestí para bajar a almorzar. Estaba a punto de salir de la habitación cuando recibí un mensaje de Marcela. En Madrid era tarde, no podía imaginar para que se ponía en contacto conmigo a esas horas. Leí el mensaje y me quedé preocupado, era escueto, pero no dejaba lugar a dudas:

“Alguien me está vigilando en Madrid. Ten mucho cuidado. Te espero pronto”.

Capítulo 26. Dos días

Acudí a la cena con Sandra. Pensé en excusarme de mil maneras, pero podría levantar sospechas. Había encargado a un chef la comida y un camarero nos sirvió discretamente.

–A veces este apartamento me produce la sensación de encontrarme en la cima del mundo –dijo Sandra mientras se inclinaba hacia mí y me tomaba de la mano.

–Eso es lo que sentí cuando me dieron el Premio Planeta, pero desde entonces no he dejado de hundirme.

–¡Qué exagerado!, los españoles siempre sois muy pesimistas y dramáticos.

–Nosotros no inventamos las telenovelas –bromeé.

–Eso es cierto.

Apuré el delicioso pato que nos habían servido, lo había comido varias veces en Francia, pero la verdad es que el que estaba degustando no tenía nada que envidiarle.

–¿Qué tal vas con la investigación?

–Muy bien, me quedan dos días.

–Tres –dijo Sandra.

–Este ya no le cuento, en unas horas estaré dormido.

–¿Estas completamente seguro de eso? –me dijo en tono picarón.

–Sí, me iré pronto, hoy no puedo quedarme –contesté, para que las cosas quedasen claras desde el principio.

–Es una lástima, te tenía preparada una sorpresa. Realmente no conoces la noche de Caracas –dijo mientras se descalzaba y comenzaba a frotar su pie contra mi pantalón.

–No empieces. Tengo un deber que cumplir. Los placeres de la carne son siempre un obstáculo para los deberes.

–Prometo que estarás pronto en casa. Lo que vas a ver, te aseguro que será único. ¿No tienes un poco de curiosidad?

Me rasqué la cabeza. Sandra era capaz de hacerme perder el control. Al fin y al cabo, únicamente me quedaban dos días en Venezuela. Después regresaría a mi vida normal y me olvidaría de todo esto. Había decidido no contar nada a las autoridades y asumir el riesgo. Lo peor que podía sucederme era que algún periódico me acusara de dejarme contratar por un mafioso, pero siempre podría alegar que no sabía nada. El mensaje de Marcela me había asustado. No era tan difícil contratar a un sicario, mandarlo a Madrid y que se vengara de mi traición.

Una hora más tarde nos encontrábamos en una inmensa villa a las afueras de la ciudad. El jardín delantero se encontraba repleto de coches, unos cuatro chicos vestidos de uniforme se encargaban de aparcarlos. Antes de entrar por la inmensa puerta blanca, Sandra me dio una máscara.

–Aquí todo es anónimo. No hables y sobre todo no te quites la máscara.

En cuanto entramos en la casa me sorprendió las luces rojas que insinuaban los espacios y las formas, pero sin mostrarlos completamente. Nos dirigimos al salón y vimos a una veintena de personas, vestían de manera elegante, aunque algunos estaban sin pantalones y las mujeres se movían vestidas únicamente con lencería. Todos bebían y algunos esnifaban rayas de cocaína en las mesitas de cristal.

Nunca había estado en un lugar como aquel. Las fiestas de escritores parecían reuniones de puritanos en comparación.

Subimos a la segunda planta, la casa era inmensa. Las puertas de las habitaciones se encontraban entreabiertas y podía observarse en medio de la oscuridad a varias personas en las camas. Se retorcían como serpientes, mientras continuaban drogándose y gritando de placer.

–Creo que es mejor que nos marchemos –dije al oído de Sandra. Una música a todo volumen se escuchaba por toda la casa.

–No hables –me advirtió Sandra, después entramos en una habitación que había vacía, pero cuando me acostumbré a la luz, pude contemplar a dos mujeres y un hombre negro en la cama. Nos sentamos en un sofá y nos quedamos mirando, cada vez más excitados.

–Vamos me dijo tomándome de la mano y llevándome hacia la cama.

–No –le contesté.

Ella intentó empujarme, pero salí de la habitación a toda prisa y corrí por las escaleras; antes de que saliera al jardín me alcanzó.

–¿Qué sucede? –me preguntó quitándose la máscara.

–No es mi estilo. Lo siento –dije con el corazón acelerado. Tenía la sensación de haber abierto una pequeña puerta que llevaba al infierno, si la atravesaba ya no habría marcha atrás.

–No quería asustarte –dijo Sandra algo molesta.

–No estoy asustado. En los últimos meses he cometido muchos errores y me he sentido confuso. No es fácil comenzar una vida de cero, sé que me

equivocaré. Puede que acostarme contigo haya sido un gran error, pero esto no.

Salí de la casa y tomé el coche, Mauricio me miró por el espejo del retrovisor y me preguntó a dónde nos dirigíamos.

–A la residencia del señor Fajardo –le contesté.

En cuanto estuve en la habitación cambié mis billetes para el día siguiente por la tarde. No pensaba que Simón tuviera ningún inconveniente en adelantar el vuelo. Había decidido no regresar con su jet privado, viajaría en primera, pero como una persona normal. Después de hacer la reserva me sentí aliviado. Caracas se había convertido en un lugar muy peligroso y debía alejarme cuanto antes de la ciudad y de mi anfitrión. Sabía que él movía los hilos, intentaba arrastrarme hacia aquel mundo sin leyes y sin reglas, donde uno pierda la conciencia sobre lo que está bien o mal. Parecía muy tentador, pero yo que había atravesado con creces la mitad de la vida y me encontraba ante la verdad de que lo único que nos queda a los que no creemos en nada es la certeza de al menos haber vivido de una manera honorable en este mundo. Sabía que estaba chapado a la antigua. Los políticos, empresarios y los poderosos de la tierra se ensuciaban las manos por un poco más de dinero, poder o placer, pero yo no podía dejar de pensar en lo que todo aquello me implicaba. Quería seguir mirándome al espejo y reconocer al joven asustado que había perseguido sus sueños.

Cerré el ordenador y pensé en Ana: sabía que todo estaba perdido, pero me sentí agradecido por todo el tiempo que me había hecho feliz. Después recordé muchos momentos con mis hijos. Eran un verdadero regalo para mí. Por último recordé a Marcela, sabía que estábamos empezando algo bueno y genuino, me sentía sucio por haberla traicionado, pero ahora sabía lo que quería y que no deseaba perderla.

Me tumbé en la cama y miré el techo de la habitación, me sentía muy mal, pero al menos había reaccionado a tiempo. Sabía que al final cumpliría con mi deber, haría lo correcto y me lanzaría al abismo con tal de que la verdad se conociese. La existencia era demasiado corta para conformarse con vivir atemorizado, esperando que la venganza cayera sobre nosotros. Aquella aventura

me exigía dar lo máximo, pero había aprendido que una vida perfecta era aquella en la que eras tú mismo, sin tapujos, medias verdades y cobardías. La vida me pedía todo y yo estaba dispuesto a dárselo, aunque eso supusiera sacudir el mundo entero.

La noche no duró mucho. Por la mañana las cosas fueron muy rápido, tanto que apenas pude comprender lo que sucedía, hasta que fue demasiado tarde.

Capítulo 27. Dudas

No me sentía descansado, había dormido inquieto, ansioso por regresar a casa y pensar que todo lo sucedido en las últimas semanas había sido una pesadilla. Me levanté de la cama y terminé de guardar las últimas cosas en la maleta. Aún quedaban muchas horas para la salida del vuelo, pero estaba dispuesto a irme al aeropuerto y quedarme allí hasta el embarque. Después escribí una breve nota de despedida, en ella agradecía a Simón su hospitalidad y le prometía que recibiría noticias mías en breve. A lo mejor no serían las que él esperaba, pero no tenía duda de que no se olvidaría de mí fácilmente. Después de denunciarle me encerraría en algún pueblo perdido de Galicia o del norte de Italia, escribiría mi libro, devolvería el adelanto de Simón y no saldría de mi escondite hasta su publicación. Tenía la esperanza de que para esa fecha Simón ya estaría entre rejas y no me pudiera hacer nada.

Coloqué la nota en el escritorio y ordené mis papeles antes de ponerlos en el maletín; busqué por todas partes el cuaderno de contabilidad, pero no lo encontré. Estaba a punto de desistir cuando escuché una voz a mi espalda.

—¿Es esto lo que está buscando?

Sentí un escalofrío que me recorrió toda la espalda y me giré lentamente, como si temiera ver el rostro del que se dirigía a mí, con tanta ironía.

—Lo tengo todo —le contesté, intentando disimular mi sorpresa.

—¿Está seguro? —insistió Simón.

–Sí, ya he guardado las últimas cosas.

–¿A dónde va? Creía que aún le quedaba un día más entre nosotros. El capitán de mi avión está advertido del vuelo.

–Prefiero irme en uno comercial, no es tan cómodo, pero debo volver poco a poco a la realidad.

–No le ha parecido real lo que ha vivido aquí.

–Le estoy muy agradecido y puede que todo esto sea muy real para usted, pero para un humilde escritor, todo esto se escapa de sus posibilidades.

Simón se adelantó hasta estar a unos pasos. Sacó el cuaderno y lo lanzó a la mesa. Después me observó, esperando una reacción.

–¿Seguro que no estaba buscando esto?

–Le miré fijamente a los ojos, intenté tragar saliva, pero notaba como la boca se me secaba de repente.

–No lo he visto en mi vida. ¿Qué es?

–Dígame usted, mis hombres lo encontraron entre sus cosas anoche.

–¿Por qué estaban hurgando en mis pertenencias? –pregunté indignado, intentando ganar tiempo.

–Déjese de juegos. Es mejor que diga la verdad.

Me senté en la silla con la intención de contarle todo lo sucedido. De alguna manera estúpida pensaba que me perdonaría la vida, aunque estaba casi convencido de que el señor Fajardo no era precisamente una persona compasiva, su trabajo de narcotraficante no era precisamente pacífico.

–¿Ella se lo entregó? ¿Verdad? Lleva años planeando destruirme. Seguro que le miró con sus ojos llenos de lágrimas y usted, que es un vetusto caballero español, la creyó. Las mujeres de aquí no son como las de Europa, pueden retorcer el alma de un hombre hasta lograr destruirle.

–¿Por qué habla de esa manera de su esposa? Creo que es una buena mujer.

–¿Una buena mujer? –preguntó el hombre mudando el rostro. Comenzó a agarrarse la cabeza, como si pensara que le iba a estallar.

–No le haga nada. Ya he visto las marcas, no es de hombres pegar a una señora.

–En eso tiene razón, le pegué antes de ir a Edén, sé que estuvo mal, pero tenía una poderosa razón, se lo aseguro.

–No hay ninguna razón para pegar a una mujer –contesté indignado.

Simón se sentó a mi lado, parecía derrotado, como si algún recuerdo estuviera dejándole abatido y sin fuerzas,

–Me enteré de que me engañaba con mi propio hermano. No los pillé en la alcoba, pero un detective que mandé que la siguiera me ha dado fotos que no dejan lugar a dudas.

Me quedé boquiabierto, no sabía qué responder.

–Ese cuaderno no es mío. Es un secreto de familia, un escándalo que podría destruir mi reputación y la de la empresa que he levantado, pero esas anotaciones no son mías. Cuando regresé de Nueva York, mi hermano y mi padre dirigían la empresa. Mi hermano convenció a mi padre para que transportaran droga de Colombia y blanquearan dinero de la mafia. Gracias a eso reflataron la empresa y compraron otras nuevas. En cuanto mi padre falleció y tomé las riendas de la empresa paré el negocio. Me salvé de ser destruido por los narcos pagándoles fuertes sumas, pero ahora mi empresa está saneada y quiero llegar al poder precisamente para desenmascararlos. ¿Lo entiende?

–¿Su hermano es el que montó el negocio de la droga?

–Sí, él lo hizo todo y me odia desde que le puse en un puesto simbólico y sin poder efectivo. Inés me aborrece por otras razones, es una mujer perversa y manipuladora. Me separó de Sandra, me atrajo con sus telarañas de mentiras, y ahora simplemente quiere destruirme, quedarse con mi dinero y casarse con mi hermano.

Me quedé tan sorprendido por aquellas palabras, que no supe que responder. Todo parecía encajar: era cierto que había sido manipulado desde el principio, pero no precisamente por la persona que yo imaginaba.

–Bueno, tiene el cuaderno, yo no diré nada, confíe en mí.

–Iba a traicionarme. ¿Cómo puedo confiar en usted?

–Lo que me ha contado lo cambia todo, no debe preocuparse por mí.

–Gracias –dijo Simón, después se puso en pie, dio un paso y apoyó su mano sobre mi hombro.

–He pensado que será mejor que escriba el libro en Venezuela. Mañana partiremos para Edén, allí nadie le molestará ni le interrumpirá. Cuando quiera envíe mi avión a Madrid para que traiga a Marcela.

Las palabras de Simón me dejaron helado, parecían más una orden que una sugerencia. No quería pasar los próximos meses encerrado en una mansión en medio de la selva. Me quedé callado, debía pensar bien cómo excusarme y alejarme lo antes posible de esa familia. No sabía quién tenía razón y quién mentía, pero tampoco deseaba quedarme allí para averiguarlo.

Capítulo 28. La oscuridad

En cuanto estuve a solas intenté llamar a Marcela, pero mi teléfono no tenía cobertura; el ordenador tampoco conectaba con el wifi y el fijo de al lado de mi mesilla de noche no daba señal. El señor Fajardo había decidido incomunicarme por completo, aunque lo que más temía era que trajera de España a mi amiga. Esperaba que Marcela no le hiciera caso, al menos sin hablar antes conmigo.

No sabía qué creer. El hecho de que Simón intentase retenerme no era buena señal, pero por otro lado había perdido toda su confianza al traicionarle. Inés parecía sincera, pero era cierto que él había tomado las riendas de la empresa tras la muerte de su padre. Lo que hubiera sucedido antes no era responsabilidad suya.

Me torturé durante horas, caminaba de un lado al otro de la habitación como un presidiario, hasta que me decidí a llamar al chófer para que me llevara a un lugar en Caracas. Llegué hasta la puerta, pero antes de salir, uno de los guardaespaldas me comentó que por mi propia seguridad era mejor que no saliera del recinto. Decidí dar un paseo por el jardín. Examiné bien la valla que

rodeaba la casa, era altísima, terminada en unas concertinas cortantes. Había una puerta principal de hierro de más de tres metros de altura y una trasera forrada de hierro. En cada esquina un guarda armado vigilaba el perímetro. La casa tenía más seguridad que la embajada de Cuba.

Regresé a la casa desconcertado y desanimado, me dirigí al salón para comer algo y después me fui a dormir. Esperaba conciliar al menos el sueño. Llevaba varios días durmiendo muy poco y notaba que el cansancio comenzaba a pesarme. Me desvestí y metí en la cama, pero mi cabeza no dejaba de dar vueltas. Tenía que encontrar una salida.

Escuché ruidos en la puerta y vi entrar a Inés. Me hice el dormido, pero la mujer me sacudió el brazo hasta que vio que reaccionaba.

–Javier, tiene que despertarse.

La miré con desgana. Vestía toda de negro, pantalones ajustados, camiseta y una sudadera del mismo color.

–¿Qué sucede?

–Tenemos que irnos antes de que nos mate. Lleva horas barruntando cómo deshacerse de nosotros.

–Deje de fingir, su esposo me ha contado todo.

–¿Qué le ha contado? –me preguntó extrañada.

–Lo de su amante, el propio hermano de Simón y que fue precisamente él quien orquestó lo de la distribución de droga y el blanqueo de dinero.

–¿Cómo ha podido creerle? Ya le dije que Simón es un hombre manipulador. Es cierto que la distribución de la droga la comenzó el padre de mi marido, pero este la perfeccionó. Su hermano no tuvo nada que ver, por eso le aislaron. Yo nunca me he acostado con él, somos buenos amigos. Tal vez porque somos los marginados de la familia. Él sabe que yo le di el cuaderno y aunque crea que le ha convencido, buscará la manera de deshacerse de usted en cuanto termine el libro.

–Pues haré como Sherezade, alargaré la historia cada noche para salvar mi vida al día siguiente –le contesté. Me sentía demasiado aterrorizado para pensar

con claridad.

–Tiene que reaccionar. Póngase algo oscuro, hay una manera de salir de la mansión. Llevo mucho tiempo preparando una posible fuga –dijo mientras me obligaba a vestirme.

Me puse a recoger la maleta, pero ella me apartó.

–Únicamente el pasaporte y si quiere el maletín con el ordenador. Deje el teléfono, podría localizarnos. Nos espera un coche fuera, le llevaré a la embajada y después tendrá que apañárselas solo. Cuénteles lo sucedido, en cuanto esté en España entregue todas las pruebas al CNI, ellos se las pasarán a la DEA.

Salimos de la habitación en silencio, bajamos por la escalera de servicio, no nos cruzamos con nadie, pasamos por las cocinas y llegamos a lo que parecía una despensa.

–Estas casas antiguas siempre guardan secretos. Los Fajardos siempre han sido un poco filibusteros, tenían un túnel que los llevaba a unas manzanas de aquí. Les permitía entrar y salir sin ser vistos, y también traficar con ron.

Inés apartó unas cajas y vimos una trampilla en el suelo, le ayudé a moverla, encendió una linterna y aparecieron unas escaleras llenas de polvo que descendían a lo que parecía un largo túnel. Bajamos y comenzamos a caminar. Un fuerte olor a humedad y excrementos nos acompañó durante todo el trayecto. El túnel terminaba en otra escalinata, subimos y empujamos una gran tapa de hierro disimulada en lo que parecía un parque residencial. Salimos a la fresca noche como dos buzos a punto de quedarse sin oxígeno. Nos quedamos un rato sentados, mirándonos el uno al otro, con la sensación de que habíamos logrado evitar una muerte casi segura.

Caminamos hasta un aparcamiento al aire libre, un ford grande esperaba con las luces encendidas. En cuanto entré reconocí a Mauricio.

–Es de confianza –comentó Inés–. Realmente entró a trabajar para mí hace años.

El coche se puso en marcha y nos dirigimos hacia la embajada. Las calles parecían desiertas, pero sabíamos que no era seguro moverse sin escolta a esas

horas.

Llegamos a la embajada, no era un edificio muy grande. La fachada de ladrillos rojos pasaba desapercibida, el único distintivo era el escudo de la bandera y una puerta negra. Paramos justo enfrente, Inés me agarró las manos.

–Dentro estará seguro, pida que le saquen fuera del país antes de que mi marido utilice su influencia para retenerle.

–Sí, espero salir en el primer vuelo para Madrid –le contesté con la respiración agitada.

–¡Suerte! –me dijo cuando abrí la puerta–. Tenga el número de mi celular por si tuviera algún percance.

Salí a la calle, el suelo estaba húmedo por la lluvia, llamé a la puerta mientras el coche se alejaba. Me abrió un policía, le expliqué que me encontraba en peligro y me dejó pasar al puesto de vigilancia, mientras llamaba a un superior. Cerré los ojos y di mil gracias al cielo por estar a salvo, en la embajada me sentía en suelo español, me sentía en casa.

Capítulo 29. Camino del aeropuerto

Era casi la una de la madrugada cuando se presentó el secretario del embajador, le conté lo que me había sucedido. El hombre no pareció sorprenderse, estaba acostumbrado a que en los últimos años pasaran cosas realmente increíbles en el país, sobre todo desde que el nuevo presidente había asumido el control.

–No se preocupe –me animó el secretario–, disponemos de un avión propio, le sacaremos a primera hora del país. No podremos llevarle a España directamente, no podemos estar tantas horas sin él, estamos en estado de máxima alerta y en cualquier momento se puede necesitar evacuar a los empleados de la embajada, pero le llevaremos a Santo Domingo, desde allí le transportaremos a Madrid, a última hora del día estará descansando en su casa. Le recibirá en el aeropuerto de Santo Domingo un agente de CNI que lo acompañará hasta España y allí tendrá una custodia permanente. Después le pedirán todos los

documentos que tiene sobre el caso. ¿Lo ha entendido?

–Sí, señor. Le estoy muy agradecido –le dije al borde de las lágrimas.

–Descanse un par de horas, le vendrá bien. Un coche le llevará después al avión.

Me dejaron una cama plegable y me quedé profundamente dormido. Un policía me despertó y me ofreció un café y un dulce.

–El coche nos está esperando –me comunicó. Subimos a un vehículo privado sin distintivos externos. Dentro había un conductor, le saludé, las puertas de la embajada se abrieron y el vehículo salió a toda velocidad.

Recorrimos las calles aún desiertas de la capital, tomamos la autopista y entramos en los túneles que nos llevaban al aeropuerto. Al ver el camino de vuelta sentí que llevaba toda una eternidad en Venezuela. Cuando llegamos al otro lado de las montañas ya era de día. Salimos hacia el aeropuerto, pero apenas habíamos dejado la carretera principal cuando dos gigantescos todoterrenos nos cortaron el paso. Salieron de los dos vehículos cuatro hombres armados y los policías españoles se limitaron a levantar las manos. Nos sacaron del vehículo y dispararon a las ruedas. Reconocí a uno de los sicarios de Simón, ni siquiera se habían molestado en taparse la cara.

–¡Adentro! –gritó el asaltante. Me pegó un empujón y me incrusté contra la puerta del fondo.

Los dos coches salieron de allí a toda velocidad y regresamos a Caracas. Estaba tan aterrorizado que pasé el resto del viaje en el suelo del coche, con los ojos cerrados y aún sorprendido de que se hubieran atrevido a tanto, provocando un posible enfrentamiento diplomático. Creí que me llevarían a la mansión, pero nos dirigimos a un edificio alto a medio construir. Parecía abandonado, tras una tapia cubierta de espinos, había otros coches.

Me sacaron del vehículo y me introdujeron en la planta baja. Las paredes sin pintar con el hormigón a la vista era la única decoración del edificio. A empujones me metieron en una sala y me sentaron en una silla. Después cerraron la puerta y me dejaron a solas.

Una hora más tarde escuché el quejido del pestillo oxidado y un hombre entró en la oscuridad, encendió las luces y pude verle mejor.

–Señor Dorado, lamento haberle traído en estas condiciones de vuelta a Caracas, pero por desgracia creo que no entendió lo que le pedía. Hace menos de un mes le pagué medio millón de dólares por un libro y eso es precisamente lo que va a hacer, escribir el libro, después pensaré qué hago con usted. La fulana de mi esposa aparecerá de un momento a otro, nadie deja a Simón Fajardo.

–Por favor, le prometo...

–Ya no creo en sus promesas, señor Dorado. Estará aquí hoy, para que reflexione, mañana nos iremos a Edén. Allí podrá moverse con plena libertad, tendrá tiempo para realizar su trabajo y después, si se porta bien, puede que regrese a España. Le necesitaré para promocionar el libro. No piense únicamente en usted, mis tentáculos son más largos de lo que piensa y están en todas partes. Pueden llegar a lugares que ni imagina.

Le miré confuso, aquel hombre no parecía el amable anfitrión que me había traído a Venezuela, tampoco el esposo engañado y burlado por su hermano. Era la primera vez que veía al verdadero Simón, al narcotraficante ávido de poder, que lo único que deseaba era ampliar su negocio y convertirse en el nuevo Pablo Escobar.

Cerró la puerta y me quedé de nuevo a oscuras, todo había acabado. Hasta ese momento no había comprendido que había vendido mi alma al diablo. Ya no tenía escapatoria, debía acatar sus órdenes o atenerme a las consecuencias. Me apoyé en la mesa y recordé que todas las fotos del cuaderno estaban en la nube, si Marcela las descargaba y se las entregaba al CNI, al menos mi muerte no habría sido en vano. En cuanto pudiera debía ponerme en contacto con ella.

En aquel momento me di cuenta de que la emocionante historia que había vivido en los últimos días no era real, siempre él había movido los hilos. Todos nosotros éramos marionetas en sus manos. El poder siempre sabía controlar cada detalle de la vida de gente como yo, simples peones sacrificados para que el rey ganase la partida.

Recordé a mis hijos y pensé qué hubiera sido de mi vida si no me hubiera cruzado en aquel ascensor de Buenos Aires con Simón, si no hubiera insultado al periodista en la feria y no me hubiera acostado con Marcela. Seguiría llevando a mis hijos al colegio, enfadándome con ellos cuando no hacían los deberes o no estudiaban. Bendita cotidianidad, cuánto la echaba de menos.

Capítulo 30. Perros en la noche

A medianoche comencé a temblar. Estaba helado, era la primera vez que había sentido esa sensación en Venezuela, pero imaginaba que era una mezcla de debilidad, temor y la humedad que había en aquel cuartucho de mala muerte. Me levanté y caminé un poco para entrar en calor, estaba hambriento y sediento, pero sobre todo sentía un fuerte dolor de cabeza. Me acerqué a la puerta y pegué el oído. No se escuchaba nada, giré el pomo de la puerta y, para mi sorpresa, este giró sin ninguna dificultad, abrí con cuidado y miré a ambos lados. El pasillo estaba débilmente iluminado, no había ni rastro de mis captores. Dudé antes de salir, no quería empeorar aún más mi situación, tampoco sabía por dónde se encontraba la salida. La llegada había sido tan traumática que no recordaba apenas nada.

Caminé agachado hacia uno de los lados, recorrí un largo pasillo y después vi unas escaleras que llevaba a un gran patio circular. Miré desde la altura de un par de pisos, abajo se acumulaban excrementos y todo tipo de basuras. Rodeé la estructura hasta lo que parecía unos apartamentos a medio construir, me asomé a una de las ventanas sin cristales y vi que la altura era de más de tres pisos, pero pegado a la fachada había un tubo grueso sujeto a la pared. Salí con cuidado, me abracé al tubo metálico y comencé a descender lentamente. Uno de los pies se me escurrió y por unos segundos quedé suspendido, agarrado con una sola mano. Logré asirme de nuevo y continué el descenso, tras diez largos minutos llegué al suelo. La calle estaba a oscuras, parecía un antiguo proyecto de zona de oficinas abandonado. Caminé hasta la

calle principal, las farolas apenas clareaban un poco la acera. Al final opté por ir al norte, esperando llegar a una zona más conocida de la ciudad.

Tras casi una hora de pesada caminata me encontraba cansado y tan perdido como antes. Sin darme cuenta me estaba alejando del centro y acercándome a los cerros, precisamente a una de las zonas más peligrosas de Caracas llamada Petare, un enjambre de casas próximo a una de las zonas más caras de la ciudad: la Urbanización Miranda.

Las calles estaban desiertas, sucias y las únicas luces que brillaban eran la de algunos de los ranchitos. Los trabajadores se preparaban para su larga jornada, mientras yo intentaba encontrar alguna manera de comunicarme con Marcela.

Subí por una de las calles que parecía más arreglada y me encontré de frente con cuatro perros callejeros, en cuanto me vieron se giraron hacia mí y comenzaron a gruñir. No sabía cómo reaccionar. Correr no era una buena idea, pero poco a poco se acercaban enseñándome los dientes con las patas tensas, preparados para saltar sobre mí. Miré a uno de los lados y observé una valla que llevaba hasta un edificio cercano. Pegué un salto justo cuando el primero de los perros se lanzaba a mis piernas. Sentí la dentellada rozándome el tobillo. Los cuatro me rodearon y comenzaron a ladrar. La valla no era muy alta y con sus saltos me alcanzaban los zapatos, intentaba echarles a patadas, pero era muy difícil mantener el equilibrio.

Unos hombres bajaron caminando por una de las calles, los perros se quedaron parados al verlos y salieron corriendo. Me senté en la valla y respiré algo más tranquilo.

—¿Qué hace a estas horas por aquí? —preguntó el mayor, aunque la mayoría no debía pasar los diecisiete o dieciocho años.

—Estoy perdido. ¿Me dejarían hacer una llamada?

El más moreno se echó a reír y dijo a sus compañeros:

—Es un españolito. ¿Qué se le ha perdido en Petare?

—Es largo de contar, si me dejan hacer una llamada, prometo enviarles

unos dólares en agradecimiento –les dije, intentando persuadirles de que me ayudasen.

–¿Unos dólares? Tenemos caras de mendigos. Vienen los extranjeros con sus dólares y piensan que todos los venezolanos somos unos muertos de hambre. Qué cabrón el gallego –dijo el mayor. Después sacó una pistola y me apuntó desde abajo.

Me quedé paralizado, no sabía cómo reaccionar. Levanté las manos para que se calmasen un poco.

–No hace falta eso –dije señalando el arma.

–No te gusta mi fusca. Pues baja de la valla.

Miré a mi espalda, parecía el patio de una casa.

–Tranquilo –dije inclinándome a un lado y antes de que pudiera reaccionar me lancé al patio. Los tipos comenzaron a subir la valla y yo salté otra tapia y caí en otro pequeño patio, un perro corrió hacia mí, pero logré subirme a un tejadillo y correr sobre las planchas de zinc. Escuché un par de disparos pero no me giré, tenía que esconderme en algún sitio. A lo lejos había un colegio. La valla era muy alta, pero en mi desesperación me lancé contra ella, la escalé, me corté las manos con la alambrada, pero logré caer en el otro lado, después me escondí en unos soportales. Escuché voces que maldecían al otro lado, pero no me habían visto entrar. Me quedé agazapado en las sombras y de alguna manera me quedé dormido.

Las voces de los niños por la mañana entrando a la escuela me despertaron. Miré mi ropa sucia y las mangas de la camisa rotas y ensangrentada. No quería pensar en el aspecto que tenía, pero imaginé que por el día las calles serían más seguras.

Podía dirigirme a la embajada de España, pero estaba casi convencido de que me esperarían allí, lo más lógico era llamar a Marcela, para que contactara con alguien que me ayudara en el país. Pero ¿dónde podía encontrar un teléfono?

Miré por una de las ventanas del edificio y vi las oficinas del centro, me dirigí hasta la puerta. Un hombre vestido con uniforme me detuvo.

–¿Dónde cree que va? –me preguntó con el ceño fruncido.

–Necesito hacer una llamada –le contesté.

–Esto no es un locutorio –dijo sacando un arma del cinto.

–Tranquilo. Me han asaltado y quería pedir ayuda.

El guarda me miró desconfiado, después tomó una radio y se comunicó con alguien. A los pocos minutos un sacerdote católico vino hasta la puerta.

–¡Dios mío! ¿Quién es usted? –me preguntó con acento gallego.

Al escuchar sus palabras me tranquilicé un poco.

–Soy Javier Dorado, español, me han secuestrado, pero he conseguido liberarme, necesito hacer una llamada.

–Sí, claro. Pase –dijo abriéndome la puerta del centro.

Me llevó hasta una de las oficinas y me pidió que me sentase.

–Está herido –comentó señalando mi brazo.

–No es nada. Me encuentro bien.

En ese momento me sentía tan bloqueado y agotado que no lograba recordar el teléfono de Marcela. Miré mis pantalones, pero me había quitado la cartera, entonces toqué un pequeño trozo de papel, era el teléfono de Inés. Marqué el número y esperé.

–¿Quién es? –preguntó una voz femenina.

–Soy Javier Dorado, necesito su ayuda.

–¿Aún está en Caracas? –me preguntó extrañada.

–Sí y estoy en peligro.

Capítulo 31. El opositor

Mauricio me recogió una hora más tarde. Llevaba un coche discreto para no llamar la atención. Me pidió que me pusiera en la parte de atrás, para que con los cristales tintados no se me viera desde ningún ángulo. Llegamos a una urbanización a las afueras de la ciudad, parecía tener unas medidas de seguridad excepcionales. Llegamos a una casa baja, con un amplio jardín y repleta de

flores. Un hombre armado nos recibió y me cacheó antes de dejarme entrar en el salón.

Inés se encontraba de pie, con un cigarrillo en la mano y parecía nerviosa, como si el descubrir que yo seguía en Venezuela hubiera frustrado sus planes.

–Lamento verle en el país. Eso significa que las cosas no han salido como esperábamos. Nuestra vida no vale nada en este momento. En el caso de que Simón nos encuentre nos pegará un tiro en la cabeza y dirá a la policía que alguien nos asaltó en la calle.

–Me sacaron del coche en marcha, me dirigía al aeropuerto, no le importó atemorizar a la policía española y provocar un problema diplomático –le dije nervioso. Al fin y al cabo, yo era el más afectado por ese asunto.

–No pensé que Simón llegase a tanto, está más desesperado de lo que imaginaba, aunque es normal, ya veía tan cerca su sueño de convertirse en presidente.

–Todo esto es una locura –le dije desesperado. Me encontraba sin fuerzas, aterrorizado y confuso. Las últimas horas habían sido terribles y aún seguía en Caracas.

–Le sacaremos del país. De hecho, yo también tengo que irme cuanto antes. Tengo unos amigos que nos facilitarán la huida. Deje que haga unas llamadas y en unas horas pondremos en marcha un nuevo plan –me dijo mientras tomaba un teléfono–. Ahora descanse, necesita una ducha, ropa limpia, dormir un poco y comer.

Aquellas palabras me sonaron a música celestial. Después llamaría a Marcela, esperaba que no se preocupase, pero me encontraba exhausto.

Tras asearme y cambiarme me eché un rato. Me desperté a última hora de la tarde, fuera apenas quedaba luz. Estaba hambriento. La cocinera había preparado un plato de pasta que devoré en cuanto me lo pusieron delante. Cuando hube terminado Inés vino a verme al comedor.

–Bueno, creo que lo he conseguido. Nos verá un miembro importante de la oposición. Si alguien puede sacarnos de Venezuela son ellos. Llevan años

teniendo que trabajar en la clandestinidad. Había pensado en contactar con la DEA, pero nos obligarían a ir con ellos a Estados Unidos y nos convertirían en testigos protegidos. ¿Sabe lo que hacen con los testigos? Los llevan a los lugares más remotos de los Estados Unidos y les dan una vida de mierda, para que comiencen de cero.

–Estoy de acuerdo, pero lo que deseo es salir de Venezuela cuanto antes – le dije mientras tomaba un café cargado.

–No hemos podido hablar mucho por teléfono. Es muy peligroso, pero me ha asegurado que nos sacarán de inmediato.

Fuimos al salón y esperamos impacientes al representante de la oposición. Inés no dejaba de fumar y al final le pedí un cigarrillo, pensé que al menos me calmaría un poco los nervios.

–¿Qué le contó Simón? ¿Le dijo que todo lo que le había dicho era mentira?

Me sorprendió la pregunta y al principio no supe qué responder. Su marido había dicho barbaridades sobre ella.

–Bueno, me comentó que todo lo del tráfico de drogas era mentira, que él no lo había organizado, que cuando tomó las riendas de las empresas era una práctica muy común. Que lo único que había hecho era impedir el blanqueo de dinero y el transporte, pero que usted y su hermano planeaban destruirle porque eran amantes.

Inés se quedó pensativa. No sé si por las palabras de su esposo o por sentirse en parte descubierta.

–¡Qué locura! –gritó un poco teatralmente, como si intentase reafirmar sus palabras con gestos y aspavientos.

–Eso pensé yo –comenté, aunque tenía mis dudas. Inés parecía una mujer despechada, capaz de hacer cualquier cosa para castigar a su marido.

Escuchamos el timbre de la puerta, el vigilante hizo pasar a un hombre de casi sesenta años, pelo algo cano y aspecto europeo. Llevaba gafas finas y vestía informalmente.

–Señora –dijo saludando educadamente a la mujer. Después me miró extrañado, como si no entendiese qué hacía aquí.

–Este es el señor Javier Dorado, es un famoso escritor español. Está encerrado en el país por descubrir una trama de corrupción política sin precedentes. Tiene pruebas que demuestran la relación del chavismo con el narcotráfico internacional.

El hombre me escrutó con la mirada, después me extendió la mano y me dijo:

–¿Español? Mis abuelos eran españoles de Santander, encantado de conocerle. Siento que haya venido a mi país en estas circunstancias.

Nos dimos la mano y se sentó justo en frente, cruzó las piernas y tomó un cafelito, mientras Inés le explicaba lo sucedido.

–Increíble, estas son las pruebas que llevamos años esperando.

–En los papeles hay ministros, altos cargos de la petrolera, miembros del partido y hasta el anterior presidente –le comenté.

–No me extraña nada de lo que me dice. Esta carrera ha sido muy larga, pero pronto llegará a su fin. Yo fui de los primeros en oponerme a Chávez, cuando todavía algunos creían que regeneraría el país. Desde que vi su cara en el intento de golpe de estado militar, ya no se me quitó de la cabeza. Un tipo megalómano que tiene lo peor de nuestra cultura: palabrería, bravuconería y picardía.

–Les estamos dando las herramientas, pero tenemos que llegar a Colombia o mejor a Miami. El gobierno tiene tentáculos en todas partes –dijo Inés.

–Acabamos de sacar al señor Antonio Ledezma, ya no podía soportar la situación de presión del gobierno. ¿Vieron cómo lo sacaron en *piyama* de su propio domicilio hace unos meses? Lo que se está haciendo a los presos políticos es vergonzoso. Lo que me sorprende es que haya un partido en su país que lo defienda –comentó dirigiéndose a mí.

–Las cosas se ven de forma distinta desde España. La realidad venezolana es muy compleja. Durante mucho tiempo parte de la izquierda ha defendido el

régimen de Fidel Casto y han visto en Chávez su discípulo. Las desigualdades en América son terribles y muchos piensan que la revolución es la única alternativa –le contesté. Era consciente de que Chávez les había ofrecido a millones de venezolanos la oportunidad de ascender socialmente, de tener una vivienda digna, educación y sanidad gratuita.

–Es cierto, a veces esa ha sido nuestra gran debilidad. Queríamos echar al dictador, pero nos olvidamos de que había millones de personas que se beneficiaban de sus medidas. Si lo hacía por amor a ellas o por simple cálculo político, no importa –dijo Inés, que en algunos aspectos sí veía bien el sistema de protección del gobierno.

–Esa visión no era suya. Carlos Andrés Pérez se presentó a las elecciones de 1989 con un programa social, ya saben que era un político socialdemócrata. Carlos Andrés soñaba que el milagro español podía producirse también en Venezuela, pero la crisis de 1992 terminó con ese sueño. La represión que utilizó contra el pueblo fue salvaje e innecesaria. El viernes negro y el caracazo terminaron con ese proyecto. Chávez se aprovechó de la benevolencia del gobierno para salir de la cárcel y organizar su partido político. Algunos sabíamos de sus contactos con las FARC, el gobierno de Fidel Castro y la extrema izquierda en América.

–Eso no era ningún secreto –dijo Inés.

–El cambio de constitución fue su primer paso a la dictadura. Era cierto que la de 1961 no había logrado parar la corrupción, pero había traído prosperidad y una enorme estabilidad al país. La llegada al poder de Chávez pilló a una sociedad poco politizada, una clase media que miró para otro lado o apoyó las reformas de Chávez, pero las mega elecciones de 2000 le quitaron la máscara al presidente. Cuando se hizo con el parlamento, el ejecutivo y la mayoría de las gobernaciones, intentó acallar a la prensa y controlar a la judicatura. Un plan maestro, muy parecido al de Hitler en Alemania. Destruir el sistema desde dentro y de manera democrática –dijo el hombre, que parecía extasiado por su discurso.

–Pero lo peor que hicieron fue el golpe de estado de 2002, con él le convirtieron en un mártir –comentó Inés.

–Yo no estaba de acuerdo, aunque no puedo negar que sabía algo. Fue ruido de sables, algunos militares vieron que Chávez quería todo el poder para él y lo desafiaron. La Iglesia católica y los militares encabezaron el golpe. Entonces los cubanos tomaron el control y nos tienen secuestrado el país.

–También perdieron el referéndum revocatorio de 2004, las presidenciales de 2006 y las últimas de 2013. Siempre les ha sucedido lo mismo: las ansias de poder, la falta de unidad y de visión de Estado –se quejó Inés.

–Ahora todo eso ha cambiado. El país está en la ruina y el Estado podrido por dentro. El presidente no sabe ni puede gobernar y el pueblo ha probado las mieles del socialismo soviético a la cubana, de menú diario de frijoles y arroz, no hay ni para arepas.

–Les estamos ofreciendo una oportunidad de oro. Las pruebas de que la mayor parte del actual gobierno y parte del ejército están vinculados con el narcotráfico. Recuerde lo que sucedió con el general Noriega en Panamá, cuando se descubrió su relación con el blanqueo de dinero y el narcotráfico: Estados Unidos tendría carta blanca para intervenir –dijo Inés.

–Aunque eso no es lo mejor que puede pasarle a su país –añadí. No me gustaba la política de los Estados Unidos en América, además de apoyar a numerosas dictaduras en los siglos XIX y XX, había atacado o asaltado países a su antojo con la excusa de la libertad o simplemente para satisfacer sus intereses nacionales.

–Los chavistas son unos paranoicos, el presidente Maduro ha anunciado cada año un magnicidio diferente. La imagen de victima saca siempre mucho rédito político –contestó.

–Bueno, la propuesta que le hacemos es la siguiente. Nos facilita identidades falsas para salir del país, un medio de transporte, protección y ayuda del gobierno de Colombia o Estados Unidos. Entonces les entregaremos un

acceso a una nube en la que están las imágenes y pruebas que les comentamos. Necesitamos todo esto en veinticuatro horas, no tenemos mucho tiempo –le comentó Inés.

–Lo tendrán en el plazo que pidan. Mañana los trasladaremos a un lugar más seguro, después prepararemos todo para su huida a Colombia.

–Gracias –dijo Inés poniéndose en pie.

–Gracias a ustedes por salvar a Venezuela –contestó de manera solemne el opositor.

Nos despedimos en el salón, pero apenas había cerrado la puerta la visita, Inés comenzó a despotricar contra él y todos sus socios.

–No estoy segura de que esta gente gobierne mejor Venezuela que Chávez. Lo hicieron durante casi ciento cincuenta años y lo único que consiguieron fue desigualdad y violencia.

–Puede que se consiga una transición como la española –comenté, intentando ser algo más optimista.

–No lo entiende, aquí nunca sucederá nada parecido. Este país es pendular, los pobres han tenido su hora, la oligarquía devolverá el golpe con toda su fuerza. ¿Qué cree que pasará en Cuba cuando el régimen caiga? Lo mismo.

Las palabras de Inés me entristecieron. A veces los pueblos eran sus peores enemigos. Algunas naciones únicamente sabían autodestruirse para regocijo y beneficio de otras. España había logrado romper ese círculo vicioso de odio y revancha, pero últimamente parecía hundirse en el abismo de las viejas heridas causadas por la Guerra Civil, el cuestionamiento de la democracia, la transición y los logros de los últimos cuarenta años.

Inés parecía nerviosa, no confiaba en nadie y temía que las cosas se torcieran en cualquier momento. Miró el reloj varias veces y al final se puso en pie y miró por la ventana del salón. La urbanización era muy tranquila, no se escuchaba nada, únicamente el sonido de algunos grillos cerca de la piscina.

La mujer me sirvió una copa de ponche, agradecí anestesiar un poco la conciencia, pero apenas habíamos dado dos sorbos, cuando alguien nos avisó de

un movimiento sospechoso.

–Escóndase aquí –me dijo tocando un mecanismo que abría un fragmento de la estantería. Entré en el minúsculo zulo y lo cerró de inmediato. Me quedé a oscuras, con el corazón acelerado y la sensación de estar dentro de mi propio ataúd.

Capítulo 32. A un centímetro de mi muerte

Escuché ruidos y me puse rígido, como si alguien pudiera verme oculto detrás de una pared, una pesada estantería y dos capas de libros. Parecía que varios hombres golpeaban muebles y obligaban a la gente a ponerse justo delante de la gran estantería. Al final se hizo un largo silencio hasta que se escucharon unas pisadas que se detuvieron delante de la estantería.

–Llevaos a esos –dijo la voz de Simón, que reconocí de inmediato.

Forcejeos y de nuevo silencio.

–Hola Inés. ¿Pensabas que no te encontraría?

No hubo respuesta.

–Precisamente dejamos escapar a Javier para que nos llevara hasta ti, de esa manera matábamos dos pájaros de un tiro, nunca mejor dicho. ¿Dónde está el gallego? –preguntó casi a gritos.

–Está lejos. Ya no podrás atraparlo.

–No creo nada de lo que dices. Mis hombres no le han visto dejar la urbanización.

–Se lo ha llevado la visita que acaba de estar en casa –contestó Inés, que parecía no tener ningún miedo a su marido.

–Eres una mentirosa compulsiva y una mala zorra. Primero lo pones contra mí, sacas toda esa basura del narcotráfico, aun sabiendo que lo comenzó mi hermano, yo simplemente lo perfeccioné. Aunque tu peor traición fue acostarte con él. ¿Por qué lo hiciste? ¿Tanto me odias?

–Te odio con toda mi alma. Eres un ser egoísta que destruye todo lo que

toca. Lo has hecho con nuestra familia y ahora lo harás con todo el país.

–Hubo un tiempo en el que hubiera dejado todo por ti. Quería ser un artista, no un empresario o un político, pero ya es demasiado tarde. A veces la vida te lleva a sitios inesperados.

–¿Como a la cama de Sandra? –preguntó Inés, como si esa fuera una de las principales razones para su traición.

–Siempre habéis competido por todo. Fuiste tú la que me separaste de ella, no al revés. Es cierto que intentamos volver a estar juntos, pero no funcionó, somos solo socios. ¿Por eso has hecho todo esto?

El silencio volvió a reinar durante unos segundos interminables, después escuché un forcejeo.

–Le cazaré vivo, aún quiero ese maldito libro. Le hice un encargo y lo cumplirá, después ya pensaré lo que hago con él, pero a ti ya no te necesito. En el fondo eres mi única debilidad, nada me importa, ya he dejado todo lo que me unía a este mundo, a la felicidad. Lo último que me queda es alcanzar el poder, hacerme el hombre fuerte de Venezuela, nunca tendré una oportunidad como esta.

–La oportunidad de los mediocres.

–La oportunidad de los audaces –dijo Simón. Después se alejó unos pasos.

–¿Vas a matarme? No tienes agallas para hacerlo tú mismo.

–¿Dónde está Javier?

–Ya te lo he dicho, camino de España con toda la información. Nunca serás presidente de Venezuela –dijo Inés con desprecio.

–Eso ya lo veremos. Dime dónde está, no querrás que haga daño a tu madre.

–Es una anciana a la que ya no le queda mucho. No a todos le puedes arrebatar su dignidad, su familia o su vida, como hiciste con tantos otros.

–No te lo preguntaré más veces. Lo encontraré con tu ayuda o sin ella.

–¡Vete a la mierda, cabrón! Eso es lo que eres, un cornudo de mierda – gritó Inés.

Escuché los primeros disparos tan cerca que me tuve que examinar para comprobar que no me habían alcanzado. Después el olor a pólvora lo invadió todo por un momento. Una segunda ráfaga quebró el silencio y sentí que algo me rozaba la mejilla, después una quemazón, como si algo muy caliente me hubiera pasado rozando la cara.

–¡Señor, no está en la casa!

–Mierda, pues vámonos antes de que avisen a la policía –dijo Simón.

Unos pasos dejaron el salón y el silencio que le siguió no me tranquilizó demasiado. Estaba encerrado en un pequeño zulo sin aire, la única persona que sabía que estaba allí se encontraba muerta. Morir enterrado en vida siempre había sido una de mis peores pesadillas y parecía que estaba a punto de cumplirse. Respiré hondo e intenté relajarme para no agotar el oxígeno, pero fue inútil, el cuerpo parecía fuera de control y mi mente únicamente pensaba en una cosa. Quería salir de allí, aunque cayera en las manos de Simón. Al menos capturado por él aún seguiría vivo.

Capítulo 33. Mauricio

Aquellos minutos se me hicieron eternos. El silencio parecía ir robándome poco a poco el aire, la mejilla me dolía cada vez más y decidí comenzar a gritar. Al menos intentaría que alguien me escuchase, antes de morir emparedado. Me quedé sin voz, con la garganta desgarrada y fatigado, estaba perdiendo la esperanza cuando escuché ruidos, después un chasquido y la estantería se abrió. Al principio la luz me cegó y no pude ver bien, pero después me di cuenta de que tenía enfrente a Mauricio, el chófer de Inés.

–Tenemos que irnos ya –dijo apremiándome, pero tenía el cuerpo totalmente agarrotado. Me ayudó a salir y llegamos hasta su coche. Justo cuando salíamos de la urbanización vimos las luces de la policía, que se acercaba hasta la casa.

–Por poco –dijo el hombre.

Su rostro a media luz no disimulaba su miedo y su dolor. Llevaba mucho tiempo al servicio de Inés y, aunque sin duda sabía que cualquier cosa podía suceder, verla tendida en el suelo, con los ojos abiertos y su sangre rodeando su cuerpo frío y pálido, le debió destrozar el alma.

El hombre comenzó a llorar, se quitaba las lágrimas de los ojos para poder conducir, justo en el momento que comenzó a llover de manera torrencial.

–¿A dónde vamos? –le pregunté.

–Será mejor que no lo sepa.

–¿Por qué?

–No lo entendería. En cierto modo, yo tampoco sé muy bien lo que estoy haciendo. Ya no tengo familia, todos murieron en un incendio hace años, Inés era lo único que se parecía a una familia.

Miré al frente, las luces de Caracas se desfiguraban bajo la intensa cortina de agua, la lluvia comenzaba a inundarlo todo y nuestro coche parecía abrir un mar de barro a medida que avanzaba por la carretera.

Salimos y nos dirigimos a un barrio de clase media. Los vecinos habían cortado la calle y puesto una garita para protegerse de la oleada de robos y secuestros. La zona debió ser en otra época tranquila, un buen lugar para criar a los hijos. Entramos en la calle y aparcamos cerca de uno de los portales. Subimos por el ascensor y Mauricio llamó a una puerta. Tardaron un buen rato en acudir, pero al final un hombre moreno, de aspecto italiano y grandes ojos verdes nos abrió, después miró discretamente al rellano y nos hizo un gesto para que entrásemos.

El mobiliario parecía anticuado, aunque de buena calidad, como si aquel hombre hubiera vivido etapas mejores. Nos llevó a un salón y desapareció durante un buen rato. Cuando volvió a entrar llevaba una cafetera en la mano y varias tazas. Nos sirvió el café y se sentó en una silla algo desportillada.

–Gracias por recibirnos –dijo Mauricio que hasta ese momento no había cruzado palabra con el hombre.

–Lo que me piden es muy peligroso, ya se lo comenté por teléfono.

Conseguir papeles en regla es fácil, pero atravesar la frontera colombiana es cada día más peligroso. Mucho más para un español prófugo –comentó el hombre.

–¿Un español prófugo? –le pregunté confuso.

–¿No han visto las noticias?

El hombre prendió la televisión y buscó VTV, en ese momento estaban dando un avance de noticias. Mi rostro salía en los noticiarios, debajo se veía un cartel de “Se Busca” y una recompensa.

“El famoso escritor español Javier Dorado se encuentra en busca y captura acusado del asesinato de Inés Fajardo, esposa del famoso multimillonario Simón Fajardo. Se desconoce el motivo del crimen, pero se apunta a un crimen pasional”.

Me quedé lívido, esos malditos asesinos me habían acusado de matar a Inés. Eso complicaba mucho más las cosas. Mi cara estaba en todas las noticias y también aparecería en todos los periódicos matinales.

Mauricio me miró algo nervioso, pero después recuperó la calma y le dijo a su amigo.

–Giovanni no me jodas, acaba de salir por Colombia el exalcalde de Caracas, uno de los miembros de la oposición más conocidos del país y no vamos a poder sacar al gallego.

El hombre me escrutó despacio, salió del salón y regresó con unas gafas, una peluca morena y unas lentillas de colores. Después de caracterizarme me giró el rostro hacia Mauricio.

–Ahora sí.

Me hizo varias fotos delante de un fondo claro, después se fue a su pequeño laboratorio y media hora más tarde ya tenía pasaporte y todos los documentos necesarios.

–Cuando lleguen a Colombia acudan directamente al consulado, hay muchos espías venezolanos en el país.

–Gracias –dijo Mauricio a su amigo.

–No se marchen, tienen que esperar a que esté más oscuro; les frío unas arepas que me trajo ayer mi hija y después se marchan con la tripita llena.

Una de las cosas que me llevaba de Venezuela, a pesar de la tensión de los últimos días, era la tremenda amabilidad de sus habitantes.

Nos sentamos en una mesa redonda al lado de una terracita, miré el cielo encapotado y la lluvia que caía sobre la ciudad.

–Giovanni era uno de los chavistas más convencidos del país –dijo Mauricio mientras comía con verdadero gusto las arepas.

–Bueno, muchos lo éramos, hasta que las cosas se comenzaron a torcer. Muchos creímos que Hugo Chávez quería cambiar el país y terminar con la injusticia, la corrupción y la pobreza. Yo pensé que usaría el modelo español, pero terminó usando el cubano. Entiendo que esto no es Europa, que las desigualdades de Venezuela eran más profundas que las de España, pero todo ese petróleo regalado y la corrupción hubieran dado para dar un vuelco al país y convertirlo en una nación próspera –comentó el hombre.

–Giovanni vino de Italia hace cincuenta años, como muchos emigrantes. Abrió un negocio de pintura, le fue muy bien y montó una pequeña franquicia, pero la crisis de los noventa hundió el negocio y perdió casi todo. Le secuestraron un hijo, logró pagar el rescate, pero lo mataron. Chávez prometió más seguridad, justicia y prosperidad. Este hombre ayudó en las primeras elecciones, ha trabajado en varios ministerios y se ha dado a la causa, pero ha visto muchas cosas –dijo Mauricio posando su mano sobre el hombro de nuestro anfitrión.

–Me nombraron secretario de exportación, llevaba toda el área de productos que se vendían en el extranjero, la verdad es que ya no producimos casi nada y lo poco que hacemos todavía en Venezuela está controlado por el Estado en la distribución. Ahora el único producto que exportamos de forma masiva es la droga –dijo el hombre echándose a llorar.

–Su hijo secuestrado tuvo un problema de tráfico. Al parecer se enganchó a la cocaína y dejó a deber un dinero a unos traficantes –me explicó Mauricio.

El hombre se sacó un pañuelo y comenzó a secarse las lágrimas. Logró calmarse un poco y con un hilo de voz comentó:

–Durante años gestioné los vuelos de empresas de exportación. Comencé a sospechar en 2008, salían aviones de poco tonelaje a las islas Vírgenes británicas con palmito o banana, también a Haití y República Dominicana, aunque el grueso iba para Honduras y algunos para Belice y Guatemala.

–Pero ¿no había tráfico de droga antes de Chávez? –le pregunté extrañado. No creía que teniendo tan próximo a Venezuela, los narcos no hubieran utilizado el país como base para dar salida a la droga, sobre todo en los años más duros de persecución del Estado colombiano y la DEA.

–Desde los setenta trabajaron algunos clanes en Venezuela, como el de los Cuntrera-Caruana, que en los setenta se trasladó aquí, compró varios hoteles y abrió negocios en Caracas para blanquear su dinero. Estos italianos traían la droga de Colombia, tenían una finca fronteriza con el país y la usaban para introducir la droga. Aunque el negocio comenzó a lo grande tras el acuerdo de Chávez con las FARC. Desde los noventa el ejército estaría involucrado en el transporte de droga, el famoso cartel de los Soles. Hay numerosas pruebas, como las 31 maletas localizadas en un vuelo a París, que trasportaban personal que pertenecía a la Guardia Nacional. También está el caso de un comandante de la Guardia Nacional detenido en Valencia con 554 kilos de cocaína y el caso famoso de los sobrinos del presidente Maduro, a los que se encontró 800 kilos.

–Pero eso no quiere decir que todo el gobierno esté involucrado o que el ejército esté corrupto –le comenté. Siempre dudaba de ese tipo de generalizaciones.

–El jefe de seguridad de Hugo Chávez, Leasmsy Salazar, acusó a Diosdado Cabello de ser el jefe del cartel de los Soles. También se ha involucrado a Tarek EL Aissami y a José David Cabello.

Mauricio se puso en pie, como si la conversación comenzara a ponerle nervioso.

–Tenemos que irnos –me dijo muy serio.

–La corrupción es generalizada. Se ha acusado a Hugo Carvajal, el exjefe de inteligencia militar, o Yazenky Lamas, el expiloto de la primera Dama Cilia Flores. El gobierno no puede desconocer lo que sucede y si lo hace es un gobierno inútil y debe ser depuesto. Ahora buena parte del movimiento de drogas lo hace el patrón de Mauricio, el señor Fajardo, pero en el fondo los jefes siguen siendo los militares.

Me puse en pie, me vi por un instante en el espejo y me sorprendió que apenas me reconocí con la peluca, las lentillas y las gafas.

–Les deseo mucha suerte. Esa gente no suelta con facilidad una presa, yo ya estoy jubilado, pero a veces noto que me hacen seguimientos, saben que conozco muchos de sus negocios turbios. Cualquiera día de estos me pegarán un tiro.

Nos dirigimos a la puerta y salimos en silencio, evitamos el ascensor y bajamos por las escaleras, logramos salir de la urbanización sin ser vistos.

–¿Qué haremos ahora? –pregunté a Mauricio.

–Media Caracas le está buscando. No podemos utilizar las carreteras principales. Iremos por la costa hasta Valencia, pero después daremos un rodeo hasta Puerto de Santander, desde allí iremos a Barranquilla para pedir sus papeles. Esperemos que el gobierno de Colombia nos brinde su ayuda –comentó el chófer.

Salimos a la carretera debajo de un fuerte aguacero. Las calles estaban desiertas, pero el tráfico era denso y muy lento. A cada paso temía que nos parara un control y termináramos en alguna comisaria o un cuartel de la Guardia Nacional. Cuando dejamos Caracas atrás respiré tranquilo. Esperaba que esta vez lograra escapar de las manos de Fajardo y sus hombres. Ahora había una acusación de asesinato sobre mi cabeza, si me atrapaban podrían tirotearme aludiendo que me había intentado resistir o encerrarme en una terrible cárcel del país de por vida, lo que era como firmar una sentencia de muerte prolongada en el tiempo.

Capítulo 34. Camino a la libertad

Viajamos todo el día, pero no encontramos ningún tipo de control policial. Paramos dos veces para echar carburante y comer unos bocadillos pequeños en una cantina al pie de la carretera. Cuando llegamos a Cordero ya era noche cerrada. Estábamos cerca de San Cristóbal, la última gran ciudad antes de llegar a la frontera. Mauricio llamó por su celular al contacto que nos habían dado, un tal Teobaldo, un tipo acostumbrado a pasar gente al otro lado, sobre todo en los tiempos que corrían, con miles de venezolanos y muchos cubanos intentando escapar del régimen chavista.

Teobaldo nos recibió en su casa, una modesta vivienda a la entrada de San Cristóbal, guardó el coche en un garaje de chapas de zinc y nos invitó a tomar un refresco y descansar un poco. Viendo cómo vivía estaba claro que el paso de gente por la frontera no le dejaba mucho dinero. Tampoco era fácil mantener a una familia de cinco hijos, tal y como nos contó mientras cenábamos algo. Sus niños ya estaban dormidos y su esposa únicamente apareció para ponernos unas mandocas con guasacaca y unas natillas caseras de postre.

—¿A qué hora es mejor pasar? —preguntó Mauricio al hombre. Él también pensaba pasarse a Colombia. En Venezuela lo único que le esperaba era un tiro en la nuca en cualquier esquina.

—A ninguna hora, compadre. La vigilancia no es muy buena, pero los soldados cobran por paso. Saben que la gente se va ilegalmente, pero a ellos lo único que les preocupa es sacarse unos bolívares. El país está hecho una ruina y ellos cobran una miseria. Como siempre, el problema de Venezuela es la miseria, es muy difícil ser honrado cuando uno es muy pobre —dijo el hombre de rostro indígena, su pelo negro y largo le cubría media cara.

—Entonces, ¿todo depende del precio? —le pregunté.

—Sí, señor.

Guardábamos algo de dinero, habíamos tomado varios fajos de la casa de Inés, al parecer a los esbirros de Simón no les importaba lo que se había llevado

su esposa.

–Pues eso no tiene que ser problema –le contesté.

Mauricio me hizo un gesto con la cara para que me callase.

–Hay varias maneras, por el paso fronterizo, vadeando el río, aunque la mayoría prefiere el puente internacional Simón Bolívar –dijo el hombre mientras se tomaba las natillas.

–Vamos por el puente, tenemos papeles legales, le daremos la mitad ahora y la otra mitad cuando estemos en el lugar convenido.

El hombre afirmó con la cabeza y nos ofreció una habitación pequeña para dormir, pero escogimos hacerlo en el coche. En cuanto estuvimos solos Mauricio me mostró su enfado.

–¿Cómo se le ocurre decir a un contrabandista que tenemos mucho dinero? Esta región está repleta de cadáveres de gente como usted. Los dejan cerca de la frontera abandonados, los asaltan o directamente los matan.

–Lo siento –le contesté.

–Decidí traerle hasta aquí por la señora doña Inés, pero ella ya está muerta. Usted me daba pena, no quiero que Fajardo termine también con usted. Además quiere librarse de su homicidio acusándole de haber asesinado a su esposa. Este cabrón es el mismo diablo.

–Ya estamos cerca, lo conseguiremos.

–Si es usted creyente, pase toda la noche rezando, aún al otro lado no estaremos a salvo hasta Barranquilla.

Me tumbé en la parte de atrás del coche, me tapé con la chaqueta e intenté dormir. No podía descansar, por mi mente no dejaban de pasar las escenas de la muerte de Inés, mi intento de escapar y el miedo a caer en manos de la policía.

A las tres de la madrugada me logré dormir, pero el hombre nos vino a avisar antes de que amaneciese. Salimos en una furgoneta blanca algo destartada. Mauricio se sentó al lado y yo en la parte de atrás. Nos dirigíamos a San Antonio de Táchira, el puente a esas horas todavía estaba tranquilo o al menos eso nos dijo el hombre. Eran poco más de tres horas de viaje, llevábamos

más de dos horas y media cuando el vehículo comenzó a dar tirones.

–¡Maldita sea! –gritó el hombre golpeando el salpicadero.

–¿Qué pasa, compadre? –preguntó Mauricio.

–El motor, hay que bajarse –dijo mientras dejaba el coche en la entrada de un sendero a pie del monte.

Mauricio me pidió que me quedase dentro, salió con el hombre y comenzaron a mirar el motor con una linterna ya que todavía no había amanecido. Miraba a un lado y al otro, pero no pasaban coches y todo estaba en silencio, hasta que vi que se acercaban unas sombras por el sendero, saqué la cabeza por la ventanilla y grité:

–¡Mauricio, se acerca gente!

El hombre bajó de un golpe el capó pillando la mano de nuestro guía. El hombre bramó de dolor, entonces Mauricio le golpeó en la cabeza y le lanzó a un lado y corrió hacia la portezuela. Yo salté al asiento del conductor y arranqué la furgoneta justo cuando Mauricio intentaba subir. Escuchamos disparos, pero no hicimos caso, el hombre entró y pisé a fondo el acelerador, una nube de polvo lo cubrió todo. En cuanto estuvimos lejos miré a mi acompañante, estaba quieto, con la espalda apoyada en el respaldo del asiento y un gesto de dolor.

–¿Se encuentra bien?

–No, me han dado en la pierna, sangro mucho, creo que me han dado en una arteria.

El asiento estaba empapado en sangre. Mauricio se quejaba, pero cada vez parecía más apagado, como si las fuerzas le estuvieran abandonando.

–Tenemos que ir a un hospital, seguro que en el pueblo hay uno.

–No diga tonterías, si va a un hospital le capturarán. Esto ya no tiene remedio. Llegue hasta cerca del puente y déjeme, siga usted a pie. Esa gente no tardará en seguirnos.

–No puedo hacer eso.

–Señor Dorado, ya le conté que hace tiempo perdí a mi familia, Inés era lo único que me ataba a este mundo, eso y mi palabra de ponerle a salvo. A veces

la muerte no es la peor opción. Usted vive en un mundo muy distinto del mío. En Europa se creen inmortales y con derechos, pero esta es la realidad de la mayor parte del mundo. Venimos a esta tierra a sufrir, vemos partir a nuestros seres queridos, pasamos la vida enfermos, pobres y angustiados, aunque siempre con una sonrisa en los labios, pero no tenemos miedo a la muerte.

–No diga eso –le contenté mientras entrábamos en las calles del pueblo.

–Escríbalo en su libro, cuente lo que vale una vida en el lado oscuro del mundo –dijo con un gesto de dolor.

Sabía que lo haría, Mauricio representaba a los que no tenían voz, a los que habían nacido para vivir y morir en la pobreza, los desheredados de la tierra. Murió a mi lado mientras el sol salía por el horizonte, comencé a llorar mientras miraba el parabrisas sucio, pero más por miedo a mi propia muerte que a la suya. No quería dejar este mundo en aquel lugar alejado, en medio de la nada.

Dejé la furgoneta en una calle solitaria, caminé hacia el puente, enfrente estaba la oficina de la aduana. Mi pasaporte ya estaba sellado y supuestamente no debía tener ningún problema. Un funcionario me pidió la documentación, intenté no decir palabra, para que mi acento no me delatase. Tras responder con dos o tres monosílabos el hombre miró los papeles y dijo:

–Falta un papel.

Le miré sorprendido, pero enseguida caí en la cuenta, saqué del bolsillo discretamente doscientos dólares y los puse dentro del pasaporte. El hombre me sonrió.

–Pase señor, que tenga buena estancia en Colombia.

Caminé hacia el puente. El río parecía medio seco. Imaginé que estaría vigilado. Comenzaba a haber algo de tránsito. Mucha gente pasaba caminando, algunos arrastraban maletas, los que entraban hacia Venezuela llevaban comida y otras cosas de primera necesidad.

Me encontraba cerca de la parte colombiana cuando escuché unas voces a mi espalda. Me giré y vi al hombre que nos había intentado robar gritando, tres militares le seguían. Entonces corrí con todas mis fuerzas, debía llegar al lado

colombiano antes de que me alcanzasen, era cuestión de vida o muerte.

Capítulo 35. Cóndor

Las piernas apenas me respondían. Sentía que la distancia hasta la parte colombiana crecía en lugar de acortarse. No quería mirar atrás, pero las voces las escuchaba cada vez más cercanas. Esperaba que no se atrevieran a disparar al haber tanta gente pasando de un lado al otro, pero me equivocaba. Gritaron que la gente se echara al suelo y comenzaron los disparos.

Las fuerzas colombianas al principio no reaccionaron, tenían órdenes de evitar cualquier tipo de enfrentamiento, pero al final comenzaron a disparar al aire. Temía encontrarme en un fuego cruzado, pero en cuanto pisé suelo colombiano cesaron los disparos. Fue entonces cuando sentí un fuerte dolor en el muslo, me habían alcanzado.

Los policías de aduanas colombianos me tomaron por los brazos y me llevaron a la oficina de aduanas.

—¡Soy ciudadano español!; Pido ver al cónsul español! —grité mientras entrábamos en la sala.

El oficial al mando me miró sorprendido.

—¿Es usted español?

—Sí, pero no tengo papeles. Me los robaron, llevo escapando de unos asesinos desde Caracas.

El hombre me miró con sus grandes ojos negros y su cara regordeta, después se quedó pensativo mientras escuchaba las voces de los soldados venezolanos en el puente.

—Están gritando que ha matado a un hombre, que está escapando de la justicia venezolana. ¿Es eso cierto?

—No, señor. Soy el escritor Javier Dorado, estaba en Venezuela buscando información para un libro y fui presa de una trampa urdida contra mí. Pido ver al cónsul español en Barranquilla.

–Llamaremos a mi inmediato superior, no se preocupe, pero antes le verán esa pierna.

Me encontraba en un estado de nervios tal que apenas me acordaba de la herida del muslo. A los pocos minutos llegó una enfermera, me miró la herida y comenzó a curármela.

–Ha tenido suerte, la bala le ha atravesado sin dañar nada importante. Estará algo cojo unas semanas, pero se recuperará sin problemas –me dijo la enfermera con una sonrisa.

Media hora más tarde ordenaron trasladarme a Barranquilla. Al parecer desde España el Ministerio del Interior había denunciado mi desaparición.

En la ciudad volvieron a examinarme la pierna y a última hora de la tarde vino a verme el cónsul.

–Dios santo, pensamos que no podría salir de Venezuela –dijo el hombre.

Me sorprendió su familiaridad, como si supiera perfectamente con quién estaba hablando, al ver mi cara de extrañeza me comentó:

–Su esposa Ana Andreu denunció su desaparición en Caracas. Al parecer le llevaban al aeropuerto unos policías de la embajada cuando le secuestraron. Todo el mundo se asustó cuando la policía federal lanzó una orden de busca y captura contra usted por asesinato. Si no sale del país, no creo que hubiera visto nunca más España.

Respiré hondo, cerré los ojos y comencé a llorar. El cónsul me dio unos golpecitos en la espalda y cuando me calmé, me llevó al consulado para arreglar todos los trámites.

–Queremos sacarle lo antes posible de Colombia, pero no disponemos de aviones oficiales. Tendrá que regresar en un vuelo comercial. Para su seguridad irá con un policía –dijo el cónsul.

–No es necesario –le contesté.

–Han estado a punto de matarle o condenarle de por vida en Venezuela. Es mejor que no nos arriesguemos hasta que toque suelo español.

Dormí aquella noche en el consulado y al día siguiente tomamos un vuelo

para España. Me habían dado unas pastillas para relajarme y pasé todo el viaje descansando, por la mañana me despertó el policía que había tenido que soportar mis ronquidos todo el viaje.

Al llegar al aeropuerto me esperaban Ana y Marcela. Las miré incrédulo. Aún no podía creer que estuviera en Madrid y que las dos mujeres de mi vida me estuvieran esperando en la terminal. Mi exesposa me dio un abrazo y después se apartó. Marcela me miró unos instantes. Estaba muy delgado, con ojeras y la cara pálida. Me besó y después se quedó abrazada hasta que sentí por fin que estaba a salvo.

Capítulo 36. En un pueblo apartado

El tiempo pasaba apacible en aquella casa alejada de todo en medio de la Sierra de los Ancares. El pueblo más cercano estaba a varios kilómetros, tras el acoso de la prensa y los cientos de artículos que me criticaban o me relacionaban directamente con el narcotráfico, las aguas fueron regresando a su cauce. La policía me interrogó unos días más tarde, después el CNI y por último la Guardia Civil. Me pidieron que desvelara los informes que había descubierto en Venezuela, pero me negué a facilitarlos. Me amenazaron con acusarme por presunta complicidad, pero era consciente de que la única forma de ponerme a salvo de Simón Fajardo era pasar página y olvidarme de aquellos días aciagos en Venezuela. Devolví el adelanto al multimillonario y Marcela estaba hablando con la editorial para cambiar algunas de las condiciones del libro que les había prometido sobre la situación en Venezuela.

Durante aquellos meses hacíamos una vida espartana. Yo me levantaba el primero, hacia el café y me ponía a trabajar hasta las diez. Desayunábamos juntos y continuaba trabajando hasta la hora de la comida. Por las tardes paseábamos un par de horas y pasábamos las horas antes de la cena leyendo, hasta la noche. Únicamente dejábamos aquel retiro para ir a comprar. Siempre en efectivo, para que nadie pudiera localizarnos. No llamaba directamente a mi

exesposa, lo hacíamos a través de un amigo de mucha confianza.

Después de tres meses, aquel día todo comenzó a torcerse de repente. Mi teléfono sonó muy temprano, mientras esperaba que saliera el café. Sentí un vuelco en el pecho, siempre me ponía nervioso cuando se salía de la rutina cotidiana. El teléfono era de mi esposa. Me extrañó que me llamase directamente, pero lo descolgué.

–Hola –dijo una voz que me era conocida, pero que no logré identificar.

–Hola –contesté con el corazón acelerado.

–No sabes quién soy. ¿Verdad?

Sentí que me faltaba el aire, había reconocido la voz de la mujer que me hablaba, era Sandra Manzano.

–¿Qué haces con el teléfono de mi mujer?

–Me temo que tienes un problema. Nos ha costado mucho dar contigo, bueno con tu teléfono. Sabemos que estás en algún lugar perdido del norte, pero no queremos perder tiempo buscándote, además no sabemos si cambias de lugar a menudo. No queremos seguir jugando al ratón y el gato. Hagamos las cosas fáciles. Estoy en Gerona, en las bodegas de tu esposa, es una persona encantadora, siempre te rodeas de mujeres increíbles, perdona que me incluya. Tienes que traer todos los archivos que te llevaste y destruir delante de nosotros los que tengas en la nube. Entonces os podréis ir todos. Simón no quiere que el asunto trascienda. Dentro de unas semanas presentará su candidatura y no desea sorpresas.

Me quedé sin palabras. No sabía cómo reaccionar, podía llamar a la policía, pero antes de que pudieran liberarla eran capaces de matar a Ana.

–Por si estás pensado alguna tontería, también tenemos a tus dos hijos. Son muy guapos y por ahora no sospechan de mí. Les hemos dicho que soy una amiga tuya de Venezuela, sería una pena que perdieras a toda tu familia por unos archivos. ¿Verdad? He calculado que por la vía más corta tardarás casi diez horas en llegar hasta aquí. Son las siete de la mañana, eso quiere decir que a cinco de la tarde puedes estar aquí. Si llegas más tarde, mataré a los tres, si no

haces lo que pedimos, mataré a toda tu familia, si llamas a la policía... Sí, exacto, mataré a toda tu familia. ¿Te ha quedado claro?

–Sí, no hagas nada. Salgo ahora mismo, por favor, déjales irse. No los necesitas.

–El tiempo corre.

Capítulo 37. Vida o muerte

La vida no tiene importancia cuando alguien que amas está a punto de morir. Salí corriendo a la pequeña explanada frente a la casa y Marcela debió escucharme abriendo la puerta, porque corrió en pijama y comenzó a gritarme. Me introduje en el coche, arranqué el motor y salí a toda velocidad. El barro comenzó a esparcirse por todo el jardín hasta que tomé la carretera. Miré el indicador de gasolina y me quedé tranquilo al comprobar que estaba casi lleno. Mientras corría por las sierras a toda velocidad mi mente no podía dejar de pensar. Simón Fajardo y su gente eran capaces de cualquier cosa por salvar su reputación. Unos meses antes le había escuchado asesinar a su esposa, estaba convencido de que era capaz de matar a su propia madre si pensaba que era necesario para salvar su carrera política. Lo que no comprendía era por qué había enviado precisamente a Sandra. Disponía de sicarios, miembros de los servicios secretos venezolanos y cubanos, incluso de guardaespaldas que podían hacer aquel monstruoso trabajo en su nombre. En el fondo, que enviase a Sandra era un mensaje que quería dejarme claro. Cumpliría su palabra si yo hacía mi parte, aunque por otro lado podía significar que no confiaba en nadie más, que su paranoia iba en aumento.

El todoterreno se agarraba bien a las curvas, pero en muchos tramos la carretera estaba empapada y la velocidad me hacía derrapar. Escuché cómo sonaba el manos libres del coche y dudé en contestar. No quería contar a Marcela lo que sucedía, no quería ponerla en peligro. Al final apreté el botón y escuché la llamada.

–Javier. ¿Qué ha sucedido? ¿Estás bien? Me tienes con el alma en vilo.

–No te preocupes, todo está bien. Hay una urgencia en Gerona y debía salir para allí cuanto antes.

–¿Por qué no me lo has dicho? Podía haber ido contigo. Estamos juntos, todo lo que te sucede a ti me afecta también a mí.

–Es un asunto familiar, es mejor que te quedes cuidando del fuerte – contesté intentando disimular mi angustia. Lo último que deseaba era preocuparla o que intentara seguirme para ayudarme.

–Te conozco demasiado bien. Son ellos, ¿verdad?

Me quedé mudo, no me gustaba mentir, pero sabía que la verdad a veces es demasiado peligrosa.

–No, te dejo. Voy deprisa y no me quiero despeñar por alguno de estos acantilados.

Apreté el botón y la dejé con la palabra en la boca. Intenté concentrarme en la carretera y mi mente comenzó a imaginarse varios escenarios. Era una de las ventajas de ser escritor.

Podía encontrarme con un grupo de asesinos peligrosos que terminasen con todos nosotros, después de conseguir la información. En ese caso no teníamos ninguna esperanza de sobrevivir, pero al menos Marcela podría entregar mi manuscrito, que estaba casi finalizado e incluir la parte que había omitido de Fajardo en un intento de ganarme su confianza. Otra opción era que Sandra se conformase con la eliminación de los archivos y se marchara sin causar más problemas, pero Simón no era el tipo de personas que olvidaban ni perdonaban. Si llamaba a la policía mi familia moriría, aún en el caso de que pillaran a Sandra por sorpresa, el riesgo era demasiado elevado.

Cuando llegué a la carretera principal respiré aliviado. Había algo de niebla, pero la autopista me permitía más velocidad y menos riesgo. Pisé el acelerador y puso el coche a su máxima potencia, aunque en algunas zonas reducía la velocidad por seguridad o para evitar que la policía me detuviese.

Al mediodía ya estaba cerca de Logroño. Paré en una gasolinera y llené el

depósito. Estaba saliendo de nuevo a la carretera cuando sonó el teléfono.

–Simplemente es para recordarte que el tiempo se acaba. Si no llegas antes de la hora establecida perderás a toda tu familia. Los niños están dormidos en el sillón del salón. Ana está a mi lado.

La voz de Sandra volvió a sobresaltarme, sentía cómo la adrenalina se esparcía por todo mi cuerpo. Tenía que recuperar el control y pensar.

–Quiero hablar con ella.

–No, ya tendréis tiempo de veros cuando llegues aquí –dijo tajante Sandra.

–Quiero asegurarme de que se encuentra bien. Si no me la pasas llamaré a la policía.

–Veo que ha salido el gallito que llevas dentro. Será mejor que no te hagas el valiente ahora, no te conviene enfadarme. Simón me ha dejado libertad absoluta, puedo hacer con vosotros lo que quiera.

–Sí no hablo con Ana, en cuanto cuelgues llamaré a la policía, no creo que tarden más de veinte minutos en llegar.

Sandra se quedó callada, como si estuviera planteándose si hablaba en serio o simplemente la ponía a prueba.

–Javier –dijo la voz de Ana. Parecía nerviosa y cansada.

–¿Estáis bien? –le pregunté angustiado. Todo lo que sucedía era culpa mía. Desde hacía tiempo había comprendido que mi ambición y egocentrismo nos habían llevado a esa situación.

–Ahora mismo duermen, pero, por favor, no hagas ninguna tontería, esta mujer va en serio.

–Todo saldrá bien –dije intentando que mi voz pareciera segura y tranquila.

Ana se echó a llorar y tuve que tragar saliva para no derrumbarme.

Sandra colgó el teléfono y durante casi un minuto escuché el zumbido de la señal hasta que apreté el botón para desconectar.

Mi mujer sin darse cuenta me había dado algunas pistas sobre la situación en la que se encontraban. Al parecer Sandra actuaba sola, Ana había empleado el

singular al referirse a sus captores. Seguramente estaba armada, pero cuanta más gente estuviera implicada más fácil sería que las cosas se complicasen.

Una hora y media más tarde estaba bordeando la ciudad de Zaragoza, el tráfico era más denso y tuve que soportar retenciones hasta llegar a las afueras de la ciudad.

En las cercanías de Barcelona el tráfico también era terrible, pero aún quedaban dos horas para que se cumpliera el plazo, tiempo más que de sobra para llegar a Girona y después dirigirme hasta la bodega de la familia.

Cuando llegué a la ciudad me asaltó la nostalgia de aquella vida que había perdido para siempre. Mis hijos crecerían sin que yo formase parte de su cotidianidad, sería la excepción que siempre verían en fiestas y verano. Una especie de apéndice de su nueva vida. Dentro de unos años considerarían al nuevo novio de mi esposa, más padre que a mí.

Tomé una de las carreteras secundarias y aceleré, en media hora expiraba el plazo y prefería llegar un poco antes para que Sandra no se pusiera nerviosa.

Entré en el camino de cipreses y la masía de rocas claras brilló en medio de aquel día oscuro y lluvioso. En la parte delantera únicamente estaba el coche de mi mujer, por lo que supuse que Sandra la había asaltado mientras recogía a los niños del colegio el día anterior y la había obligado a conducir hasta allí. Lo que no comprendía era por qué no me había llamado antes. Tal vez les había costado dar con mi teléfono y persuadir a mi amigo para que se lo diese.

Bajé del coche, tenía las piernas entumecidas y un fuerte dolor de cabeza. La lluvia caía con fuerza y antes de llegar al porche ya estaba calado hasta los huesos. Llamé a la puerta y me abrió Ana, detrás estaba Sandra, la apuntaba discretamente con una pistola.

–¿Dónde están los niños? –les pregunté.

–Están encerrados en un cuarto arriba, no quería que las cosas se complicasen –dijo Sandra.

–¿Se encuentran bien? –pregunté a mi exesposa, como si no creyera las palabras de aquella asesina.

–Sí, están bien. Dale lo que pide, por favor.

Ana estaba con los ojos hinchados, la cara roja por la tensión y su fuerza parecía totalmente apagada ante el terror que le producía aquella mujer.

Entré en la casa y nos dirigimos al salón, encima de la mesa estaba el portátil de mi exesposa.

–Accede a los archivos y elimínalos –me ordenó Sandra.

Me senté en la mesa y fui a la nube, lo borré todo y después me giré.

–¿Tienes un pendrive?

Le entregué el archivo de memoria y sonrió satisfecha.

–Simón ha sido muy generoso contigo y tú se lo has pagado traicionándole. A pesar de todo lo sucedido, dentro de muy pocos meses se convertirá en el presidente de Venezuela. Podremos compartir juntos su sueño de cambiar el país y al resto del continente.

–Ya tienes lo que querías. Os doy mi palabra que no publicaré nada en contra suya.

–¿Tu palabra? No nos vale para nada.

–Ya tiene lo que quiere –dijo Ana, que comenzaba a ponerse nerviosa.

Sandra la agarró del pelo por detrás y tiró con todas sus fuerzas.

–¡Cállate, zorra! Me tiré a tu maridito en Venezuela, te ha engañado con todo el mundo. Eres una estúpida, no mereces vivir.

–Déjala, por favor –le supliqué mientras me ponía en pie.

–Simón me dijo que te dejaría elegir. ¿Prefieres que muera tu exesposa o tus hijos?

Las palabras de la mujer me dejaron helado. Únicamente Simón podía pensar en un castigo tan retorcido.

–No, no les hagas daño. Prefiero que me pegues un tiro a mí. Ellos no os han hecho nada.

–Veo que no has entendido la pregunta: ella o tus hijos tienen que morir. Depende de ti.

Me puse las manos en la cabeza y comencé a llorar.

–Por favor, por favor –gemía desesperado.

–¡Elige, ahora! –gritó Sandra fuera de sí, mientras acercaba la pistola a la sien de Ana.

En ese momento escuchamos un fuerte golpe a nuestra espalda, como si se hubiera cerrado una puerta por el viento. Sandra se giró un poco y yo me lancé sobre ella. Ana corrió escaleras arriba mientras los dos forcejeábamos.

Sandra tenía una fuerza que nunca había imaginado, comenzó a torcer el brazo y el cañón de la pistola me apuntó directamente a la cara. En ese momento Marcela entró por detrás del salón y pegó una patada a la mano de la mujer. Logré soltarme y corrimos escaleras arriba.

Nos encerramos en una de las habitaciones y todavía jadeante le pregunté:

–¿Cómo has venido aquí?

–Pensé que estabas en apuros, no quise llamar a la policía. Al hablarme de Gerona imaginé que te dirigirías a vuestra antigua casa, pero nadie me abría y vine hasta aquí.

–¿Cómo llegaste?

–Le pedí uno de sus coches al vecino de la finca de al lado, le comenté que era un asunto de vida o muerte.

Escuchamos los pasos de Sandra subiendo las escaleras.

–¿Qué podemos hacer? –me preguntó Marcela.

–¿Tienes tu teléfono? –le pregunté. Ella lo sacó de uno de los bolsillos y llamó a emergencias.

–Maldita sea, no hay cobertura, en esta maldita casa nunca funcionan los teléfonos. En el desván el padre de Ana guarda algunas escopetas de caza.

–¿Sabes usar esos trastos? –me preguntó Marcela asustada.

–Lo intentaré. Enciérrate en el baño bajo llave.

Salí al pasillo, todo estaba tranquilo y en penumbra. Intenté caminar despacio para que el suelo de madera no me delatase. Subí hasta el desván, pero apenas había subido un par de peldaños cuando vi a Sandra. La mujer disparó y el tiro pasó rozándome la cabeza. Corrí hasta el desván, pero la puerta estaba

cerrada con llave. Empujé con el hombro varias veces, hasta que la cerradura se astilló, entré a toda prisa y coloqué un armario delante de la puerta.

Encendí la luz del desván y comencé a buscar la escopeta. Hacía años que no subía allí, no sabía siquiera si el arma continuaba guardada en aquella parte de la casa.

La puerta comenzó a vibrar con cada empujón de Sandra. Comencé a remover todo angustiado hasta que vi la funda, saqué la escopeta y miré si estaba cargada.

–Mierda. ¿Dónde están los cartuchos?

El armario se derrumbó y la puerta comenzó a ceder. Al final logré ver en un rincón una cajita de cartón con el símbolo de los cartuchos, corrí hacia ella, saqué dos y comencé a cargarla.

Sandra se asomó por la abertura y me apuntó con la pistola.

–¡Maldito cabrón! –bramó antes de comenzar a disparar.

Me tiré al suelo y me escondí detrás de una vieja cómoda. Cargué el arma y saqué la cabeza para apuntar, pero Sandra ya no estaba allí. Imaginé que había visto el arma y corría escaleras abajo para atrapar a mi mujer o a mis hijos. Salí detrás, aparté el armario y bajé las escaleras. Escuché gritos, parecían que venían de la puerta que daba a las bodegas. Entré en la inmensa sala de los toneles de madera, apenas había luz, escuché gritos y corrí hasta las voces.

Sandra había encontrado a Ana y mis hijos, los apuntaba con una pistola mientras yo me acercaba por detrás, en ese momento se giró y apuntó al más pequeño.

–Basta de jugar, tira el arma. Ahora ya no podrás elegir –dijo mientras apretaba el arma en la cabeza de mi hijo.

Tiré la escopeta y levanté los brazos.

–Déjalos irse, dispárame a mí.

–No lo entiendes, ¿verdad? Hay cosas mucho peores que la muerte. Simón no quiere simplemente asesinarte, desea que sufras, que vivas en un infierno.

–Pero tú no eres él.

–Él me rescató, cuando mi vida no tenía sentido, cuando regresó a Venezuela me sacó de mi vida anodina y sí sentido. Se lo debo todo –comenzó a decir inquieta.

–No le debes nada. Él únicamente se ama a sí mismo, eres otro peón en su partida de ajedrez, te sacrificará cuando haga falta. Aún puedes escapar de su influjo –dijo desesperado.

–Ahora que estamos a punto de crear un mundo nuevo. Ni lo sueñes. Es demasiado tarde –dijo mientras apretaba el gatillo.

Marcela saltó desde una de las tinajas y cayó sobre ella justo cuando la bala salía del cañón. Sandra se derrumbó e intentó dispararla, pero mi amiga le agarró el brazo y comenzó a golpearle la mano contra el suelo.

–¡Suéltala, puta!

Me lancé sobre ellas, la mujer instintivamente se revolvió, logró liberar su mano y apuntarme, pero antes de que lograra disparar, Marcela se aferró a su cuello, yo le agarré la mano y comencé a retorcerla.

–¡Suéltala! –le grité, pero Sandra me miraba con los dientes apretados. Después hizo un movimiento brusco y sonó un disparo, que retumbó en toda la bodega.

Capítulo 38. La vida verdadera

La sangre brotaba a borbotones, sentía la camisa empapada, la toqué con la mano y después miré a las dos mujeres inertes. Marcela cerró los ojos y Sandra dio un breve gemido, después se retorció de dolor. Le quité el arma y aparté a mi amiga. Sentí cómo la vida de la mujer se iba poco a poco.

–Está herida –le dije a Ana, que había escondido a los niños y corría para ayudarnos.

–¿Quién está herida? –preguntó.

–Sandra, la venezolana. Llama a emergencias.

Ana me miró sorprendido, no entendía por qué quería salvar a la persona

que había estado a punto de asesinarnos a todos. No comprendía que en el fondo aquella mujer era una víctima más de Simón Fajardo y su capacidad para manipular a la gente. Al final se dirigió al salón para llamar con el teléfono fijo. Intenté tapar la herida de la mujer, pero perdía mucha sangre.

Sandra levantó la cara y me miró a los ojos, por un instante vi en su expresión una mezcla de miedo y sorpresa, como si morir no entrase en sus planes.

–Resiste –le dije, sin entender las razones que me llevaban a ayudarla.

–Nunca estarás a salvo, él es implacable.

Sabía que era cierto, aunque sabía que la vida no era como un guion de cine o la trama de una novela. Nada parecía tener un sentido, la lógica era casi incompatible con la realidad. Uno podía estar toda la vida acosado por un gran peligro y morir al escurrirse en la ducha. Todo era absolutamente fútil.

–No lo conseguirá –le contesté–. A veces el mal se destruye a sí mismo, su ambición será su tumba.

–Simón no es como nosotros, su vida tiene un destino que ni tu ni yo podemos comprender. ¿Piensas que alguien ha llegado al poder en este mundo sin cometer algunos crímenes? Él salvará a Venezuela. Te lo aseguro –dijo mientras de la comisura de sus bellos labios comenzó a salir sangre.

Marcela me miró asustada, después se inclinó hacia la mujer, que parecía a punto de perder el conocimiento.

–Nunca estaréis a salvo –repitió antes de que la muerte lograra doblegarla. La vida se le escapó por aquella sangre caliente y roja que nos rodeó por completo. Después su cuerpo se enfrió rápidamente, como si el alma al ascender se llevase el calor que la mantenía en este mundo.

Capítulo 39. El principio del fin

A pesar de las presiones del CNI y la policía me negué a mostrarles la información que había descubierto. Les dije que el intento de asesinato de

Sandra no tenía nada que ver con mi viaje a Venezuela. Era más consciente que nunca de que nada detendría a Simón Fajardo, la única forma que tenía de contrarrestar su poder e influencia era desenmascarándole ante el mundo. Los dos siguientes meses fueron frenéticos, reformé todo el libro, ya no era simplemente la historia y situación de Venezuela en la actualidad, era sobre todo cómo alguien como el narcotraficante Fajardo estaba haciéndose con el control del país y qué podía suponer eso para el mundo y aquella región.

Marcela me ayudó en las revisiones y cuando el libro estuvo listo lo enviamos a los editores.

El libro estuvo a punto de no salir en varias ocasiones. En cuanto Simón Fajardo se enteró de que saldría publicado en doce idiomas en todo el mundo hizo algunas artimañas legales, denunciando que la información que compartía en el libro era el resultado de una investigación encargada por él. Todo lo descubierto le pertenecía y al haber roto el contrato que nos unía, eso me invalidaba para publicar el libro. Cuando las artimañas legales no surtieron efecto, comenzaron las amenazas a los editores, la editorial y los sellos extranjeros que habían comprado los derechos. Tampoco Fajardo consiguió su objetivo, el libro se comenzó a imprimir y en unos días verá la luz.

Los escritores somos forenses de la vida, simplemente confirmamos lo que el mundo hace. Somos capaces de encontrar las contradicciones y convertirlas en argumentos. El material con el que trabajamos es la realidad vestida de ficción, para que nos sea más soportable y sobre todo más creíble. La vieja y famosa frase que la realidad siempre supera la ficción la experimenté aquellos días en Caracas, cuando pude ver con mis propios ojos cómo el hombre de algo bueno puede construir algo perverso y destructivo.

Mañana podré mostrar al mundo el verdadero rostro de Simón Fajardo. Sé que nunca me lo perdonará y siempre tendré que vivir mirando a mi espalda, con el temor de que entre las sombras salga con su bello rostro de ángel maléfico para arrebatarme la vida o la de los que más quiero. Ahora únicamente me queda la esperanza de que en esta larga e intensa trama que es la vida, el escritor de la

historia me permita vivir hasta que mis ojos se sacien de ver, mis oídos de escuchar y mi corazón de soportar el leve peso de la existencia.

Capítulo 40. El último acto

Hasta la última página de la novela uno siempre desconoce el final. En muchos sentidos la vida es igual. Chesterton siempre decía que si en una novela no había un asesinato, probablemente solo tendría un montón de trivialidades. Mi libro estaba plagado de asesinatos, pero sobre todo del inequívoco sentido de la vida. La mayoría de seres humanos no se movían por ambición, ni siquiera por odio, simplemente lo hacían por miedo.

Aquella tarde en Barcelona me sentía aterrorizado. Había prohibido a mi familia que asistiese al acto, la única persona que me acompañaba era Marcela y eso a pesar de mis reticencias.

Cuando llegamos al gran salón de la librería nos quedamos sorprendidos de la afluencia de público. Todos los asientos estaban ocupados y más de cincuenta personas estaban de pie al fondo del todo. La prensa ocupaba las primeras filas y había dos televisiones, algo inaudito en la mayoría de presentaciones de libros. Seguramente al interés sobre el tema se unía el morbo de lo que me había sucedido en Venezuela y las amenazas de muerte que muchos sabían que pendían sobre mi cabeza.

Marcela se puso justo enfrente y yo me senté con mi editor y un miembro de la oposición venezolana que llevaba unos meses viviendo en España tras escapar del país.

—Señoras y señores tengo el gusto de presentarles la última novela del genial escritor Javier Dorado *Una vida perfecta*, escrito en primera persona y donde nos narra sus vicisitudes en Venezuela y cómo logró escapar, para traernos esta historia magistral en la que mezcla realidad y ficción. Como dijo Gabriel García Márquez al referirse al realismo mágico: “En América Latina, la literatura, la ficción, la novela, es más fácil de hacer creer que la realidad”. Lean

y juzguen por ustedes mismos. Ahora doy paso al opositor venezolano Juan Antonio Valle.

–Gracias señor Martínez. Cuando recibí la novela de Javier Dorado no lo podía creer. Cualquiera que haya vivido los últimos veinte años en Venezuela está convencido que cualquier cosa es posible, pero de alguna manera me negaba a creer que existiera alguien como Simón Fajardo. Hoy pienso que la genial obra de Javier Dorado es el reflejo más exacto de lo que sucede en mi país. La ficción lo ha invadido todo, porque la realidad no era capaz de soportar tantas mentiras. Espero que este libro contribuya a una mejor comprensión de mi país y que pueda restituir, después de varias décadas de posverdad lo más sagrado que posee el ser humano: la libertad.

Tras los aplausos me tocaba hablar a mí. Levanté la vista, hasta ese momento había observado a las dos personas que tenía a mi lado. Por un segundo tuve el temor escénico de las primeras palabras, hasta que la garganta se calienta y el alma comprende que la grandeza se encuentra siempre al borde del fracaso.

–Este es un libro que no quería escribir. En cierto sentido, es la prueba de mi gran fracaso, pero por desgracia, muchas veces grandes obras de la literatura surgen de los fracasos personales o los sufrimientos ajenos. A veces, como escritor, me siento como un ladrón, un licántropo, una especie de Doctor Jekyll y Mr. Hyde; robándole la vida a los demás para alimentar mi ego o mi cuenta bancaria.

Este libro es el resultado de mi existencia. Después de años pensando únicamente en mí mismo, de tener una vida perfecta, lo deseché todo por la nada más absoluta. Mientras el mundo veía en mí un hombre de éxito, yo me veía como un cobarde y mentiroso, incapaz de vivir su vida y dejarse dominar por sus pasiones. Ahora comprendo que estaba profundamente equivocado, que la vida que merece ser vivida es siempre la que das generosamente a los demás. Mi querida pareja Marcela me ha ayudado a buscar la felicidad fuera de las páginas de los libros, en las bellas historias que todos nosotros protagonizamos cada día

cuando abrimos los ojos.

Esta novela es un homenaje sincero a los que sufren en América o en cualquier parte del mundo, el desprecio por pensar, amar la verdad y la justicia. Gracias.

La sala irrumpió en aplausos y tras la firma de libros, tuve que atender a una docena de entrevistas. Cuando la sala se fue calmando y quedamos solos, el editor me felicitó por las ventas; en la primera semana habíamos conseguido ponernos en el número uno de todos los países en los que había salido la novela.

Salimos a la cálida noche primaveral, Barcelona parecía especialmente bella. Un aire fresco recorría las calles recordándonos que el mar templaba siempre sus literarias avenidas y suntuosos edificios.

Marcela me cogió del brazo y apoyó su cabeza en mi hombro. Caminamos hacia las Ramblas, habíamos alquilado una habitación muy cerca de Plaza Cataluña. La calle estaba repleta de gente, las luces de los coches formaban interminables constelaciones y el sonido de sus motores parecía imitar al murmullo de las olas.

Nos detuvimos en un semáforo y cuando el disco cambio cruzamos despacio, pero no habíamos llegado al otro lado de la calle cuando un coche a toda velocidad se lanzó sobre nosotros. Pude verlo a tiempo, logré empujar a Marcela, que perdió el equilibrio y cayó en la acera, mientras las luces me azotaban los ojos, sentí que la vida se cobraba su último acto. Cerré los ojos y me entregué a un final siempre inesperado. La gente paga a los escritores para que las novelas posean el sentido que la vida muchas veces no logra tener, nos dan unas horas, unos días de sus vidas, para olvidarse que todo es pasajero y que muchas veces el argumento de la realidad se retuerce sin piedad convirtiéndonos en esclavos del azar.

¿Cómo es la muerte? Permítame que me calle esa parte de mi historia. Sin duda un día usted mismo lo descubrirá. Le dejo con las palabras del filósofo y científico Blaise Pascal, que fueron las últimas que me vinieron a la memoria mientras mi alma se alejaba de mi cuerpo. Adiós, querido amigo. Nos vemos en

el próximo acto:

“Nuestra imaginación nos agranda tanto el tiempo presente, que hacemos de la eternidad una nada y de la nada una eternidad”.

Epílogo

Nota:

“Un coche atropelló al famoso escritor Javier Dorado. Tras salir de la presentación de su último libro Una vida perfecta, un vehículo que se dio a la fuga, quitó la vida al laureado novelista. Después de una traumática experiencia en Venezuela, el escritor publicó la que posiblemente sea su obra cumbre: Una vida perfecta. Una vida dedicada a las letras y la cultura, que dejará un profundo vacío en las librerías y los corazones de sus admiradores. Descanse en paz”.

Algunas aclaraciones:

A pesar de que este libro es ficción, la mayoría de los datos sobre la situación actual en Venezuela y las relaciones de algunos miembros del Estado con el narcotráfico son ciertas. Los nombres de muchos personajes son ficticios aunque representan a personas reales.

Simón Fajardo es un personaje de ficción, como los miembros de su entorno, pero por desgracia es un arquetipo de muchos narcos que en la actualidad controlan el poder en varios estados de América Latina.

Otros libros del autor:

El Círculo

“Tras el éxito de Saga Misión Verne y The Cloud, Mario Escobar nos sorprende con una aventura apasionante que tiene de fondo la crisis financiera, los oscuros recovecos del poder y la City de Londres”

Comentarios de lectores en Amazon:

"Es una lectura muy entretenida, interesante y una historia llena de intriga. Cuando llegué al punto de "continuará..."Me quedé expectante en relación a la

segunda parte... Qué bien que ya está disponible así puedo continuar la lectura."
Claudine Bernardes

“Te atrapa desde el principio, muy ameno ligero y cautivador, fácil lectura, repasas historia mientras lo lees, muy recomendable, su lectura te envuelve”.
Dancas

“Trama muy ágil y bien llevada. Muy recomendable, súper actual. Se lee en un rato, no sientes el tiempo, te captura desde el inicio”. Rivas

“Una noche sin aliento para salvar a su familia y descubrir el misterio que encierra su paciente”

Argumento de la novela El Círculo:

El famoso psiquiatra Salomón Lewin ha dejado su labor humanitaria en la India, para ocupar el puesto de psiquiatra jefe del Centro para Enfermedades Psicológicas de la Ciudad de Londres. Un trabajo monótono pero bien remunerado. Las relaciones con su esposa Margaret tampoco atraviesan su mejor momento y Salomón intenta buscar algún aliciente entre los casos más misteriosos de los internos del centro. Cuando el Psiquiatra encuentra la ficha de Maryam Batool, una joven bróker de la City que lleva siete años ingresada, su vida cambiará por completo.

Maryam Batool es una huérfana de origen pakistaní y una de las mujeres más prometedoras de la entidad financiera General Society, pero en el verano del 2007, tras comenzar la crisis financiera, la joven bróker pierde la cabeza e intenta suicidarse. Desde entonces se encuentra bloqueada y únicamente dibuja círculos, pero desconoce su significado.

Una tormenta de nieve se cierne sobre la City mientras dan comienzo las vacaciones de Navidad. Antes de la cena de Nochebuena, Salomón recibe una llamada urgente del Centro. Debe acudir cuanto antes allí, Maryam ha atacado a un enfermero y parece despertar de su letargo.

Salomón va a la City en mitad de la nieve, pero lo que no espera es que aquella

noche será la más difícil de su vida. El psiquiatra no se fía de su paciente, la policía los persigue y su familia parece estar en peligro. La única manera de protegerse y guardar a los suyos es descubrir qué es “El Círculo” y por qué todos parecen querer ver muerta a su paciente. Un final sorprendente y un misterio que no podrás creer.

¿Qué se oculta en la City de Londres? ¿Quién está detrás del mayor centro de negocios del mundo? ¿Cuál es la verdad que esconde “El Círculo”? ¿Logrará Salomón salvar a su familia?

Mario Escobar

Autor de Bestseller con miles de libros vendidos en todo el mundo. Sus obras han sido traducidas al chino, japonés, inglés, ruso, portugués, danés, francés, italiano, checo, polaco, serbio, entre otros idiomas. Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas.

Publica asiduamente en las revistas *Más Allá* y *National Geographic Historia*.

Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.